

# Revista de la CEPAL

*Director*

RAUL PREBISCH

*Secretario Técnico*

ADOLFO GURRIERI

*Editor*

GREGORIO WEINBERG



NACIONES UNIDAS

COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA

SANTIAGO DE CHILE / SEGUNDO SEMESTRE DE 1978

## SUMARIO

|  |     |
|--|-----|
| La ambivalencia del agro latinoamericano<br><i>Enrique V. Iglesias</i>                         | 7   |
| Acumulación y creatividad<br><i>Celso Furtado</i>  | 19  |
| Falsos dilemas y opciones reales en la discusión latinoamericana actual<br><i>Aníbal Pinto</i> | 27  |
| La evolución económica en Centroamérica<br><i>Gert Rosenthal</i>                               | 47  |
| La actitud de los Estados Unidos hacia la CEPAL<br><i>David H. Pollock</i>                     | 59  |
| Proteccionismo y Desarrollo<br><i>Pedro I. Mendive</i>   | 87  |
| Estructura socioeconómica y crisis del sistema<br><i>Raúl Prebisch</i>                         | 167 |
| Notas y Comentarios  | 265 |
| 30 años de la CEPAL  | 281 |

# Estructura socioeconómica y crisis del sistema

Reflexiones al cumplirse  
nuestros primeros treinta  
años

Dr. Raúl Prebisch\*

El autor continúa y amplía en este artículo el análisis crítico del capitalismo periférico que iniciara en otro publicado en el primer número de esta Revista. Su idea central afirma que el desarrollo en las sociedades de la periferia —proceso mediante el que la acumulación de capital en bienes y formación humana permite aumentar la productividad de la fuerza de trabajo, e incrementar así el producto total— no se lleva a cabo con la eficiencia social que sería necesario y, en muchos casos, ni siquiera con eficiencia económica.

La totalidad del artículo está destinada a explicar las causas de este fenómeno, desde aquellas que se vinculan más directamente con el dinamismo interior de las sociedades periféricas y que giran alrededor del proceso de generación, apropiación y uso de los frutos del progreso técnico, hasta las referidas al relacionamiento exterior de éstas y que tienen que ver en especial con la difusión de las pautas de consumo de los centros, la presencia de las transnacionales y la succión de ingresos periféricos.

La acción interrelacionada de estas causas, y muchas otras que el autor presenta a lo largo del texto, termina por constituir un tipo de sociedad —la 'sociedad privilegiada de consumo' en contraste con la de 'infraconsumo'— que no puede satisfacer las demandas impulsadas por la democratización social y política, y entra en una crisis cuya solución sólo podrá lograrse mediante transformaciones tan profundas como las causas que la provocan.

\*Director de la Revista.

## Introducción<sup>1</sup>

### 1. Las contradicciones del desarrollo en la periferia latinoamericana

Desarrollarse a imagen y semejanza de los centros, tal fue y sigue siendo el sentido del capitalismo imitativo de la periferia latinoamericana a la cual circunscribo este escrito. Si en los centros se ha llegado a difundir el bienestar a grandes masas de la población y esto no sin ciertos efectos desconcertantes de la técnica por su ambivalencia ¿por qué no habríamos de lograr lo mismo entre nosotros?

Estamos muy lejos de conseguirlo a la luz de la experiencia de estos últimos decenios. Más aún, creo que esta experiencia nos demuestra que las disparidades sociales antes que disminuir más bien se van ensanchando. Porque en realidad el capitalismo periférico tiende a excluir de los frutos del desarrollo a grandes masas de

<sup>1</sup>Si bien este trabajo concierne a la América Latina en general, la interpretación de los fenómenos del desarrollo de cada país en particular ha de tener en cuenta las condiciones en que se operan tales fenómenos, la etapa que atraviesan las mutaciones que ocurren en su estructura socioeconómica y los cambios en el poder político que las acompañan.

Me complace expresar aquí mi reconocimiento a mis colegas en la CEPAL que han colaborado en la crítica a este escrito. Manuel Balboa ha discutido conmigo la teoría del excedente con sugerencias constructivas; Anibal Pinto ha leído con paciencia y meticulosidad el texto y ha contribuido a esclarecerlo y modificarlo en puntos importantes de teoría económica; Jorge Graciana me ha presentado muy útiles observaciones, sobre todo en materia sociológica; y Octavio Rodríguez, que conoce a fondo el pensamiento de la CEPAL, me ha ayudado a despejar ciertas vinculaciones significativas. *Last but not least*, Adolfo Gurrieri, colaborador inmediato, ha dialogado continuamente conmigo mientras elaboraba mis ideas presentándome puntos de vista que me han ayudado mucho en mi pensamiento; y ha editado escrupulosamente el texto con la colaboración de Gregorio Weinberg, editor de la Revista.

la población en los estratos inferiores de la estructura social; y, asimismo, se vuelve cada vez más conflictivo al avanzar el proceso de democratización.

He tratado de explicar estos fenómenos en mi trabajo anterior y ahora prosigo mi análisis, persuadido de que para obrar deliberadamente sobre la realidad, o mejor dicho para transformarla, debe conocerse primero e indagar por qué aquellas esperanzas se fueron desvaneciendo, sobre todo en quienes han logrado desembarazarse de preconceptos dogmáticos.

Muy serias son las contradicciones que se manifiestan en el sistema: prosperidad, y a veces opulencia, en un extremo; persistente pobreza en el otro.

Difícilmente pudo haberse imaginado hace algunos decenios el impulso notable de la industrialización; la capacidad, iniciativa y empuje de muchos empresarios y las crecientes aptitudes de la fuerza de trabajo en sus distintos grados de calificación. Se han alcanzado elevadas tasas de desarrollo y se está aprendiendo a exportar manufacturas contra obstáculos internos y externos que antes parecían muy difíciles de superar. Y está penetrando el progreso técnico donde tardaba en llegar, especialmente en la agricultura tradicional.

Pero el desarrollo estuvo extraviándose desde el punto de vista social y gran parte de esas energías vitales del sistema se están malogrando consideradas desde el ángulo del bienestar colectivo, porque se despliegan en el ámbito limitado de la sociedad privilegiada de consumo.<sup>2</sup>

Mi conclusión es terminante: la sociedad consumista es incompatible con la integración en el sistema de las grandes masas que vegetan en la sociedad de infra-

consumo. Que en la primera pueda alcanzarse gran eficacia económica, no me cabe duda alguna; pero tampoco vacilo en afirmar que el sistema carece fundamentalmente de eficacia social. No es ésta, sin embargo, la única conclusión que puede inferirse. Hay otra, también, y muy seria. Y si las expongo ahora es para brindar una idea acerca del sentido de mis esfuerzos.

La sociedad privilegiada de consumo no podría conciliarse, a la larga, con el avance de la democratización. Y sólo puede funcionar regularmente cuando, según las fases de la estructura socioeconómica, este proceso está contenido, o cuando, después de haber tomado gran impulso, es interrumpido con el empleo de la fuerza. Y ello acontece no tanto por las fallas intrínsecas de la democratización, que sin duda las tiene, como por las fallas profundas del sistema.

Entre estas últimas, las más notorias atañen a la distribución del ingreso, que es donde se presentan aquellas crecientes disparidades a las que acabamos de aludir. La apropiación del fruto del progreso técnico en el capitalismo periférico constituye en gran parte el resultado arbitrario de un juego de relaciones de poder que surge de la estructura social. Este juego no obedece a ningún principio regulador que esté inspirado en consideraciones de equidad, pues ellas son ajenas al funcionamiento del sistema. La distribución del ingreso tiene su particular dinámica, que en el curso del desarrollo se manifiesta a través de fenómenos cada vez más conflictivos. Y con el transcurso del tiempo estos fenómenos desembocan en la crisis del sistema.

Sostengo aquí que el origen de todo ello, si se me permite simplificar, está en que ese fruto de la mayor productividad que trae aparejada la propagación de la técnica de los centros en la periferia tiende a concentrarse en gran parte en los estratos superiores de ingreso, sobre todo en virtud

<sup>2</sup>El término sociedad privilegiada de consumo o sociedad consumista, como quiera llamarse, denota la imitación exagerada y prematura de las pautas de consumo de los centros.

del poder económico de estos estratos. Es decir, no tiende a difundirse como suponen las teorías neoclásicas, que han vuelto a florecer y a influir sobre la praxis del desarrollo. Teorías que se formulan en abstracto, muy lejos de la estructura socioeconómica, en tanto que esa apropiación del fruto del desarrollo es de índole fundamentalmente estructural. Prescindir de la estructura significa extraviarse en un callejón sin salida.

Pues bien, sobre tales estratos superiores se asienta la sociedad privilegiada de consumo, en la que participa asimismo un limitado sector de la fuerza de trabajo caracterizado por su poder social. En el ámbito restringido de aquélla, el crecimiento del ingreso puede alcanzar ritmos sumamente elevados que suelen suscitar la admiración de propios y extraños.

Pero aquí habría que preguntarse ¿cómo es posible desenvolver en tal forma la imitación del consumo de los centros y simultáneamente acumular capital para impulsar la propagación de su técnica?

## 2. Excedente y acumulación insuficiente

Veamos ahora uno de los puntos de mi interpretación teórica que deseo recalcar por la considerable significación que reviste. Me refiero al excedente, o sea, aquella parte del fruto de la mayor productividad que, debido a la gran heterogeneidad de la estructura socioeconómica no se difunde entre la gran masa de la fuerza de trabajo y queda en manos de los propietarios de los medios de producción. Estos medios se van concentrando cada vez más en los estratos superiores por el desenvolvimiento mismo del sistema. Y de esta manera el excedente que de ellos se deriva tiende a crecer incesantemente. Además, trato de demostrar que el ritmo con que este fenómeno ocurre es superior al ritmo de crecimiento del producto global de la economía. Y así, cuanto más adelanta el

desarrollo, el excedente alcanza dimensiones que permiten a los estratos superiores imitar de más en más el consumo de los centros y, al mismo tiempo, introducir técnicas de creciente capital y productividad.

Mayor productividad significa menor empleo de fuerza de trabajo por unidad de capital. Pero simultáneamente esa mayor productividad acrecienta el potencial de acumulación de capital. Si este potencial se empleara plenamente se multiplicaría la absorción de fuerza de trabajo y mejorarían progresivamente sus ingresos. El sistema iría por tanto mejorando su eficacia social.

Pero no sucede así. Porque buena parte de ese potencial se disipa en la sociedad de consumo y en la succión de los ingresos periféricos que realizan los centros, tan estrechamente vinculados a aquélla.

Podría afirmarse que, cuanto mayor sea el ritmo de aumento de la productividad, tanto más debería elevarse el ritmo de acumulación de capital gracias al crecimiento del excedente; pero el desarrollo progresivo de la sociedad consumista no permite hacerlo. Por el contrario, cuanto más aumenta la productividad, tanto más tiende la sociedad consumista a encerrarse dentro de sí misma en el juego de las leyes del mercado. Y de este modo su dinámica puede llegar a ser impresionante, con manifiesto desmedro de la eficacia social del sistema. Y no sólo se debilita la absorción ascendente de los estratos inferiores, sino que sobrevienen asimismo fenómenos de redundancia de fuerza de trabajo, redundancia que se mantiene de un modo u otro en tales estratos o se inserta espuriamente en los estratos intermedios, en especial en la órbita del Estado.

Por aquí es por donde se desvanece el mito de la expansión indefinida del capitalismo periférico y su papel esencial en la difusión del bienestar humano. Expansión para unos pocos pero no para muchos

otros. Esa dinámica de la sociedad privilegiada de consumo, en rigor, no podría darse sin el excedente. Y el excedente no podría darse sin la debilidad de la fuerza de trabajo que se va absorbiendo en el sistema para compartir el fruto de la mayor productividad, bajo el imperio de aquellas leyes.

Sin embargo, la tendencia de la sociedad consumista a desenvolverse intensamente dentro de sí misma no se mantiene en forma indefinida, sin nada que se le oponga, ya que en el curso del desarrollo surge otra tendencia, contradictoria con la primera, que trata de extender hacia abajo las ventajas del desarrollo, pero sin corregir el origen de las disparidades distributivas y de la insuficiencia absorbente del sistema. El conflicto entre ambas tendencias sólo es cuestión de tiempo.

En efecto, durante el proceso caracterizado por las mutaciones de la estructura social que acompañan a la propagación de la técnica, se van ampliando los estratos intermedios, y ello posibilita la democratización, no sin grandes obstáculos. Y de esta manera, la fuerza de trabajo desfavorecida en tales estratos adquiere un creciente poder sindical y político que le permite ir mejorando a expensas del crecimiento del excedente tanto sus niveles de consumo de bienes como de servicios del Estado.

Ahora bien, el crecimiento del excedente con ritmo superior al del producto global posibilita esa mejoría en ciertas fases de las mutaciones estructurales. Pero a medida que avanzan tales mutaciones, esa desigualdad de ritmos se va atenuando, no solamente por la pugna redistributiva de los estratos intermedios, conforme mejoran su capacidad de compartir y de defender las mejoras logradas, sino también por el acrecentamiento, a veces considerable, de los servicios del Estado y, entre ellos, los gastos militares que también imitan las formas cada vez más

costosas de los centros. Y además, por aquel fenómeno de absorción espuria de fuerza de trabajo.

### *3. La crisis del sistema y el liberalismo*

Se alcanza así un momento en que el excedente deja de crecer con ritmo superior al del producto global. Ha llegado a su máximo, es cierto, y si pudiera mantenerse así, creciendo como el producto global, podría continuar desenvolviéndose regularmente e impulsando la sociedad de consumo toda vez que la pugna redistributiva se detuviera en este límite. Pero no tiene por qué detenerse allí, cuando hay todavía una cuantiosa materia redistribuible. Como ya dijimos, el juego de relaciones de poder no está guiado por principio equitativo alguno que lo regule. Y al avanzar la pugna y traspasar aquel límite, los estratos superiores demuestran que, no obstante haber tenido que compartir el poder político con los estratos intermedios, y también con los inferiores, disponen aún de ciertos resortes muy importantes gracias a su poder económico. Son los resortes monetarios que les permiten resarcirse de las consecuencias de la pugna y de aquellos gastos del Estado, trasladando la carga a otros mediante el alza de los precios. Así se despliega la espiral inflacionaria, un nuevo tipo de inflación social que se agrega frecuentemente a las formas tradicionales de este fenómeno.

La espiral trae aparejado el desbarajuste de la economía y su desintegración social. Y ello, tarde o temprano, lleva a los estratos superiores a acudir a otro de los resortes del Estado; el resorte de la fuerza. Se restablece así la dinámica del excedente, que no es solamente la dinámica de la acumulación sino también la dinámica de la sociedad privilegiada de consumo, como que ambas son inseparables en el sistema. Sólo que ello se cumple

no a expensas de los pocos que consumen mucho sino de los muchos que consumen poco.

Es pues ingente el costo político y social del restablecimiento de la sociedad privilegiada de consumo.

El avance democrático parecería pues incompatible con ese tipo de sociedad. Traspuestas ciertas fases estructurales, el proceso político tiende, en efecto, a desplazarse con más celeridad que el proceso económico, pues éste, si bien muy intenso, se desenvuelve en el ámbito restringido de aquélla, en tanto que el avance democrático se empeña en extender los frutos del desarrollo a grandes grupos sociales desfavorecidos por el juego de las leyes del mercado.

Es cierto que la crisis del sistema se aleja cuando recursos abundantes que obtiene el Estado en la explotación de la riqueza natural de un país permiten, por un tiempo más o menos prolongado, satisfacer a la vez las exigencias de los estratos favorecidos y la presión redistributiva de la fuerza de trabajo desfavorecida. Pero no por ello desaparece la tendencia a excluir los estratos inferiores.

No es extraño que los partidarios del liberalismo económico atribuyan la crisis a la violación de las leyes del mercado por la interferencia del poder sindical y político de la fuerza de trabajo. Hay aquí un error profundo que conviene desentrañar desde ahora para comprender mejor la índole del sistema, sin perjuicio de explayarnos después, oportunamente, sobre asunto de tanta importancia.

El liberalismo acude, desde luego, a las teorías neoclásicas para fundar esa afirmación. Pero estas teorías ignoran el fenómeno estructural del excedente, pues sostienen que el aumento de productividad, en un régimen de plena competencia, tiende a difundirse en toda la colectividad a través del alza de las remuneraciones de la fuerza de trabajo y el des-

censo de los precios. Pretendo demostrar que el excedente tiende a retenerse y acrecentarse en el juego de las leyes del mercado, aun cuando la competencia actúe plenamente, sin restricción alguna.

El excedente proviene del poder económico de los estratos superiores y forma parte integrante del sistema, como también el poder de compartimiento de la fuerza de trabajo en fases avanzadas de su evolución. Es cierto que los fenómenos conflictivos que ello acarrea conducen fatalmente a la crisis. Pero así es el sistema con sus tendencias excluyentes y conflictivas.

Las teorías neoclásicas ignoran semejantes tendencias. Por el contrario, sostienen que el sistema, librado sin interferencias a su propio impulso, tiende a alcanzar posiciones de equilibrio, donde se obtienen tanto la eficacia económica como la eficacia social. El razonamiento es riguroso, pero parte de supuestos que no coinciden con la realidad.

La falta de correspondencia que encierran los razonamientos neoclásicos con la realidad del capitalismo periférico no significa que carezcan de influencia práctica. En verdad, las teorías económicas no suelen aceptarse únicamente por su valor intrínseco, sino por responder a intereses y aspiraciones de quienes tienen la gravitación necesaria para imponerlas. Así, cuando se acude al empleo de la fuerza para enfrentar la crisis del sistema, las condiciones se tornan favorables a la aplicación de ciertos principios del liberalismo económico, si bien convenientemente aderezados para responder a aquellos intereses y aspiraciones, y no siempre seguidos con inteligente virtuosismo. Sólo que este reflorecimiento tardío del liberalismo económico requiere sofocar el liberalismo político.

Aunque surgidos ambos de la misma vertiente filosófica, terminan en un dramático antagonismo. Y no podría ser de otra manera debido al falseamiento del

liberalismo económico por las graves consecuencias que se siguen de aquel fenómeno extraño de la apropiación del excedente, tan ajeno a la sublimación de sus razonamientos.

#### 4. *Las relaciones centro-periferia*

Este resurgimiento del liberalismo económico también se extiende a las relaciones centro-periferia, como que las teorías neoclásicas se empeñan en desconocer las disparidades estructurales que tienden al estrangulamiento externo de la periferia, así como el juego de relaciones de poder, que tanto influye en el proceso distributivo internacional bajo el signo de hegemonía de los centros, sobre todo del centro principal del capitalismo. Y tampoco deja de ser incongruente, aunque muy explicable, que se invoque la libertad económica para promover la expansión periférica de las empresas transnacionales, como si ellas fueran la expresión más auténtica de la libre concurrencia en los mercados periféricos.

Las transnacionales son de antigua data. Otrora explotaron en la periferia sus recursos naturales y servicios públicos —y en cierta medida siguen haciéndolo— y ahora explotan afanosamente las innovaciones que en los centros tienden a dejar de serlo. Y son claras sus características oligopólicas.

Sin embargo, las transnacionales no podrían haber alcanzado un papel tan importante en la periferia sin la sociedad privilegiada de consumo, aunque ellas, por su parte, contribuyen notablemente a su exaltación. Se está dando en realidad una trabazón muy fuerte de intereses entre las transnacionales y los estratos favorecidos.

Entendámonos bien. Este papel tan importante de las transnacionales no debería llevarnos demasiado lejos en su interpretación. Si por arte de magia desa-

parecieran en la periferia, no por ello se evaporaría el excedente ni se eliminarían las tendencias excluyentes y conflictivas del sistema. Tampoco se corregirían por ese solo hecho aquellas disparidades estructurales en las relaciones centro-periferia. Pero se aliviarían, sin duda alguna, los consabidos fenómenos de dependencia.

Ya hemos expresado en otro trabajo que si se utilizara a fondo el excedente en la acumulación de capital, esto es, si los estratos favorecidos destinaran una mayor proporción de sus ingresos a acumular más, en vez de consumir desorbitadamente, se aceleraría el ritmo de absorción de la fuerza de trabajo, sobre todo en los estratos inferiores y mejoraría progresivamente la distribución. El sistema se aproximaría a su eficacia social. Pero en vez de apelar al propio esfuerzo de acumulación se acude a las transnacionales para hacer por manos ajenas lo que en gran parte podría hacerse con las propias, mediante la plena utilización del potencial del excedente.

Comoquiera que sea, si los estratos favorecidos acumularan más, no se daría la expansión impresionante de la sociedad privilegiada de consumo. Y las transnacionales no tendrían un campo tan fértil para explotar las innovaciones que impulsan exageradamente la demanda si no ocurriera este extravío social del capitalismo periférico.

#### 5. *El papel del mercado*

El liberalismo económico atribuye a las leyes del mercado el supremo papel regulador del desarrollo. Y la impugnación de aquél lleva con frecuencia a abominar asimismo del mercado.

En modo alguno creo que el mercado sea el supremo regulador de la economía. Sin embargo, tiene gran significación económica y también política. Lo admito



sin reticencias para disipar desde ahora posibles confusiones.

Se invoca al mercado como mecanismo espontáneo para la asignación del capital y demás recursos productivos, en función de la demanda y siempre que la competencia funcione correctamente. Pero esa demanda proviene de una cierta distribución del ingreso que dimana, a su vez, de una determinada estructura socioeconómica y de las relaciones de poder que derivan de ella y de sus mutaciones. Y ya hemos visto que esta distribución es muy desigual, y ella deja, además, al margen del desarrollo a una parte considerable de la población. Podría pues admitirse que las leyes del mercado representan una solución racional aunque circunscrita a los estratos favorecidos; pero en modo alguno racional desde el punto de vista colectivo, afirmación ésta que entraña por cierto un juicio de valor. Y a buen seguro que tampoco se consigue esa racionalidad cuando el poder sindical y político de los estratos intermedios trata de contrarrestar esas leyes del mercado.

Mas tampoco desde el punto de vista de la demanda podría hablarse de la soberanía del consumidor. En un régimen de competencia nadie obliga a nadie a comprar lo que no quiere; se adquiere lo que se desea cuando hay medios para hacerlo. Pero lo que se quiere es, en gran parte, el resultado del arte de sugestión colectiva que se ejerce cada vez más con el portentoso desenvolvimiento de los medios de comunicación y difusión social. ¡La soberanía dirigida! Caso muy claro es éste de ambivalencia de la técnica; sirve para informar, pero al mismo tiempo para deformar. El carácter negativo de esa ambivalencia se opone al positivo en la soberanía del consumidor. Y no hay contrapeso alguno en los medios de difusión masiva al servicio de la sociedad de consumo.

El mercado carece en rigor de horizonte social. En un sistema que tuviera ese

horizonte, esto es, que resolviera con racionalidad colectiva el problema de acumulación y al mismo tiempo redujera progresivamente las grandes desigualdades distributivas, el mercado podría llegar a ser un mecanismo eficiente.

Por supuesto que no cabría dar al mercado ese horizonte cambiando su nombre tradicional. Discurren ahora ciertos economistas liberales de la periferia acerca de la economía social de mercado; nueva prueba de la dependencia intelectual que predomina en nuestras tierras, pues tal expresión se ha acuñado en países de grado muy alto de desarrollo donde se ha eliminado la pobreza —salvo en algunos reductos— gracias a un dilatado periodo de acumulación de capital. Sin embargo, y aunque la pugna distributiva ha tomado un giro desconcertante, es allí muy elevado el contenido social del desarrollo. ¿Podría decirse lo mismo de la periferia?

Desde luego que el mercado no es responsable de las grandes disparidades distributivas, como tampoco lo es del desperdicio del potencial de acumulación que impide la integración social de los estratos inferiores. Ni es responsable el mercado ni tampoco podría hablarse de una economía social de mercado si en él se reflejan las grandes fallas del desarrollo. Lo que importa es saber qué hay en la estructura social, detrás del mercado.

Mucho más seria es aún esta incongruencia cuando se reflexiona que, al emplear la fuerza para restablecer el funcionamiento del sistema, se sacrifica el consumo de vastos estratos sociales para que los estratos superiores recuperen su posición, y acaso la eleven, en la sociedad privilegiada de consumo.

El mercado tampoco tiene horizonte temporal. Cuando las empresas calculan las combinaciones que más les convienen no incluyen en el costo de producción las consecuencias de sus decisiones sobre el medio ambiente ecológico y humano, ni

sobre la disponibilidad futura de recursos naturales agotables. Su concepto de eficiencia económica no va generalmente mucho más allá de sus intereses inmediatos, los que deben distinguirse del interés colectivo considerado con un criterio de largo alcance.

En síntesis, es incorrecto atribuir al mercado las fallas del sistema; es más bien la expresión de esas fallas. Conviene subrayarlo pues a veces se sostiene que para evitar esos defectos será necesario abolir el mercado en la transformación del sistema.

La abolición del mercado llevaría inexorablemente a decidir en la cúspide del sistema qué debe consumirse y qué debe producirse. Significa, en realidad, la abolición de la libertad económica, aun en la medida limitada en que ella se ejerce en el juego de ese mecanismo.

#### *6. Transformación y ética del desarrollo*

La transformación del sistema debe dar eficacia social al mercado y consagrar, además, el derecho esencial de la libertad del individuo de elegir su ocupación y expresar sus preferencias en materia de consumo, todo esto como parte integrante de una más amplia concepción humana que no podría vulnerarse sin tener muy graves consecuencias. Trátese de uno de los derechos fundamentales, adulterados como están ahora, por la estructura socioeconómica.

Si se pretendiera abolir el mercado en absoluto ello exigiría concentrar todos los medios productivos en manos del Estado, para que éste adopte las decisiones de consumo, producción y empleo.

Esta socialización de los medios productivos por parte del Estado con toda la gestión de los mismos en sus manos, le otorgaría un poder político incontestable, el que se opondría a la concepción de la con-

vivencia democrática y de los derechos humanos, que se ha logrado alcanzar no sin grandes vicisitudes históricas como una de las más altas conquistas de la civilización occidental.

Debe establecerse una fundamental diferencia entre este concepto y el uso social del excedente con fines de acumulación y distribución del ingreso. La gestión independiente de los medios productivos es perfectamente compatible con ese uso social del excedente. Me refiero tanto a la independencia de las grandes empresas con respecto al Estado, como con respecto a los intereses privados que ahora concentran en sus manos la mayor parte de los medios productivos.

Dos siglos de creer en la eficacia reguladora del mercado han impedido el surgimiento de una ética del desarrollo, que sería una exigencia ineludible frente a la ambivalencia de la técnica. Gracias a la técnica se ha logrado un aumento casi inconcebible del bienestar humano para gran parte de la población de los centros. Se ha conseguido realizar una utopía. Y la periferia tiene el singular privilegio de tener acceso a aquello que en los centros requirió mucho tiempo a lo largo de una evolución tampoco exenta de grandes sacrificios. En virtud del progreso técnico se ha obtenido lo que habría sido inconcebible hace algunas generaciones. Todo ello también acarreó consecuencias negativas muy graves y notorias.

A decir verdad, el sentido de interés privado que impulsa la aplicación de la técnica no resuelve los problemas del deterioro ecológico ni la explotación irresponsable de recursos naturales agotables. Aunque algunos futurólogos exageren el peligro que ello representa, no podría negarse la ineludible necesidad de la previsión del futuro, inspirada en muy fuertes consideraciones éticas.

Ni las fuerzas del mercado ni el juego político suelen ir más allá de considera-

ciones inmediatas. El juego político se circunscribe generalmente a las aspiraciones e intereses de quienes ya están sobre el planeta, pero no toma en consideración a sus futuros moradores, y esto cuando el futuro se aproxima cada vez más al presente. ¿Quiénes representan a los que aún no existen? Solamente un concepto ético que introduzca en la política un horizonte de tiempo, una gran responsabilidad para con el futuro, podrá responder a esta interrogante.

Lo que ya se sabe al respecto impone la previsión; y también lo que podría llegar a saberse mediante la investigación científica. Concuerdan quienes tienen autoridad para hacerlo que la investigación biológica, en su fase actual, ha llegado a una potencialidad catastrófica que no podría enfrentarse sin la orientación de ciertos principios éticos.

También se requiere un concepto de responsabilidad moral en materia demográfica, pues tampoco están representados quienes no nacieron todavía, y si no se ejerce esa responsabilidad, el futuro acarreará problemas muy graves de convivencia humana.

La falta de responsabilidad moral ante un presente cuyos males son notorios, y frente a un futuro promisor e inquietante a la vez, está llevando a la tremenda frustración del desarrollo, frustración que no se tradujo aún, ni en los centros ni en la periferia, en un cambio de actitudes que impulsen la transformación del sistema.

Dentro de este cambio de actitudes es forzoso encarar también el excedente bajo el prisma de una ética del desarrollo. Habría entonces que interrogarse: ¿A quién corresponde el excedente? Esta pregunta carece de respuesta científica.

Puesto que el excedente es la parte del fruto del progreso técnico que no se traslada a la fuerza de trabajo debido a la gran heterogeneidad de la estructura socioeconómica periférica, podría pensarse

que el excedente corresponde a la fuerza de trabajo. ¿A qué fuerza de trabajo? ¿A la que se emplea con mayor productividad mediante la acumulación de capital? Admitámoslo por un momento. Si el excedente se le transfiriera en el juego de las relaciones de poder, con ello no se resolvería el problema de acumulación, antes bien, se agravaría y acentuaría la tendencia excluyente del sistema, en grave desmedro de los estratos inferiores.

Algún sociólogo latinoamericano, al referirse a estos estratos que el sistema no absorbe, y que en consecuencia tampoco generan excedente, afirma que el sistema los explota por extensión. En tal caso, si el excedente se distribuyera a la fuerza de trabajo absorbida en capas de creciente productividad: ¿le correspondería también a ella el papel de explotadora por extensión de los que quedan en los estratos inferiores?

Y si se trata de un recurso natural cuya extracción, gracias al progreso técnico, se realiza con una fuerza de trabajo relativamente pequeña, ¿correspondería a esta fuerza de trabajo el excedente así logrado?

¿Y cómo entran en escena los científicos y tecnólogos responsables de las innovaciones que aumentan la productividad? ¿El excedente corresponde a quienes hoy participan en el proceso, o también pertenece a quienes lo hicieron ayer? Si admitiésemos este último criterio ¿no nos encontraríamos con un caso similar al de hacer justicia retrospectiva a aquellos grandes artistas del pasado que vivieron y murieron en la indigencia, cuando sus obras alcanzan ahora precios fabulosos?

Tampoco aquí hay solución científica. La solución es fundamentalmente ética: acumular el excedente para brindar a todos las ventajas del desarrollo y hacerlo también con una disciplina distributiva cuyas consideraciones éticas no podrían

justificar la arbitrariedad que entraña ahora el juego de relaciones de poder.

### 7. Las actitudes de los centros

Debe reconocerse que los centros son cada vez más conscientes de los grandes problemas emergentes de la ambivalencia de la técnica; pero se obstinan en cerrar los ojos a las consecuencias de la técnica cuando ella penetra en la estructura socioeconómica de la periferia. Ponderan, desde luego, su enorme potencial de bienestar humano, pero no así los nuevos e intrincados problemas que nos plantean. También son muy pocos quienes entre nosotros han llegado a persuadirse de ello. Digo esto sin reticencia alguna, pues cuanto más penetro en esos problemas, tanto menos comparto ciertas actitudes de quienes pretenden exculparnos de nuestra responsabilidad moral atribuyendo todos los males de la periferia a la culpa de los centros.

Hay que compartir responsabilidades. Y estas responsabilidades recaen más pesadamente sobre los poderosos. Los poderosos son en este caso los centros y también quienes en la periferia disfrutaban de los privilegios de la sociedad consumista.

Digámoslo rotunda y francamente: la responsabilidad de transformar el sistema es nuestra. Pero el cumplimiento de esta responsabilidad, de suyo sumamente difícil, lo sería mucho más aún si los centros no acatan su propia responsabilidad de cooperación que, en resumidas cuentas, además de constituir una responsabilidad moral, concierne asimismo a su propio interés económico y político si, en una previsora visión de largo aliento, logran sobreponerse a los intereses a corto plazo que los dominan.

Son escasos los síntomas de que se inclinen a hacerlo. Más aún, están muy lejos de comprender los problemas de la

periferia, aunque comprender no es todo. Como decía U Thant, ¡comprenden muy bien su situación tanto la araña como la mosca que ha caído en sus redes!

En estos treinta años de CEPAL he visto desfilar una sucesión impresionante de actitudes incomprensivas así en los centros como en la periferia. Y algo más, pues sobre todo en los primeros tiempos, venían acompañadas por parte de los primeros de cierta suficiencia intelectual, cuando no de arrogancia, frente a los esfuerzos iniciales de lograr autenticidad en la interpretación de nuestros propios fenómenos de desarrollo.

En aquellos primeros tiempos prevalecían las teorías pretéritas de la división internacional del trabajo, ampliamente compartidas en la periferia; de ahí la tesis cepalina de la industrialización como exigencia ineludible del desarrollo.

Igualmente sería fue la actitud, que dista mucho de haber desaparecido, que consiste en elegir algunos aspectos parciales y fragmentarios del desarrollo para predicar la 'buena doctrina', a veces, muchas veces, con acento admonitorio.

La solución del problema del desarrollo, se nos expresó con insistencia, radica en la población. ¡Actúese deliberadamente sobre su crecimiento y déjense libres las fuerzas de la economía impulsadas por las transnacionales! De esta manera se eludía también la necesidad de cooperación financiera. ¿Acaso no manifestó una eminente personalidad de los Estados Unidos que un dólar gastado en control de la natalidad equivalía a mil dólares de aportes de recursos internacionales?

Después le tocó el turno a la educación. ¿Quién podrá negar su significado, no sólo económico sino cultural? Pero en esa visión fragmentaria de un fenómeno global se olvidaba con frecuencia que este problema no podría tratarse ni resolverse fuera del contexto del desarrollo y de la necesidad ineludible de acelerar la acu-

mulación y cambiar la composición del capital.

#### 8. *El descubrimiento de la pobreza periférica*

Ahora se ha puesto el acento en la pobreza crítica y en las necesidades básicas. Algunos economistas de los centros han descubierto tardíamente este fenómeno de la pobreza. Ignoran por supuesto que, con referencia a América Latina la pobreza crítica es otro de los graves problemas que tratamos de explicar con gran franqueza, sobre todo en diversos informes de la CEPAL, que datan de tiempo atrás; y entre ellos el último que me correspondió presentar a los gobiernos en 1963. No vacilo en reproducir a continuación lo dicho entonces:

“Sobre la base de datos conjeturales podría estimarse que alrededor de la mitad de la población actual tiene un exiguo ingreso medio personal de 120 dólares por año. Y ese vasto conjunto social sólo representa aproximadamente una quinta parte del consumo personal total de América Latina, con los más alto coeficientes de infra-alimentación, mal vestido y peor vivienda, así como enfermedades y analfabetismo; y también con las tasas más elevadas de reproducción.

“Es allí donde tiene que concentrarse primordialmente el esfuerzo de desarrollo. Aquella idea, no extinguida aún, de que éste se opera en forma espontánea, sin un esfuerzo racional y deliberado para conseguirlo, ha probado ser una ilusión, así en América Latina como en el resto de la periferia mundial. Hace un siglo que nuestras economías se articularon a la economía internacional y la mitad de la población vegeta aún en formas precapitalistas incompatibles con sus

crecientes aspiraciones económicas y sociales.

“Con todo, el ingreso medio del habitante latinoamericano es apreciablemente superior al de otras regiones periféricas; y ofrece así un punto de partida ventajoso para convertir en realidad lo que ha dejado ya de ser una utopía: la extirpación de la pobreza y sus males inherentes, gracias al formidable potencial de la tecnología contemporánea y a la posibilidad de asimilarla en un lapso mucho más corto que el que se registró en la evolución capitalista de los países más avanzados.

“Sin embargo, la penetración acelerada de la técnica exige y trae consigo transformaciones radicales: transformaciones en la forma de producir y en la estructura de la economía, que no podrían cumplirse con eficacia sin modificar fundamentalmente la estructura social.”<sup>3</sup>

Expresiones de esta índole pudieron haber sido calificadas de extremas en aquellos tiempos de viva contienda ideológica entre las dos superpotencias, reflejada, naturalmente, a través de este capitalismo imitativo de la periferia.

Al plantearse esta cuestión en los centros no suele percibirse su hondo significado. Por lo que parece inferirse de la profusa literatura reciente sobre las necesidades básicas mucho me temo que se pretenda resolver aisladamente este tema de la pobreza, tal vez con cierto sentido laudable de filantropía, pero eludiendo de esta manera el problema fundamental de la transformación del sistema y la cooperación internacional.

Pero ha pasado mucha agua bajo los

<sup>3</sup> CEPAL, *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963, pp. 3-4.

puentes desde aquel entonces, y hoy vemos a Mr. McNamara, Presidente del Banco Mundial, llamar la atención de los gobiernos con acento patético acerca de la perduración de la pobreza con la prosperidad, aun en países periféricos que acusan un elevado ritmo de desarrollo.

Y en este esfuerzo de persuasión nos dice con elocuencia Mr. McNamara:

“No sólo es frecuente que los servicios públicos esenciales estén fuera del alcance financiero y geográfico de los grupos pobres, sino que también puede suceder que los servicios existentes estén diseñados de manera tan poco adecuada que carezcan prácticamente de utilidad para sus necesidades, como por ejemplo, llamativas carreteras de cuatro carriles, pero demasiado pocos caminos de acceso al mercado; modernos hospitales de medicina curativa en las ciudades, pero demasiado pocas clínicas de medicina preventiva en las zonas rurales; prestigiosas instituciones de educación superior, pero demasiado pocos programas de alfabetización en los poblados.

“Unos servicios públicos que no estén diseñados con miras modestas y a costos unitarios reducidos acabarán, casi con entera seguridad, sirviendo a unos pocos privilegiados en lugar de a los muchos desposeídos.”<sup>4</sup>

Correctísimo, pero falta dar un paso más en este camino que en buena hora ha emprendido el Presidente del Banco Mundial. Esas extravagancias que con tanta razón le preocupan acompañan a la sociedad privilegiada de consumo. El problema de la pobreza no podrá atacarse

<sup>4</sup>Palabras de Robert S. MacNamara, Banco Mundial, Reuniones Anuales de 1977 de las Juntas de Gobernadores, *Summary Proceedings*, Washington, D.C., 1977.

con eficacia sin frenarla con energía, para acelerar el ritmo de acumulación nativa y asimismo sin establecer nuevas relaciones con las empresas transnacionales.

No estoy diciendo que el Sr. McNamara omita la exigencia de acumulación. Por el contrario, subraya más de una vez la necesidad de acelerar su ritmo. Realmente, el Presidente del Banco Mundial ha demostrado tener una clara y vigorosa concepción del desarrollo periférico y de sus exigencias de cooperación internacional.

Me inclino a creer, sin embargo, que el haber elegido principalmente la pobreza rural como tema esencial de su exposición quizás refleje su desconcierto frente a la persistente renuencia de los centros y de la periferia de encarar resueltamente los problemas de fondo.

Y no son pocos quienes, en los centros, piensan que el ataque a la pobreza crítica con algunos modestos recursos internacionales tendría la virtud de mitigar la tenaz insistencia de la periferia acerca de la necesidad de un nuevo orden económico internacional.

Desde luego que para eliminar la pobreza rural debe aumentarse la productividad agrícola y encarar, asimismo, transformaciones sustanciales en el régimen de tenencia de la tierra. Pero hay aquí una ley universal, muy conocida y ajena a los sistemas económicos, a saber, que el aumento de la productividad más allá de ciertos límites más bien estrechos, crea redundancia de trabajadores; y a éstos sólo sería posible absorberlos con un mayor ritmo de acumulación en la industria y en otras actividades. Por lo demás, ¿como aumentar la productividad de los marginados de la periferia, desde los vendedores ambulantes a los lustradores de zapatos? ¿Problema de absorción en capas técnicas de creciente productividad!

En los estratos inferiores existe, desde luego, una demanda potencial de bienes

y servicios básicos; pero no por eso se convierte en demanda efectiva porque son muy reducidos los ingresos. Y éstos son bajos porque la fuerza de trabajo de dichos estratos se encuentra en capas técnicas de muy baja productividad. Además, la que ya fue absorbida en capas técnicas de mayor productividad no pudo elevar correlativamente sus ingresos por la competencia regresiva de la que está en aquellas capas técnicas o se encuentra desocupada.

Hay que escapar pues a esa proclividad, por cierto nada infrecuente, de aislar ciertas partes de un problema de conjunto. Y lo grave es que a veces gentes de autoridad intelectual cometen ese error. Acaso este recuerdo anecdótico tenga algún valor ilustrativo.

Cuando en vísperas de la primera Conferencia de Comercio y Desarrollo visité una serie de gobiernos, tuve una reunión en el Departamento de Estado, en Washington, a fines de 1963, si mal no recuerdo. Como ya insistiera, entre otros requerimientos, acerca de la necesidad de emprender y acrecentar las exportaciones industriales de la periferia mediante un régimen preferencial, un eminente profesor, conocido por algún libro de transitoria fama sobre el desarrollo, me objetó aproximadamente en estos términos: ¿Por qué pensar en ello si la solución está en aumentar la productividad de la agricultura que es tan baja en la periferia? Mi respuesta fue breve e inspirada en la secuencia lógica de los razonamientos de la CEPAL: aumento de la productividad agrícola, estímulo vigoroso de la industrialización y crecientes exportaciones industriales para lograr una economicidad que no podría conseguirse con sólo continuar la política sustitutiva de importaciones.

Conclusión simple y categórica. Al insistir aisladamente sobre estos aspectos parciales, si bien tiene méritos indiscutibles, se corre el riesgo de desviar la aten-

ción del problema global del desarrollo, que exige transformaciones fundamentales y también cambios de gran aliento en las concepciones de cooperación internacional.

### 9. Una teoría global del desarrollo periférico

Lo que acaba de expresarse nos demuestra una vez más la necesidad de una teoría del desarrollo que, no sólo responda a la realidad periférica con validez científica, sino que también abra el paso a una transformación racional del sistema: ética para impulsar la transformación, racionalidad para realizarla.

De muy poco servirán para ello las teorías neoclásicas. En éstas, como en otras de signo opuesto, elaboradas en los centros, hay algunas observaciones teóricas que han contribuido a esclarecer los fenómenos del desarrollo periférico, junto a ciertas interpretaciones, donde se manifiesta un simplismo desconcertante. Estas teorías tienen gran predicamento en la periferia a falta de una interpretación propia y cabal de nuestros fenómenos; porque carecemos de una teoría con validez científica, de una teoría global.

Global en un doble sentido: que considere el desarrollo periférico como parte integrante del fenómeno general del capitalismo, y que, además, lo interprete como un proceso que dista mucho de ser meramente económico. No podría encerrarse una interpretación del desarrollo dentro de un círculo tan estrecho.

No concibo una teoría puramente económica del desarrollo y tropiezo con grandes resistencias por parte de los economistas neoclásicos que pasan como sobre ascuas por la estructura social periférica y sus grandes disparidades con la estructura de los centros. Ignoran, realmente, estas estructuras, como ignoran el fenómeno estructural del excedente; y pres-

cinden de los elementos sociales y políticos como elementos exógenos que perturbaban el curso armonioso de los fenómenos.

Con relación a la primera exigencia de totalidad, las teorías elaboradas en los centros exhiben una falsa pretensión de universalidad. Prescinden de la periferia tanto los neoclásicos, como los marxistas y los keynesianos. Quizás no habría que tomarla en cuenta, ya que parten de una noción dogmática según la cual la interpretación del proceso capitalista de los centros también sería válida para la periferia. Noción que posee un corolario lógico, a saber, que lo que es bueno para los centros también lo será para la periferia.

Evidentemente se requiere una teoría universal del desarrollo, y no una teoría para los centros y otra para la periferia. Se necesita una teoría que abarque centros y periferia en toda su complejidad, examinando la estructura de unos y otros como así también las grandes disparidades que presentan, las relaciones de poder que surgen de las diferentes estructuras, y los fenómenos de propagación e irradiación de los centros y sus consecuencias sobre el capitalismo imitativo de la periferia, fenómenos que se desenvuelven bajo la hegemonía de aquéllos, especialmente del centro dinámico principal del capitalismo.

El desarrollo del capitalismo periférico es parte de un fenómeno universal de evolución y expansión de la técnica, que se origina históricamente y continúa sin cesar en los grandes centros capitalistas. De allí que nuestro esquema centro-periferia, lejos de ser una concepción estancada, se estuvo enriqueciendo con nuevas y más hondas aportaciones.

Decía un poco más arriba, que el desarrollo no podría encerrarse en el estrecho cercado de una teoría económica, puesto que en este fenómeno intervienen facto-

res técnicos, sociales, políticos y culturales, además de los estrictamente económicos. Si razones metodológicas han llevado a los teóricos, a examinarlos por separado, animados a veces por un prurito explicable de especialización teórica, se impone ahora abarcarlos en su intrínseca complejidad y dilucidar sus interrelaciones. Y hay que hacerlo para aproximarse más a la realidad que se pretende transformar. Discutir acerca de soluciones económicas en el desarrollo periférico, con prescindencia de esos otros componentes, como suelen hacerlo los adictos a las teorías neoclásicas, es un trágico desatino, del cual, por cierto, no estamos exentos en los tiempos que corren. ¡Eliminense los obstáculos políticos y sociales que trastornan el libre juego de las fuerzas económicas —vuelve a insistirse— y el sistema llegará a adquirir plena eficacia! Sólo que para lograr de esta manera la plenitud del liberalismo económico y superar la crisis del sistema, debe sacrificarse el liberalismo democrático con todo lo que entraña para la libertad individual y la vigencia de los derechos humanos.

#### *10. Necesidad de nuevas opciones*

Sin embargo, este retroceso político no podrá mantenerse indefinidamente por el mismo desgaste del empleo de la fuerza y las reacciones que ello trae aparejado. El retorno a la democratización termina por imponerse tarde o temprano. Pero si el proceso no va acompañado de una transformación sustancial del sistema, mucho me temo que ello conduzca nuevamente al juego de relaciones de poder que, con el andar del tiempo, y no mucho tiempo, lleve otra vez a desbaratar el funcionamiento regular de la economía y a desintegrarla socialmente.

Me preocupa profundamente que el sistema, por las grandes fallas que entra-



ña, desemboque en una sucesión de ciclos políticos, con períodos de democratización seguidos de períodos de represión política y agravamiento de la desigualdad social.

Frente a esa perspectiva desconcertante es mucha la responsabilidad que tenemos quienes nos ocupamos de los fenómenos del desarrollo periférico. Responsabilidad que estamos muy lejos de haber cumplido hasta ahora. Pues, ¿qué opciones supimos presentar a los actores políticos y a los actores de la fuerza? Sólo dos opciones extremas. La del liberalismo económico, que exige inexorablemente ese sacrificio del liberalismo democrático; o la opción de transferir los medios productivos al Estado y concentrar su gestión en los hombres que tienen el poder político en la cúspide de aquél, poder político que de este modo se vuelve incontrastable.

En la primera de estas opciones se interrumpe el proceso de democratización. En la otra, se lo sustituye por una concepción fundamentalmente distinta del régimen político y de los derechos humanos.

Compréndese pues la angustiada perplejidad de quienes creían compatible el avance de una de las más grandes conquistas del humanismo que, a pesar de los valores imponderables que encierra, aún no ha logrado traducirse en una ética distributiva que el sistema desconoce flagrantemente.

Parecerían ahora abrirse nuevos rumbos en la evolución de las corrientes políticas avanzadas. Se abandona el concepto de la dictadura del proletariado, o como

quiera llamársele, y se fortalece en su lugar el concepto de pluralismo democrático. ¿Pero será posible el pluralismo si el poder económico y político se concentra en las pocas manos de quienes dirigen todo el sistema?

Tras larga experiencia y ardua reflexión, he llegado a persuadirme de la incompatibilidad de esa concentración de los medios productivos y su gestión con el avance democrático. No podríamos pues eludir esa responsabilidad. Debe buscarse otro camino para transformar el sistema con un gran sentido de eficiencia económica y equidad distributiva, y a la vez de respeto y afianzamiento progresivo de los principios esenciales del liberalismo democrático. Es la opción de una gran síntesis que no podría seguirse dilatando por mucho más tiempo.

No cabe duda alguna que ello exige cambios en la estructura del poder, ya que ninguna transformación fundamental podría cumplirse sin tales cambios. ¿Pero qué hacer después? ¿En qué consiste la transformación del sistema? Esto es lo que debe discutirse con clara objetividad, no exenta desde luego de un gran sentido humano. Pero hay que hacerlo conociendo el sistema que ha de transformarse, conociendo a ciencia cierta dónde están sus grandes fallas.

El propósito de este segundo trabajo nuestro es contribuir a esa discusión, sometiendo nuestras ideas a la crítica depuradora, por implacable que sea. Sigue a nuestra anterior "Crítica al capitalismo periférico" y precede a una ulterior "Teoría de la transformación".

## I

## Resumen preliminar

*1. Indole del capitalismo periférico*

El capitalismo periférico es esencialmente imitativo, en contraste con el capitalismo innovador de los centros. Bajo el signo hegemónico de estos últimos, se abre cada vez más a su capital y a su técnica; a sus formas de consumo y otras manifestaciones culturales; a sus ideas, ideologías e instituciones.

Desenvuélvense estos fenómenos de propagación e irradiación en una estructura socioeconómica, la de la periferia, fundamentalmente distinta de la de los centros —como se verá más adelante— debido entre otros factores al gran retardo histórico con que se extiende el desarrollo.

El capitalismo periférico presenta de este modo grandes diferencias con el de los centros; se desenvuelve según su propia especificidad, por más que se proponga hacerlo a su imagen y semejanza.

La estructura socioeconómica periférica genera relaciones de poder que determinan en gran parte las notables disparidades que ocurren en la distribución del fruto de la creciente productividad que la propagación e irradiación de la técnica trae consigo. Allí se originan las tendencias excluyentes y conflictivas que caracterizan el sistema.

La intensidad del desarrollo depende primordialmente del ritmo de acumulación de capital (en bienes y formación humana). Acumulación que hace posible absorber en capas técnicas de superior productividad y eficacia la fuerza de trabajo empleada en capas técnicas precedentes de inferior productividad y eficacia.

*2. El excedente y su significación estructural*

El origen de aquellas disparidades distributivas radica, en última instancia, en la apropiación del fruto de la creciente productividad por los propietarios de los medios de producción, sea tierra o capital, en el curso de ese proceso que absorbe fuerza de trabajo.

Trátase de fenómenos esencialmente estructurales; en efecto, existe en la periferia una considerable heterogeneidad en la estructura socioeconómica, donde hay una gran masa de fuerza de trabajo con muy baja productividad y eficacia empleada en capas técnicas inferiores en que prevalecen formas tradicionales de producción. Ello impide que la fuerza de trabajo que se va ocupando en las capas superiores, en que se manifiesta incesantemente el progreso técnico, aumente sus ingresos en forma correlativa al aumento de productividad. Sólo una parte relativamente limitada de la misma tiene aptitud para compartir espontáneamente el fruto del progreso técnico. Queda así en manos de los propietarios de los medios de producción, además de su remuneración empresarial, una parte de ese fruto, que hemos llamado excedente. El crecimiento del excedente, y su retención y circulación indefinidas tienen fundamental significado en la dinámica del desarrollo periférico.

*3. La concentración y desigualdad en materia de tenencia de medios productivos*

La tenencia de medios productivos también es muy desigual y esta desigualdad tiende a acentuarse. Las nuevas capas

técnicas que agregan las empresas periféricas a las capas precedentes requieren generalmente una cantidad cada vez mayor de capital. En consecuencia, están en mejores condiciones de disponer de él, gracias al excedente, aquellos en cuyas manos se encuentra concentrado el capital en los estratos superiores de la estructura. Y como esas nuevas capas traen consigo una productividad más elevada, el excedente adicional que es su consecuencia, y que en parte se dedica a la acumulación, tiende así a aumentar la concentración del capital.

La concentración engendra pues la concentración. Se refuerza así el poder económico de los estratos superiores en el juego espontáneo de las leyes del mercado.

Conforme se desciende en la escala de tenencia de medios productivos va disminuyendo el excedente, no sólo por la menor cuantía de medios productivos, sino también porque ella dificulta la adopción de técnicas más avanzadas.

La tenencia de capital es ínfima en los estratos inferiores y por consiguiente el excedente; en el ingreso de los propietarios que a ellos pertenecen predomina más bien su exigua remuneración empresarial. La propagación de la técnica tiende pues a favorecer a los poderosos en detrimento de los débiles.

#### *4. Disparidad creciente de ingresos*

Asimismo, las leyes del mercado provocan creciente desigualdad en las remuneraciones de la fuerza de trabajo. La parte limitada de ésta en condiciones de compartir el fruto de la mayor productividad bajo el imperio de tales leyes es la que dispone de las calificaciones técnicas, administrativas, ejecutivas y profesionales cada vez mayores exigidas por la propa-

gación de la técnica y la complejidad del desarrollo.

La adquisición de estas calificaciones obedece en gran parte al poder social de los estratos superiores y los tramos más altos de los estratos intermedios de ingresos que logran oportunidades de formación, sobre todo, haciendo uso de los resortes pertinentes del Estado y aprovechando tales oportunidades gracias a sus ingresos.

La escala de compartimiento del fruto de la mayor productividad es decreciente. En los estratos intermedios, y mientras las leyes del mercado actúan sin restricciones, la gran masa de la fuerza de trabajo absorbida en capas técnicas de creciente productividad tiene una aptitud de compartimiento tanto menor cuanto más expuesta está a la competencia regresiva de los muchos que se encuentran en capas técnicas de menor productividad.

Más aún, conforme avanza el desarrollo va surgiendo una tendencia a excluir la fuerza de trabajo que se desempeña en esas capas técnicas de menor productividad, en donde se encuentra la mayor parte de los estratos inferiores de la estructura social.

Esta tendencia se explica fundamentalmente por el desperdicio del potencial de acumulación del excedente. Se malgasta debido a la imitación del consumo de los centros por los estratos favorecidos en la distribución, así como por la succión de una porción del excedente por parte de aquéllos. Trátase de los estratos que forman la sociedad privilegiada de consumo.

Conviene ahora detenerse en una explicación, un tanto esquemática, para comprender mejor la índole del fenómeno de absorción de fuerza de trabajo y la tendencia excluyente del sistema.

### 5. *El papel absorbente de la acumulación de capital*

El ritmo de absorción depende tanto del crecimiento de la productividad como del de acumulación de capital reproductivo. Si ambos ritmos fueran constantes, también lo sería el de absorción, así como el de incremento del producto global, en igualdad de otras condiciones.

A pesar de ello, sin embargo, el ritmo del excedente no sería constante sino creciente. En efecto, como ya sabemos, una parte del incremento de la productividad no se traslada de manera correlativa a la gran masa de la fuerza de trabajo desfavorecida en la distribución. Por lo tanto, los ingresos de esta fuerza de trabajo tienden a crecer menos que el producto, en tanto que el excedente tiende a crecer más que el producto.

Ahora bien, si el excedente se dedicara totalmente a la acumulación reproductiva, crecería el ritmo de ésta así como el ritmo de absorción y, por tanto el de crecimiento del producto, aunque se mantuviera constante el ritmo de la productividad. Y al absorberse así más intensamente la fuerza de trabajo de las capas técnicas de baja productividad irían disminuyendo las diferencias entre capas técnicas. Sobrevendrían de este modo dos efectos muy importantes: por una parte, se debilitaría la tendencia a excluir los estratos inferiores; y, por otra, mejoraría la capacidad de los estratos intermedios de compartir el fruto de la mayor productividad, a medida que la fuerza de trabajo se absorbiera en nuevas capas de productividad creciente. El sistema iría adquiriendo eficacia social.

Sin embargo, no ocurre así debido a la persistencia de la sociedad privilegiada de consumo y su desperdicio del potencial de acumulación del excedente. Cuanto más se desperdicia, tanto más se debilitan la absorción de fuerza de trabajo y la

capacidad de compartimiento de los estratos intermedios, bajo el imperio de las leyes del mercado.

### 6. *Redundancia y absorción espuria*

Además de la tendencia a la exclusión de los estratos inferiores, hay otro aspecto del fenómeno de absorción que agrava la ineficacia social del sistema. Me refiero al fenómeno de redundancia, esto es, de la fuerza de trabajo que la mayor productividad no permite emplear o elimina de su empleo y no se incorpora espontáneamente al sistema por ser insuficiente el aprovechamiento del potencial de acumulación.

La redundancia se debe fundamentalmente a la elevación del ritmo de productividad por la incorporación de nuevas capas técnicas y al aumento del ritmo de crecimiento de la fuerza de trabajo.

Cuanto más sube el ritmo de aumento de la productividad, tanto más tendría que elevarse el ritmo de acumulación de capital reproductivo para que se mantenga un ritmo constante de absorción de fuerza de trabajo. Esto podría lograrse gracias al crecimiento del excedente que ese mayor ritmo de productividad trae aparejado. Pero aquí volvemos a encontrar la sociedad privilegiada de consumo y la succión de ingresos por los centros. Dado que así se malogra el aumento del excedente, en vez de dedicarse a la acumulación reproductiva, queda redundante una parte de la fuerza de trabajo a consecuencia del mayor ritmo de productividad.

La elevación del ritmo de crecimiento de la fuerza de trabajo acentúa, por supuesto, la redundancia si como en el caso anterior no mejora el ritmo de acumulación de capital reproductivo.

### 7. *Eficacia económica y eficacia social*

Las explicaciones anteriores nos permiten comprender la dinámica del capita-

lismo periférico. La concentración de los medios productivos en los estratos superiores y el crecimiento del excedente con más intensidad que el producto, gracias al aumento de productividad, posibilitan acrecentar el consumo de aquéllos y, al mismo tiempo, lograr un ritmo de acumulación de capital reproductivo que permita seguir acrecentando el excedente. Estos dos efectos que caracterizan la sociedad privilegiada de consumo, sin embargo, se consiguen, como ya se dijo, a expensas de la absorción de los estratos inferiores y del mejoramiento de la gran masa de estratos intermedios que tiene débil capacidad de compartimiento.

Puede darse así un alto grado de eficacia económica en el ámbito limitado de la sociedad privilegiada de consumo acompañada de creciente ineficacia social.

Compréndese ahora por qué hemos subrayado la importancia de los fenómenos de propagación e irradiación de los centros en la estructura social de la periferia. La difusión de la técnica y la desigual distribución estructural del fruto de su creciente productividad facilita la propagación e irradiación de las formas de consumo de aquéllos por la influencia cada vez más intensa de las técnicas masivas de comunicación y difusión social y la penetración de las transnacionales. En tanto que las técnicas que defienden y prolongan la vida humana aportan un ritmo elevado de crecimiento de la población, el cual suele intensificarse a medida que se desciende en la estructura social.

En esa distribución estructural del fruto de la mayor productividad tiene gran importancia el poder económico de los propietarios de los medios productivos que se concentran en los estratos superiores, así como el poder social de una porción limitada de la fuerza de trabajo en aquellos estratos y, sobre todo, en la parte más alta de los estratos intermedios.

Hay sin duda diferencias individuales, tanto entre los propietarios como en la fuerza de trabajo. Quienes tienen mayor empuje, dinamismo y capacidad individual, trasponen su estrato social y se insertan en los estratos superiores. Adquieren así un poder económico y social que acrecienta su aptitud de compartimiento y su imitación del consumo de los centros. Pueden contribuir de este modo a la eficacia económica del sistema al mismo tiempo que agravan su ineficacia social.

#### 8. *Diversificación de la demanda y ocupación*

El incremento de la productividad trae aparejado un crecimiento del producto global con más celeridad que el crecimiento de la fuerza de trabajo; tal es en esencia la significación del desarrollo. Y al crecer el producto crece también el ingreso global y la demanda, y ésta se diversifica incesantemente por obra del progreso técnico, tanto en los bienes como en los servicios personales y en los del Estado.

Puesto que hay grandes disparidades en la distribución del ingreso, también las hay en el grado de diversificación de la demanda; y ésta es tanto más intensa cuanto el ingreso de los estratos favorecidos crece con mayor intensidad.

Véase pues el estrecho vínculo entre estructura y diversificación, como que el poder económico y social de esos estratos favorecidos es, en última instancia, el factor determinante del crecimiento desigual de la demanda.

Ahora bien, la diversificación viene acompañada de cambios muy importantes en la composición del capital que se acumula y en la ocupación de la fuerza de trabajo; y estas modificaciones influyen a su vez en las relaciones de poder, en la distribución del ingreso y en la diversifica-

ción. Tal es la recíproca dependencia de estos fenómenos.

En lo que atañe a los bienes, la diversificación es relativamente pequeña en los alimentos, por razones bien conocidas, en tanto que se extiende cada vez más a los bienes industriales.

Explicase así, por esta disparidad de la demanda, el desplazamiento de fuerza de trabajo de la agricultura a la industria, y también a los servicios que se diversifican como consecuencia del aumento de productividad.

La agricultura y la fuerza de trabajo que ella emplea tienden así a quedar relegadas en la estructura social; allí prevalecen capas técnicas de baja productividad y estratos inferiores de muy escasos ingresos. El desperdicio del excedente dilata indefinidamente la absorción de esa fuerza de trabajo en capas técnicas de creciente productividad, al mismo tiempo que el ascenso relativamente lento de la demanda de alimentos, comparada con la de otros bienes, tiende por sí misma a crear redundancia en la agricultura, que no se corrige por esa insuficiencia absorbente del sistema.

Estos fenómenos se presentan sobre todo en la agricultura de consumo interno; y se agravan por el aumento de productividad que ocurre en la agricultura de exportación cuando la demanda exterior estimula la acumulación y el progreso técnico. La redundancia queda en la tierra o se desplaza a las ciudades.

Sobreviene así un fenómeno de absorción regresiva. No es la absorción ascendente en capas técnicas de creciente productividad sino la que ocurre principalmente cuando los estratos favorecidos en la distribución disfrutan de servicios personales de exigua remuneración. No se daría este fenómeno de absorción regresiva si fuera suficiente la acumulación de capital reproductivo.

### 9. Deterioro de la relación de ingreso

La ineficiencia social de la sociedad privilegiada de consumo aparece, pues, sobre todo en la fuerza de trabajo de la agricultura y en esos servicios personales de absorción regresiva. Los ingresos de esta fuerza de trabajo tienden así a deteriorarse en el curso del desarrollo, principalmente en relación a los ingresos de la fuerza de trabajo que tiene capacidad de compartimiento del fruto de la mayor productividad. Deterioro más serio aun cuando se comparan esos estratos relegados en el fondo de la estructura social con los que derivan del excedente en la cúspide.

Este fenómeno de deterioro, así como el de redundancia, se observa asimismo, si bien en forma que suele ser menos aguda, en la producción de bienes que, por ser poco avanzados, sufren las consecuencias del desplazamiento de la demanda hacia bienes técnicamente más refinados y costosos, conforme se despliega la diversificación. Y puede aparecer también en los precios de estos bienes. Esto ocurre principalmente en los bienes agrícolas, sobre todo cuando hay tierra disponible para aumentar la producción. Más aun cuando la productividad y la oferta crecen con más celeridad que la demanda. Y si la tierra es escasa, su fruto —el excedente agrícola— es apropiado por el terrateniente que la concentra en sus manos. No habrá deterioro en la relación de precios, será muy débil o mejorará, pero siempre ocurrirá un deterioro relativo de la relación de ingresos mientras se posterga indefinidamente la absorción de los estratos inferiores.

### 10. Capital reproductivo y capital consuntivo

La diversificación, dada la estructura social y sus mutaciones, tiende a acentuar la tendencia excluyente del sistema. En efecto,

los bienes técnicamente cada vez más avanzados en que ella se manifiesta requieren elevar la proporción de capital no reproductivo o consuntivo en el proceso de acumulación.

Capital reproductivo es el que contribuye a acrecentar la productividad y multiplicar el empleo en la medida en que el fruto de esta mayor productividad se destina a la acumulación. En tanto que el capital consuntivo, en vez de aumentar la productividad mejora la eficacia de los bienes así como su aptitud para responder a consideraciones de jerarquía social y a la manipulación incesante de la así llamada soberanía del consumidor.

Desde luego, ambas formas de composición de capital se combinan y están vinculadas estrechamente entre ellas. La diversificación trae consigo el aumento de la proporción de capital consuntivo, pero ello no podría darse si la productividad y el excedente no hubieran adquirido gran amplitud gracias a la acumulación de capital reproductivo. Así sucede en el capitalismo de los centros, en tanto que en la periferia la desigual distribución del ingreso favorece prematuramente ésa y otras formas viciosas de acumulación de capital consuntivo —privado y público— en detrimento de la acumulación reproductiva y, por tanto, de la eficacia social del desarrollo.

Un fenómeno similar aparece en la formación de la fuerza de trabajo que responde a las calificaciones, cada vez mayores y más complejas, que exige la diversificación a medida que se propaga la técnica de creciente productividad y eficacia. Esto concierne tanto a la fuerza de trabajo dedicada a la producción de bienes como a la que desempeña servicios personales y del Estado. Estas calificaciones, exigen, a su vez, creciente acumulación de capital en su proceso formativo. Pero al acentuarse la diversificación debido a las desigual-

dades distributivas, se exagera también la proporción de este capital en la formación de la fuerza de trabajo y, por consiguiente, su incidencia desfavorable sobre la acumulación de capital reproductivo.

### *11. Las relaciones de poder y el compartimiento de los frutos del desarrollo*

El desplazamiento de la fuerza de trabajo de la agricultura se manifiesta en una impresionante concentración demográfica en las ciudades, y esto no sólo por exigencias de la técnica, sino también debido a las grandes disparidades distributivas. La demanda y la ocupación estimulan el crecimiento urbano, y éste a su vez atrae mayor demanda y ocupación.

Los estratos intermedios, que se amplían de esta manera en los conglomerados urbanos por obra del avance técnico y la diversificación de la demanda, van abriendo paso al proceso de democratización, no sin grandes obstáculos y vicisitudes. Y la democratización se manifiesta en un creciente poder sindical y político de dichos estratos.

El poder sindical tiende a corregir aquella debilidad de compartimiento que, en el juego del mercado caracteriza a la fuerza de trabajo que van absorbiendo las capas técnicas de creciente productividad. Este poder limita, en efecto, la competencia regresiva de la fuerza de trabajo empleada en capas técnicas precedentes, así como la de su crecimiento vegetativo.

A medida que aumenta de esta manera la capacidad de compartimiento de los estratos intermedios antes desfavorecidos, éstos participan de más en más en la diversificación, junto con la fuerza de trabajo favorecida en gran parte por su poder social. Pero este fenómeno no alcanza a los estratos inferiores.

En la órbita del mercado se originan principalmente los aumentos de pro-

ductividad del sistema gracias a la acumulación de capital; y los ingresos provenientes de esta mayor productividad, a su vez, imprimen gran impulso a los servicios del Estado.

En el Estado, como órgano político del sistema, las relaciones de poder desempeñan también un papel decisivo en la distribución de sus servicios, como en su diversificación. Es cierto que el Estado desempeña servicios muy importantes que conciernen a toda la colectividad y no sólo a los componentes de poder del sistema, pero aun en este caso dichos componentes de poder tienen gran influencia en la extracción de los recursos fiscales con que se cubren tales servicios de interés general.

Aparte de estos últimos se trata de una distribución complementaria de servicios del Estado, pero cada vez más importante, de la registrada en la órbita del mercado. Y esta distribución complementaria se efectúa a través del poder político y los cambios que ocurren en su composición. Tales cambios de composición reflejan las transformaciones que acontecen en las relaciones de poder, conforme se desenvuelven las mutaciones de la estructura social antes consideradas. Y de esta manera las relaciones de poder influyen considerablemente en el empleo de los resortes institucionales del Estado para lograr sus servicios y repartir el esfuerzo fiscal que las costea.

Así, el poder económico de los estratos superiores y el poder social de los tramos más altos de los intermedios, acuden, por un lado, a tales resortes para sustentar su posición estructural y su capacidad de captación del fruto del progreso técnico y, por otro, a fin de resistirse a compartirlo con los de abajo.

Sin embargo, el desenvolvimiento de los estratos intermedios, además de su poder sindical en el mercado, les permite adquirir también poder político, como

ya se ha visto a medida que avanza el proceso de democratización. Consiguen así, estos estratos, manejar también aquellos resortes institucionales, o acudir a otros nuevos para fortalecer su aptitud de compartimiento de servicios del Estado.

Además de este compartimiento, las relaciones de poder influyen en la absorción de fuerza de trabajo, en sus ingresos y en materia de servicios estatales, los que por su propia dinámica tienden a crecer exageradamente. Asimismo, una parte de la fuerza de trabajo que no absorbe la órbita del mercado, se inserta allí, sin que realmente sea necesario: es la absorción espuria de grupos que, con o sin poder social, consiguen esta forma de absorción por su influencia política.

Finalmente, el poder político permite a ciertos individuos mejorar sus remuneraciones en relación a las vigentes en el mercado u obtener ingresos mediante formas de colusión entre ambas órbitas.

Estas reflexiones me llevan a mencionar otra de las manifestaciones importantes del poder político, sobre todo de los estratos intermedios. Me refiero a la empresa pública, que se desenvuelve cuando el Estado, fuera de la órbita del mercado, forma empresas o las traspasa a su propia órbita. En esto también intervienen relaciones de poder, impulsadas generalmente por otras motivaciones, por lo menos iniciales: limitar o impedir la gravitación del capital extranjero, o contrarrestar el poder económico y político del capital nativo. Comoquiera que fuese, la empresa pública difícilmente se sustrae a quienes, gracias a su poder político, logran allí su absorción espuria o tratan de incorporarse por esta vía a la sociedad privilegiada de consumo.

Hay sin duda empresas públicas que logran contener la presión política; pero cuando no ocurre así contribuyen a desperdiciar el potencial de acumulación



de su propio excedente o del excedente de la empresa privada.

Es bien sabido que en esta última, según sean las circunstancias de la competencia, prevalece un sentido de eficiencia económica. Pero en la medida en que se desperdicia el potencial de acumulación que gracias a ella se obtiene, ello trae consigo la ineficiencia social del sistema.

La disputa por el excedente adquiere otro sentido cuando el Estado dispone de recursos cuantiosos provenientes de la explotación de una riqueza natural. En este caso puede responder a las exigencias del poder político de los estratos intermedios sin sacrificar —antes bien, mejorándolo— el poder de captación del fruto de la mayor productividad del que disponen los estratos superiores en virtud de la tenencia de capital. Por el contrario, en tales condiciones, estos últimos suelen valerse de su poder político para defender su excedente de la presión fiscal.

Continúa sin embargo el relegamiento de los estratos inferiores al desperdiciarse ese considerable potencial de acumulación de capital reproductivo en la exaltación de la sociedad de consumo. De todos modos, algo de la prosperidad de los de arriba se filtra en favor de ellos.

### *12. El límite crítico en la presión de compartimiento*

Como antes se ha expresado, el incremento del excedente global con ritmo superior al del producto se debe —y no parece redundante repetirlo— a que una proporción más o menos significativa de la fuerza de trabajo tiene escasas aptitudes para compartir el fruto del progreso técnico.

Sin embargo, con las mutaciones de la estructura social, el poder sindical y político de esa fuerza de trabajo desfavorecida le permite ir corrigiendo dicha debilidad de compartimiento, y también la insuficiencia absorbente del sistema.

Mejoran así su consumo privado y su consumo de servicios estatales, lo que se cumple, como hemos visto, a expensas del ritmo de incremento del excedente por sobre el ritmo de crecimiento del producto.

Tiene efectos similares el acrecentamiento exagerado de los servicios generales del Estado, donde una proporción importante suele corresponder a los gastos militares no ajenos, desde luego, a la imitación de la tecnología de los centros. Y a todo ello se agrega la absorción espuria de fuerza de trabajo registrada principalmente en la órbita del Estado.

Así pues, en el desenvolvimiento de estas diversas formas de compartimiento se llega a un momento en que el ritmo del excedente se vuelve igual al del producto, tanto más pronto cuanto más se propaga el poder político o sindical a los estratos inferiores. Tal es el límite al que puede llegar, sin trastornos, el compartimiento de la fuerza de trabajo desfavorecida en el juego del mercado.

Dentro de ese límite la sociedad consumista se encuentra en pleno vigor y podría seguir funcionando regularmente si el poder redistributivo se detuviese allí; pero no hay en esto ningún principio regulador, como no lo hay en el crecimiento del excedente. Y una vez que se ha adquirido aquella aptitud de compartimiento, la fuerza de trabajo, antes desfavorecida, trata de seguir acrecentando su consumo privado y el de servicios estatales, y aumentando también su empleo en ellos no sólo a expensas del crecimiento del excedente, sino del excedente mismo. Esto significa, en buenas cuentas, menoscabar la plenitud de la sociedad privilegiada de consumo y su capacidad de acumulación en serio detrimento de la dinámica del sistema.

Hay resortes institucionales que permiten, sin embargo, a los propietarios de capital resarcirse de la disminución del excedente; trátase de los mismos resortes

mediante los cuales les había sido posible captar el excedente estructural y retenerlo indefinidamente en sus manos. Son los resortes monetarios y, por más que se resista su autoridad responsable, termina por prevalecer el poder económico y político de aquéllos. La inflación se vuelve entonces inherente al sistema mismo cuando éste llega a una fase avanzada de su desarrollo, una inflación social diferente de la inflación pretérita, si bien ambas suelen combinarse estrechamente.

La inflación trastorna el sistema y lo desintegra socialmente, lo cual lleva tarde o temprano a emplear otro de los resortes institucionales del Estado: la fuerza, sea por propia determinación de quienes disponen de ella, sea por la gravitación del poder político en la cúspide del sistema. Se acude al empleo de la fuerza para doblegar o suprimir el poder sindical y político de las masas con serio menoscabo de su aptitud de compartimiento. Es posible lograr, de esta manera, restablecer la dinámica de la sociedad de consumo, lo que también permite a los estratos superiores acumular más y consumir más y mejor, lo mismo que para los tramos favorecidos de los estratos intermedios.

De todas maneras, estos resultados tienen un elevado costo social, además del político, pues se obtienen a expensas de la mayor participación que en materia de ingresos y ocupación había logrado la gran masa de los estratos intermedios, y también los inferiores cuando se había ampliado a ellos el poder sindical y político.

Muy lejos estoy de considerar que el empleo de la fuerza, cuando sobreviene en la fase avanzada del desenvolvimiento del sistema, explica todas las vicisitudes políticas de la periferia; sólo he querido subrayar con ello una de las consecuencias del restablecimiento dinámico del sistema, que suele agravarse con la evolución desfavorable de la coyuntura exterior.

Me inclino pues a inferir que el pro-

ceso de democratización no supo ni pudo acaso resolver dos problemas fundamentales: el de la acumulación requerida por la eficiencia social y el de la equidad distributiva. Por donde se comprueba que en esta forma la democratización equivoca su camino y tiende a devorarse a sí misma.

### 13. Determinismo y acción deliberada

De cuanto hemos venido exponiendo parecería desprenderse un cierto sentido de determinismo en el desarrollo del capitalismo periférico, el que se va afirmando a través de las distintas fases de las mutaciones estructurales. Determinismo que no excluye por cierto la acción de los hombres; pero los hombres se mueven dentro del sistema y no pueden sustraerse a su dinámica interna. Nos referimos, por supuesto, al sistema y no a su transformación, que es obra que atañe a decisiones humanas.

En la órbita del mercado, aquellos individuos con empuje, capacidad y dinamismo, contribuyen a acrecentar el excedente que venía circulando y ampliándose en forma continua. Es claro que si lo emplearan plenamente el sistema adquiriría una progresiva eficiencia social, pero el desperdicio del potencial de acumulación impide hacerlo; lo cual debilita la capacidad de absorción del sistema, y se tiende a excluir del desarrollo a los estratos inferiores, como ya tantas veces se dijo.

En la órbita del Estado operan dos corrientes opuestas en el juego de relaciones de poder. Por un lado, surgen los dirigentes dinámicos que responden al poder económico y social de los estratos superiores, y procuran orientar ciertos servicios estatales y sus respectivas inversiones hacia el incremento de la productividad y el excedente en la órbita del mercado. Ade-

más tratan de contener u ordenar la acción redistributiva del poder sindical y político.

Por otro lado, las mutaciones estructurales permiten el afloramiento de otro tipo de individuos dinámicos que responden al poder sindical y político de los estratos intermedios y, eventualmente, de los inferiores, en su afán de compartimiento; son los dirigentes sindicales y políticos de gran influencia en la pugna distributiva y en su evolución conflictiva.

Que el sistema absorba a estos últimos elemento dinámicos, o que éstos se libren de su subordinación a los estratos superiores, depende en gran parte de las mutaciones estructurales. Pero de todos modos ello no impide cierta gravitación individual, sea para moderar o para impulsar los fenómenos conflictivos dentro de la dinámica del sistema.

Mientras se operan estos fenómenos conflictivos surgen, desde luego, aquellos otros individuos dinámicos que, teniendo en sus manos la fuerza la usan. Hay también en ello cierto determinismo, pues con el designio de superar la crisis del sistema sólo encuentran dos opciones principales, carentes ambas de autenticidad, y donde se pone de manifiesto la dependencia intelectual de la periferia: liberalismo económico o concentrar el poder económico en manos del Estado. Opciones que, no obstante su carácter diametralmente opuesto, son incompatibles con el avance de la democratización. En ellas se expresa la propagación e irradiación de ideologías de los centros que no responden por cierto a los fenómenos específicos del desarrollo periférico.

Ideologías que suelen prender, asimismo, en quienes, frente a las grandes y crecientes disparidades sociales, y tal vez por la frustración de no haber podido lograr su inserción en el sistema, se proponen destruirlo por la violencia; su violencia por un lado, y la contraviolencia del Estado

por otro, terminan por hacer naufragar los derechos humanos elementales.

#### *14. El Estado prescindente*

A la luz de esta sucinta presentación de los componentes estructurales del sistema y de sus mutaciones, y de los fenómenos de propagación de los centros, cabe preguntarse si la imagen del Estado prescindente, surgida de las concepciones del liberalismo económico, tiene alguna correspondencia con la realidad del capitalismo periférico, con la realidad de su dinámica interna, a la que por ahora nos hemos limitado, a la espera de abordar en seguida las complejas relaciones con los centros, bajo el signo de su hegemonía.

No hay tal Estado prescindente. No lo es cuando la concentración del poder económico se vale de ciertos resortes institucionales del Estado para captar y retener gran parte del fruto del progreso técnico; y no lo es cuando, en el curso de las mutaciones estructurales, la fuerza de trabajo desfavorecida por las leyes del mercado, trata de mejorar su consumo privado y también su consumo social apelando a los resortes del Estado, gracias a su poder sindical y político. Y tampoco puede discurrirse acerca del Estado prescindente cuando se acude al resorte institucional de la fuerza para librar de sus trastornos la sociedad privilegiada de consumo. Eficacia económica —aunque no siempre— en grave detrimento de la eficacia social del sistema.

#### *15. La disparidad estructural en las relaciones centro-periferia*

Veamos ahora, en la misma forma escueta que lo hicimos antes, el intrincado plexo del sistema centro-periferia.

Las grandes disparidades estructurales entre centros y periferia y las corres-

pondientes relaciones de poder, así como los fenómenos de propagación e irradiación tantas veces mencionados, determinan en gran parte la indole de los fenómenos que en tal plexo acontecen.

Acumulación de capital, progreso técnico y demanda tienden a concentrarse en los centros por su misma dinámica; la dinámica centrípeta del capitalismo. Y otro tanto ocurre también con el intercambio industrial alentado por la diversificación. Sobrevienen de este modo entre aquellos ciertas tendencias a integrar internacionalmente la producción de bienes cada vez más avanzados; integración entre iguales o entre casi iguales.

La periferia queda a la zaga de este proceso de generación de innovaciones técnicas y de sus consecuencias dinámicas en la producción y en el intercambio, porque no hay tendencia a la integración cuando se trata de desiguales.

Pero, bien lo sabemos, la periferia no queda a la zaga en la propagación e irradiación de las formas de consumo cada vez más avanzadas técnicamente. Tiende pues a internacionalizarse el consumo —la sociedad de consumo— con gran celeridad, en contraste con los enormes obstáculos que encuentra la internacionalización de la producción desde el punto de vista del comercio exterior.

Es un mito la expansión espontánea del capitalismo de los centros en la periferia, más allá del papel apendicular de ésta en la exportación primaria; un mito pretérito que se renueva en los últimos tiempos con la imagen de las empresas transnacionales y la explotación de sus innovaciones técnicas.

El retardo histórico que esa tendencia concentradora de los centros ocasiona en el desarrollo periférico se manifiesta —si bien con pocas excepciones— en una franca tendencia a la disparidad entre la demanda en los centros de bienes primarios de la periferia y la demanda en la peri-

feria de los bienes que responden a la incesante diversificación de los centros. Otra vez encontramos aquí una de las consecuencias de las grandes diferencias estructurales en las relaciones centro-periferia.

De esta disparidad surge la tendencia inmanente al estrangulamiento exterior de la periferia, agravado con el mencionado fenómeno de succión de ingresos. Y nada serio hicieron o hacen los centros para atenuar, sin eliminar, estas contradicciones externas del sistema.

Se empeña entonces la periferia en contrarrestar esta disparidad recurriendo a la sustitución de importaciones, basada ésta en la protección, dadas la superioridad técnica y económica de los centros. Protección frecuentemente abusiva.

La sustitución no es un fenómeno estático; lejos de ello. Tiende a agotarse por saturación de lo que se ha sustituido, en tanto que la diversificación cada vez mayor que acontece en los centros impone nuevas líneas de sustitución para contrarrestar la tendencia al estrangulamiento.

Sin embargo, conforme se avanza de esta manera en la sustitución presentan crecientes complejidades técnicas que exigen también mercados más amplios. Se abren así las puertas a las empresas transnacionales, y éstas disfrutan primero del mercado interno favorecidas por la protección y después comienzan a desenvolver las exportaciones con el estímulo de subsidios y otras formas.

Es un hecho que las transnacionales no demuestran mucho interés, por lo menos hasta ahora, en exportar a los centros, donde sucesivas innovaciones orientan decisivamente su acción empresarial. Realmente prefieren dedicarse en la periferia a la producción de bienes que corresponden a innovaciones precedentes y que los centros van dejando atrás por el avance de otras innovaciones. Tampoco se esfuer-

zan los centros por abrir sus puertas a la importación de éstos y otros bienes que están al alcance de la capacidad técnica y económica de la periferia. Las transnacionales tratan más bien de explotar esas innovaciones precedentes exportando a países periféricos con un menor grado de desarrollo; y logran hacerlo a veces en forma insospechada. Pero en esta forma contribuyen a desplazar el estrangulamiento exterior de unos países periféricos a otros, pues la periferia sólo ha cumplido esfuerzos modestos para construir un marco adecuado donde se desenvuelva el intercambio recíproco de los países que ella abarca.

#### 16. *La convivencia con los centros y el empleo de la fuerza*

En la incongruencia de su política para con la periferia, los centros promueven y apoyan la expansión de las transnacionales. Comparten éstas el poder económico y político de los estratos superiores, y hasta llegan a sobrepujarlo; poder interno al que se agrega el poder considerable que tienen en los centros. Surgen así, bajo el signo histórico de la hegemonía de éstos, nuevas formas de dependencia que llevan a un país periférico a hacer lo que de otro modo no haría, o a abstenerse de hacer lo que quisiera hacer.

La dependencia tiene su contrapartida en la cooperación financiera, que suele ser tanto mayor cuanto más grande es la holgura con que se mueven las transnacionales en la órbita de la periferia o cuanto más responde ésta a otros intereses hegemónicos de los centros.

Como las transnacionales participan en el juego de relaciones de poder, son parte activa en la pugna distributiva en el interior de la periferia y en su evolución hacia la crisis. Y a medida que esta crisis se va incubando en la misma dinámica del siste-

ma, se impugnan además en la periferia, con el avance de la democratización, esas formas de dependencia donde se manifiesta esa hegemonía histórica de los centros, sobre todo la del centro dinámico principal del capitalismo.

Los fenómenos conflictivos del sistema tienden entonces a propagarse hacia afuera, agravados con frecuencia por una coyuntura exterior desfavorable. Muévase de este modo en los centros, contra el país periférico descarriado, la formidable constelación de intereses que gravita en el complejo de relaciones centro-periferia. Y sobrevienen con frecuencia actitudes punitivas en esta dramática explosión de la dependencia.

El empleo de la fuerza permite sofocar transitoriamente los sentimientos de identidad nacional que impugnan la dependencia en la periferia. Restablecidas de este modo las condiciones de convivencia con los centros, convivencia que se limita principalmente a la sociedad privilegiada de consumo, las transnacionales encuentran así un más amplio horizonte al que incorporan un renovado impulso al capitalismo imitativo, dentro del ámbito limitado de la sociedad privilegiada de consumo.

Surge entonces en los centros un insospechado dualismo. Por una parte, se defienden fervorosamente los derechos humanos —no sin cierto sentido selectivo— y, por otra, se ensalzan las virtudes de un sistema que, para adquirir gran impulso dinámico, lleva a entorpecer de un modo u otro la democratización o suprimirla cuando el avance ha adquirido gran vuelo, con grave detrimento de los derechos humanos.

En resumidas cuentas, la articulación de los centros con la sociedad privilegiada de consumo ocasiona aquellas grandes contradicciones externas que, al agregarse a las internas, acentúan las tendencias excluyentes y conflictivas de este tipo

de sociedad. Y la conjugación de sus consecuencias lleva al empleo de la fuerza para resolverlas en la superficie de los hechos, aunque no en el seno de la estructura, con el elevadísimo costo social y político que ello entraña.

## II

### El excedente: su apropiación, crecimiento y circulación

#### 1. Una explicación preliminar del excedente

Gracias a la acumulación de capital en bienes físicos y formación humana, el producto global de la economía tiende a crecer con un ritmo más intenso que el de la ocupación de la fuerza de trabajo debido al aumento de productividad.

El fruto de este aumento de productividad —según ya se expresó— lo captan primariamente los propietarios de los medios productivos y sólo participa del mismo una parte limitada de la fuerza de trabajo. El resto queda en manos de aquéllos en forma de excedente, además de la remuneración por sus tareas empresariales, cuando las desempeñan.

Intentaremos explicar ahora, primero, por qué los propietarios pueden captar el excedente; en seguida, por qué éste tiende a quedar retenido en sus manos; y después, por qué se acrecienta y circula continuamente en el sistema.

Conviene subrayar el origen estructural del excedente, porque, como ya lo expresé en mi trabajo anterior quizás haya dejado la impresión de que se trataba más bien de un fenómeno monetario. Procuraré ahora corregir aquella defectuosa explicación. Lo monetario es sin duda importante, pero sólo se trata de la forma de captación y retención, y no de la generación del excedente en sí mismo, fenómeno derivado de la estructura social.

El origen estructural, sin embargo,

no explica la retención del excedente en manos de los propietarios de los medios productivos. Se retiene porque el incremento de productividad va acompañado de un aumento de la demanda que se manifiesta en la expansión monetaria inherente al circuito productivo; y esta mayor demanda impide que descendan los precios debido a la mayor productividad, y permite que el incremento de bienes en que ésta se traduce quede en manos de los propietarios de los medios productivos, en la medida en que no ha sido compartido por los grupos favorecidos de la fuerza de trabajo.

Dicho en otros términos, constituye el excedente la diferencia entre el crecimiento de la productividad y la parte de ella que no se transfiere a la fuerza de trabajo en el juego espontáneo del mercado.

Este fenómeno estructural y dinámico es de la mayor importancia en el desarrollo del capitalismo; pero sólo nos ocuparemos de él en el capitalismo periférico.

Mientras la fuerza de trabajo desfavorecida no adquiere suficiente aptitud de compartimiento del excedente, éste sigue creciendo con ritmo superior al del producto global. Así pues, el excedente, en el curso del desarrollo va adquiriendo dimensiones que permiten a los propietarios elevar su consumo, imitando a los centros, e introducir además técnicas de creciente productividad y eficacia gracias al acrecentamiento de la acumulación de capital.

Ahora bien, conforme el compartimiento de la fuerza de trabajo va reduciendo el ritmo de crecimiento del excedente con respecto al producto global, se llega a un límite que no se puede sobrepasar en la dinámica capitalista: no obstante las dimensiones que ha alcanzado el excedente no puede disminuir por debajo del ritmo del producto sin que sobrevengan serios trastornos. Bástenos afirmarlo por ahora para dar adecuada perspectiva a este fenómeno. Sólo agregaremos que antes de llegar a ese límite el excedente ha llegado a ser ingrediente esencial de la sociedad privilegiada de consumo. Y ésta no permite frenar el crecimiento de aquél, dado que se asienta en el mantenimiento indefinido de las grandes disparidades distributivas.

Finalmente, cabe anticipar la explicación de la circulación continua del excedente. Recuerdese que se retiene porque el aumento de productividad va acompañado del aumento de la demanda y su correspondiente expansión monetaria. Pues bien, ese aumento de la demanda no se evapora dentro del sistema, sino que sigue circulando, y cambiando de composición en forma concomitante con el incremento de los bienes que la mayor productividad trajo consigo. Si no fuera así, descenderían los precios.

A estas cuestiones dedicaremos el presente capítulo.

## 2. *El fenómeno estructural*

Ya se dijo que los propietarios de los medios productivos, principalmente en los estratos superiores de la estructura social que concentran su mayor parte, captan primariamente el fruto de la creciente productividad que la penetración de la técnica acarrea. Así surge el excedente. Podríamos definirlo como aquella parte de ese fruto que, en la medida en que no fue compartido por una parte de la fuerza de

trabajo en el juego espontáneo del mercado, tiende a quedar en manos de los propietarios, además de la remuneración de su trabajo empresarial que les corresponde por su capacidad, iniciativa y dinamismo, así como por el riesgo que corren.

Dígase de pasada que en la teoría convencional se establece una clara diferencia entre esa remuneración y la ganancia empresarial. Esta última tiende a ir desapareciendo por la competencia conforme el sistema se orienta hacia su equilibrio dinámico. Aquí está cabalmente la diferencia entre la ganancia con su carácter transitorio, y el concepto de excedente, pues éste tiende a retenerse como se demostrará en el lugar pertinente.

En el capitalismo periférico el propietario y el empresario, en la mayor parte de los casos, se confunden en una sola persona. Pero también se percibe la tendencia a la separación, tan notoria en los centros, conforme se opera la concentración del capital y crecen las dimensiones y la complejidad de las empresas. El propietario sigue apropiándose del excedente, aunque no desempeñe funciones empresariales.

Después de esta breve digresión, prosigamos nuestro examen. La clave del desarrollo está en la propagación de la técnica productiva de los centros mediante la acumulación de capital físico y la formación humana requerida por dicha técnica.

La técnica se propaga mediante una superposición continua de lo que hemos denominado capas técnicas, donde se concretan las innovaciones de aquéllos. Si bien con característico retraso en relación a los centros, y con ciertas limitaciones, capas técnicas de creciente productividad y eficacia se añaden a capas precedentes de menor productividad y eficacia, en cuyo tramo inferior suelen encontrarse aún técnicas precapitalistas o semicapitalistas. A medida que se cum-

ple este proceso, las capas técnicas superiores van absorbiendo, con mayor o menor intensidad, la fuerza de trabajo empleada en las capas técnicas precedentes, así como su incremento vegetativo. Sin embargo, las remuneraciones de esa fuerza de trabajo absorbida no se elevan correlativamente al aumento de su productividad. En efecto, aparecen grandes diferencias. Está en mejores condiciones de participar del fruto de la mayor productividad aquella parte limitada de la fuerza de trabajo que responde a las calificaciones cada vez más exigentes requeridas por las nuevas capas. Allí la relación entre demanda y disponibilidad de fuerza de trabajo suele ser estrecha; pero conforme se descende en la estructura social, la oferta se va ampliando en relación a la demanda y disminuye la aptitud de compartimiento hasta ser insignificante en los estratos inferiores de ingreso. Tal es el juego de las leyes del mercado.

El compartimiento del fruto del progreso técnico es, pues, tanto más débil cuanto más se descende en la estructura social, como que gravita la competencia de la fuerza de trabajo ya empleada en las capas técnicas precedentes de inferior productividad; y gravita tanto más cuanto mayor es la proporción de fuerza de trabajo de calificaciones decrecientes y la que carece de calificaciones. Trátese, si bien se mira, de una competencia socialmente regresiva.

Mientras una masa considerable de trabajadores se encuentre en tales condiciones en esas capas técnicas de inferior productividad, ello seguirá constituyendo un obstáculo considerable para que aumenten sus remuneraciones, aunque aquellos sean absorbidos en capas técnicas de mayor producto por hombre.

Adviértase, en forma incidental, la diferencia entre capas técnicas y estratos de ingresos. En todas las capas, y cualquiera sea su productividad por hombre,

se presentan distintos estratos de ingreso de la fuerza de trabajo dada su desigual aptitud de compartimiento. Pero en las capas técnicas más elevadas predominan los estratos superiores, en tanto que las capas de baja productividad están formadas principalmente por estratos inferiores. Se comprenderá mejor este punto cuanto se aborden las mutaciones estructurales.

### *3. Una hipótesis que dista de la realidad*

Se comprenderá ahora el significado del ritmo de acumulación de capital. Y conviene anticipar aquí el sentido de lo que se dirá en otro capítulo. La fuente primordial de esta acumulación es el excedente. Y cuanto más intensamente se dedique este último al logro de tal objetivo, tanto más se acentuará el ritmo de absorción y tanto mayor será la aptitud de la fuerza de trabajo para elevar sus ingresos en el juego del mercado correlativamente a los incrementos de productividad.

Expresado en otros términos, irían disminuyendo progresivamente de esta suerte las diferencias de productividad conforme las capas técnicas de mayor productividad vayan desalojando las precedentes.

Es indudable que en este proceso dinámico de relativa homogeneización técnica, también se irían estrechando las diferencias estructurales entre las remuneraciones, aunque no las funcionales, es decir, aquellas que en el juego del mercado corresponderían a los distintos grados de capacidad y dinamismo de los individuos y su aportación al proceso productivo. Ocurriría de esta manera, con el andar del tiempo, acaso de mucho tiempo, algo similar a lo que imaginan los economistas neoclásicos.

Dicho en otra forma, se iría corrigiendo, por el juego espontáneo del mercado, la debilidad congénita de gran parte de la



fuerza de trabajo para compartir el fruto del progreso técnico.

Pero no sucede así, pues se malogra, por la imitación del consumo de los centros y por la succión por éstos, una parte importante del excedente, esto es, del potencial de acumulación de capital que la técnica productiva trae consigo. De donde la tendencia excluyente del sistema.

Conviene insistir al respecto pues constituye una clara prueba de la significación regresiva de las leyes del mercado en la estructura social periférica.

Suele subrayarse, y a veces con excesiva insistencia, que este fenómeno de exclusión social se debe a que la técnica propagada desde los centros tiende a emplear cada vez menos fuerza de trabajo. Se discurre entonces acerca de la necesidad de desenvolver una técnica adecuada a las condiciones periféricas.

No cabe duda que si se pudiera encontrar técnicas de gran productividad y menor requerimiento de capital, el desarrollo periférico podría adoptar un curso completamente diferente.<sup>5</sup> Sin desalentar la imaginación de quienes se nutren de estas esperanzas, me inclino a encarar este problema desde otro punto de vista, aunque no desconozco, sin embargo, la conveniencia de un esfuerzo bien organizado de selección y adaptación de la técnica que se propaga desde los centros.

A mi juicio el problema radica fundamentalmente en la estructura social donde penetra la técnica más que en la indole de ésta. Afirmo esto porque aunque esa técnica tiende a emplear cada vez menos fuerza de trabajo, gracias a su creciente productividad, ello trae consigo, asimismo, un potencial cada vez mayor de acumulación de capital. Si este potencial se

empleara eficazmente, el progreso técnico tendería a multiplicar incesantemente el empleo; pero no sucede así. Este potencial se malogra en gran parte y aquí encontramos uno de los fenómenos más importantes del desarrollo periférico, si no el más importante.

#### 4. La Ley de Say y el fenómeno dinámico

Ya hemos anotado más arriba la diferencia entre el concepto neoclásico de ganancia empresarial y el de excedente. Recuérdese que, de acuerdo con las teorías neoclásicas, la ganancia tiende a eliminarse a la larga por el juego de la competencia entre empresarios, sea por el alza de las remuneraciones de la fuerza de trabajo, sea por el descenso de los precios.

Acaba de verse que lo primero en realidad no sucede debido a la heterogeneidad social. Gran parte de la fuerza de trabajo, en el juego del mercado, como ya se dijo con insistencia, no logra aumentar sus remuneraciones correlativamente al aumento de productividad.

Ahora bien, según los razonamientos neoclásicos, los precios tendrían que descender, en la medida que no subieran las remuneraciones. Sin embargo no ocurre así, debido a la expansión de la demanda. ¿De dónde surge esa mayor demanda? Esto es lo que nos proponemos considerar ahora afinando los lineamientos de la explicación presentada en nuestro trabajo anterior.

Quizás esta explicación sería mejor comprendida si recordáramos aquella vieja ley de Juan Bautista Say, según la cual la oferta creaba su propia demanda; o sea que los ingresos generados en la producción se transformaban en demanda de los bienes producidos.

Pero como en todos estos razonamientos clásicos y neoclásicos se pierde de vista, entre otros factores, el factor tiempo. Los ingresos generados en la producción

<sup>5</sup>Vieja explicación de la CEPAL. Ver *Problemas teóricos y prácticos del crecimiento económico*, CEPAL, Santiago de Chile, 1973 (Primera edición, septiembre de 1952).

de los bienes finales que en un momento dado se ofrecen en el mercado, no crean la demanda de dichos bienes, sino de bienes finales que antes han aparecido en el mercado. Esto concierne al tiempo que dura el circuito productivo desde su fase primaria hasta la venta de los bienes en el mercado. En efecto, debido al tiempo, la oferta de hoy no genera la demanda correspondiente; ha generado demanda antes, demanda que no se refiere a los bienes de hoy, sino a los de ayer, para decirlo en forma esquemática. No es la oferta actual la que crea su propia demanda, sino son los ingresos que pagan las empresas en el curso de circuitos productivos que van a terminar en un incremento futuro de la oferta. Trátase de un fenómeno esencialmente dinámico.

Es evidente, sin embargo, que si la economía fuera estacionaria y la producción se mantuviera constante y sin variar la ocupación de fuerza de trabajo, y si tampoco ocurrieran aumentos de productividad, habría equivalencia entre los ingresos pagados ahora y la oferta actual que empezó a producirse algún tiempo atrás.

¿Pero qué sucedería, mientras tanto, si aumentara la productividad por la superposición de nuevas capas técnicas así como su mejoramiento en las capas precedentes? Simplemente, que los ingresos pagados a la fuerza de trabajo que está preparando la oferta futura no serían suficientes para absorber la oferta presente acrecentada por la mayor productividad. Los precios tendrían pues que descender necesariamente, y esto en la medida en que no hubieran aumentado las remuneraciones.

Pues bien, lo que impide que esto ocurra es el aumento de ocupación y de los ingresos correspondientes requeridos para acrecentar la producción futura. Aquí está el origen de la mayor demanda que permite a los empresarios captar el excedente.

El aumento de la ocupación es un fenómeno dinámico, y no estático, como suelen ser aquellos razonamientos clásicos y neoclásicos. Tales razonamientos conciben la realidad como una serie sucesiva de posiciones de equilibrio estático que se van desplazando a través del tiempo. Las mismas teorías keynesianas se extraviaron en este tipo de razonamientos. Pero no es así, por lo cual es necesario penetrar algo más en este fenómeno, a riesgo de incurrir en algunas repeticiones.<sup>6</sup>

##### *5. Los circuitos de la producción en proceso*

La dinámica del desarrollo requiere sucesivos incrementos de capital fijo para aumentar la producción. Cada incremento de capital da comienzo a un circuito productivo que demora un tiempo más o menos largo según el tipo de bien considerado. Al terminar este circuito le sucede la terminación de otro, y así sucesivamente. Dejemos de lado, por el momento, estos incrementos de capital fijo para circunscribirlos a los circuitos productivos.

Cada circuito, como se dijo, abarca diversas etapas, desde la producción primaria hasta la venta de bienes finales en el mercado. En esta sucesión de etapas de bienes en proceso de producción, si nos detenemos en un período determinado, encontraremos un circuito que termina en el mismo período, mientras que otro comienza y los demás se encuentran en curso e irán terminando en períodos futuros.

En el movimiento ascendente de la producción cada circuito exige más ocupación que el precedente y, en consecuencia,

<sup>6</sup> Para simplificar omitiremos el comercio exterior y otras transacciones. Además ya nos hemos ocupado del tema en un trabajo anterior. De todos modos cabe recordar que no modifican esencialmente nuestro razonamiento.

genera mayores ingresos y mayor demanda global. Y esta mayor demanda contribuye a que los precios de los bienes cuyo circuito termina no descieran correlativamente a la producción acrecentada por el aumento de ocupación y la mayor productividad.

No está de más insistir en que si la demanda de los bienes que en un período determinado aparece en el mercado al final de cada proceso estuviera determinada por los ingresos pagados en el curso del mismo proceso, tal demanda sería insuficiente para absorber los bienes terminados en tal proceso y bajarían los precios correlativamente al aumento de productividad.

Pero no sucede así, pues la demanda correspondiente a los bienes que aparecen no se origina en su circuito respectivo, sino en los circuitos siguientes en curso, destinados a acrecentar la producción y que irán terminando en períodos futuros.

#### 6. Representación gráfica de la captación

Para mayor claridad de nuestra exposición acudamos a una representación gráfica. Trátase de una aproximación un tanto burda de la realidad, pero que no sacrifica la lógica del razonamiento.

Examinaremos dos casos diferentes de incremento de la producción. En el primero de ellos el incremento es uniforme, o sea que no aumenta ni disminuye y los circuitos productivos correspondientes se reproducen constantemente después de logrado el incremento de bienes finales. En el segundo, los incrementos de producción se acrecientan en forma continua, de manera que de los nuevos circuitos surgen ingresos superiores a los del circuito precedente.

Cada circuito está representado por barras horizontales, en las cuales, en el

curso del tiempo que toma el proceso, se suceden sus distintas etapas hasta terminar en un determinado período con los bienes finales que salen al mercado. Así el circuito A se ha iniciado en el período I y ha avanzado en los períodos intermedios hasta concluir en el período V.

En el mismo período V está en curso el circuito B, que se ha iniciado en el período II y va a terminar en el período VI, y así sucesivamente hasta el circuito E que se inicia en el período V y terminará cinco períodos después (no representados para simplificar los gráficos).

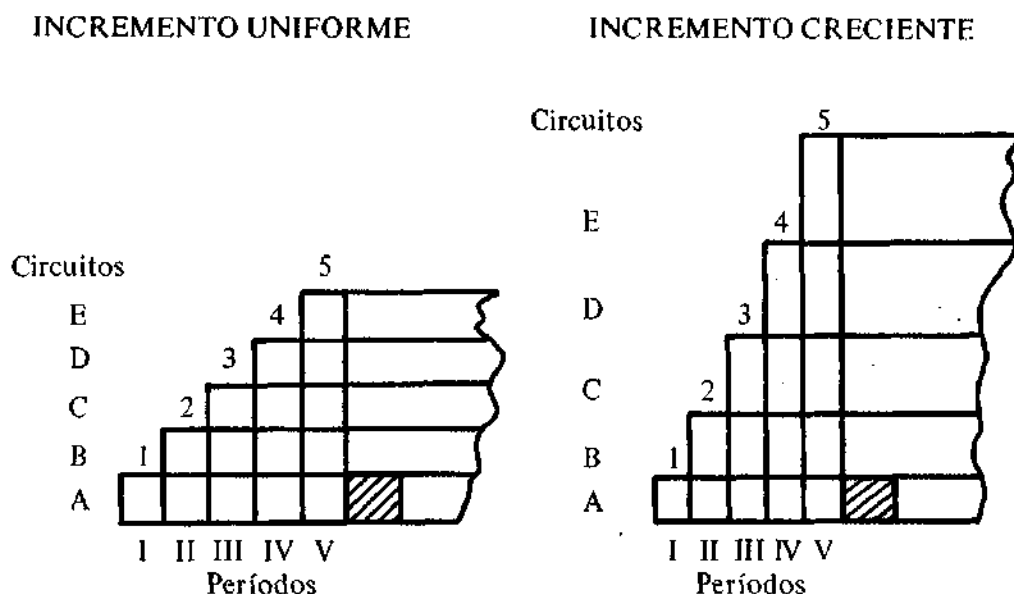
Los ingresos pagados durante dicho período V, en los diferentes circuitos, quedan representados en la barra vertical correspondiente, o sea la 5.

Ahora bien, en el caso de incrementos uniformes de la producción esta barra vertical es de igual dimensión que la barra horizontal A, lo que significa que la demanda generada por los ingresos pagados durante dicho período equivale a los ingresos pagados anteriormente para lograr los bienes del circuito A que ha terminado.

Para volver a la Ley de Say. La oferta A no genera su propia demanda, pues los ingresos que se pagaron por producirla se transformaron en demanda de bienes antes producidos. Quienes recibieron tales ingresos durante el tiempo que dura el circuito no esperaron que éste termine para ejercer su demanda. Por el contrario, la demanda que absorbe la oferta del circuito A en el período V se genera en los ingresos pagados en los circuitos B, C, etc., durante el mismo período, destinados a la producción futura.

Por consiguiente, la coincidencia entre oferta y demanda no se debe a lo que había supuesto la Ley de Say sino a la concepción estática del problema, que en éste, como en otros casos, ha trastornado la interpretación del fenómeno real.

Gráfico 1



¿Pero qué sucedería en este planteamiento uniforme si aumentara la productividad? Sencillamente, que la demanda representada por la barra vertical 5 no sería suficiente para absorber la oferta del circuito A, acrecentada por el aumento de bienes provenientes de la mayor productividad y representada por la superficie rayada, que se agrega a la oferta de A. Esta insuficiencia llevaría necesariamente al descenso de los precios.

Pasemos ahora al segundo caso, esto es, a incrementos crecientes de producción, los que se aproximan más a la realidad. Para lograr este propósito, cada circuito productivo tiene un espesor mayor que el precedente debido al aumento de la ocupación y a los ingresos que ella devenga.

De esta manera los ingresos pagados en los diferentes circuitos productivos durante el período V ya no son iguales a los ingresos pagados durante el tiempo que ha durado el circuito A, iniciado en el período I, sino superiores, tanto más cuanto más intenso fuera el aumento de la pro-

ducción en proceso destinada a los periodos siguientes. La demanda que generan estos ingresos en el periodo 5 supera pues a los ingresos antes pagados para obtener los bienes finales del circuito A. Y es precisamente esta mayor demanda lo que permite absorber sin mengua de los precios el incremento de bienes resultante del crecimiento de la productividad, representada también por la superficie rayada.

Consideremos más de cerca este aspecto tan importante del fenómeno que examinamos, donde se encuentra la clave de nuestra interpretación teórica. La conclusión que dimana de este ejercicio es, a mi juicio, terminante. Si los precios no bajan de acuerdo con la productividad, y en la medida en que ésta no se traduce correlativamente en aumento de remuneraciones, se debe al crecimiento de la demanda generada en los circuitos destinados a aumentar la producción futura.

Esto explica por qué el excedente queda en manos de los propietarios de los medios productivos. El excedente, ya lo

hemos dicho, es un fenómeno estructural; pero no podría captarse (ni tampoco retenerse) sin el aumento de la demanda originado en la misma dinámica de la producción.

### *7. La expansión monetaria inherente al proceso productivo*

¿Pero con qué se paga ese aumento de la demanda? Aquí encontramos el elemento monetario de nuestra explicación.

Trátase de un aspecto que también suele omitirse en las teorías convencionales como si la expansión monetaria pudiera separarse del proceso productivo. La expansión monetaria es inherente a este proceso expansivo de la producción. Yo he tratado de integrarla, y acaso en mi trabajo anterior puse demasiado acento en ello. No percibí, en verdad, el riesgo de que se me atribuyera una explicación puramente monetaria de un fenómeno esencialmente estructural y dinámico, como antes dije.

Introduzcamos ahora el elemento monetario. Hasta este momento, en la primera aproximación que antes he presentado, me he ceñido a decir que el crecimiento de la demanda generado por los ingresos que se pagan en los distintos circuitos de la producción en proceso permitía absorber los bienes finales de los circuitos que terminaban, más el aumento de productividad. Pero el fenómeno es más complejo y pasamos a explicarlo.

Las empresas acuden a la expansión monetaria para pagar los ingresos generados en la producción en proceso. Se trata de una operación que cabe dentro de los principios ortodoxos del sistema y de acuerdo con ciertas reglas en que tales principios se traducen.

El crecimiento de los ingresos y su correspondiente expansión monetaria generan una demanda que tiene que ser por lo

menos suficiente para absorber los bienes finales que van surgiendo, acrecentados por el incremento de productividad, si este incremento no ha de traducirse en descenso de los precios.

Digo tiene que ser por lo menos suficiente porque no toda la demanda apunta a esos bienes finales. Conviene subrayarlo, pues se trata de un aspecto de gran significación. En efecto, una parte de esa demanda se orienta a los servicios, tanto a los servicios personales como a los del Estado. Circula así, en esta esfera, transformándose en demanda recíproca de tales servicios y sólo una parte va retornando a la esfera de los bienes finales.

Ahora bien, la demanda que retorna al cabo de un determinado periodo, más la que se ha creado durante el mismo periodo y se dedica a los bienes finales que surgen en dicho periodo, tiene que ser suficiente para absorber estos bienes acrecentados por el incremento de productividad.

¿Pero qué es lo que asegura esta correspondencia entre demanda y oferta? No existe, por cierto, ningún mecanismo de ajuste exacto. Es más bien un proceso de tanteos que corresponde a la autoridad monetaria y mediante el cual ésta demuestra su aptitud reguladora en el juego espontáneo de las leyes del mercado, esto es, cuando el poder sindical y político de los estratos desfavorecidos no se contraponen al poder económico y social de los estratos favorecidos en la distribución del ingreso. Dicho sea de paso que las reglas del juego son entonces muy claras y efectivas, tanto cuando se trata de contener esa expansión como cuando ella ha sido excesiva. Es lo que sucede si, más allá de ciertos límites más bien estrechos, se cubren con aumentos de dinero las inversiones fijas, o también el consumo privado o los gastos e inversiones del Estado. Si insistimos en esto, que es bien conocido, es para sostener después, en el lugar pertinente, que estas reglas del juego no resul-

tan aplicables cuando la disputa del excedente en el desenvolvimiento de las relaciones de poder vuelve inherente al sistema otro tipo de inflación, a saber, la inflación social.

Volviendo al punto sobre el cual discutíamos, la autoridad monetaria se guía por síntomas. Si la demanda resulta inferior a la oferta, la retención de bienes finales en los inventarios y el aflojamiento de los precios la lleva a expandir más el dinero y generar un aumento correspondiente a la demanda, ya sea estimulando el ritmo de incremento de la producción en proceso o acudiendo a otras formas de política expansiva. Y si la demanda resulta excesiva y los precios tienden a subir, se aplica un freno a la expansión.

Estos movimientos de precios internos se relacionan a los precios internacionales. Si éstos suben inflacionariamente como sucede ahora, los mayores precios de las exportaciones e importaciones ofrecen un margen mayor al crecimiento del excedente interno, que ya no se debe a incrementos de productividad. Dicho sea de paso, los movimientos cíclicos de los centros tienen de esta manera gran influencia sobre la periferia. En las fases ascendentes el incremento de la demanda suele elevar los precios de las exportaciones primarias con respecto al precio de los bienes finales que con ellas producen los centros; y al excedente interno de la periferia se añade así un aumento de origen exterior. Lo contrario ocurre en las fases descendentes del ciclo de los centros.<sup>7</sup>

Si el deterioro relativo de los precios

<sup>7</sup>No se han considerado en este escrito los movimientos cíclicos, que merecen un escrito especial, aunque estrechamente vinculado a los temas de este trabajo. En mi primer artículo hice una breve incursión en ellos. Básteme recordar aquí que la cuantía de bienes en proceso y de los bienes finales que de ellos surgen está sujeta a estos movimientos cíclicos, lo mismo que el excedente. Pero eso no quita validez a mi explicación de los fenómenos estructurales del desarrollo.

de las exportaciones es persistente, una parte del fruto de la mayor productividad en estas actividades se transfiere así al exterior con serias consecuencias sobre el desarrollo periférico.

Volveremos sobre esto al discurrir acerca de la crisis del sistema.

Sólo nos resta examinar qué papel tiene el excedente en este movimiento circulatorio del dinero que acompaña a los movimientos de la demanda. Acabamos de referirnos al dinero que, en un determinado período, retorna de la esfera de los servicios a la esfera de los bienes, más la parte que se genera en estos últimos en el mismo período y se dedica a la demanda de bienes. Su papel es absorber la oferta de bienes finales acrecentada por el aumento de productividad durante el mismo período. De esta manera las empresas recuperan el dinero con el cual habían pagado los correspondientes ingresos a la fuerza de trabajo durante ese período. Y como estos ingresos son superiores a los contenidos en los bienes que terminan en el mismo período, la diferencia vuelve a las empresas en forma de excedente.

Este excedente, que así reciben las empresas, se transforma a su vez en demanda de bienes y servicios; y circula tanto en la esfera de estos últimos como en la de los bienes, como los ingresos pagados a la fuerza de trabajo y los ingresos correspondientes a la remuneración empresarial.

El excedente que así aparece en las empresas por el aumento de productividad vuelve pues a ellas, sea la parte que en un período determinado se transforme en demanda de bienes finales, o la que retorna a tales empresas después de haber circulado en la esfera de los servicios.

A este movimiento se van agregando continuamente nuevos excedentes gracias a sucesivos aumentos de productividad, y en la medida en que éstos no se trasladan a la fuerza de trabajo; y en esta forma,

al agregarse esos aumentos, va creciendo lo que llamamos excedente global. En consecuencia, el excedente global se renueva y acrecienta, así se dedique a bienes finales de consumo o de capital.

El excedente global está expuesto a interrumpir su crecimiento debido a ciertos fenómenos cíclicos que impiden su desenvolvimiento y llevan a su transitoria contracción como, por ejemplo, cuando por la misma mecánica del sistema se emplea una parte del excedente en pagar el incremento de ingresos en la fuerza de trabajo. Sin embargo, no quisiéramos desviarnos, en esta oportunidad, de la línea principal de nuestro razonamiento.

#### 8. Otras características del excedente

Nos hemos referido más arriba a la demanda que se desvía de los bienes hacia los servicios. O sea, que se abstiene momentáneamente de adquirir bienes. Si no fuera así, la demanda podría resultar mayor que la requerida para absorber los bienes finales acrecentados por el incremento de productividad, lo cual traería la consabida reacción de la autoridad monetaria.

Cabe hacer notar aquí que si se acudiera al ahorro, y no a la expansión monetaria, para pagar los ingresos correspondientes a la producción en proceso, la demanda sería insuficiente para absorber los bienes finales. Se trata, a mi juicio, de un fenómeno típico de cierta etapa en el ciclo económico. Keynes lo atribuyó a la tendencia del sistema a generar un exceso de ahorro que reducía el consumo, contrariando la Ley de Say. Desde luego, que su tesis se refería a los centros, y es muy discutible. Pero no podría atribuirse a la periferia una tendencia semejante al exceso de ahorro. Por donde comprobamos nuevamente el falso sentido de universalidad implícito en las teorías de aquéllos.

Estas explicaciones, un tanto tediosas, nos demuestran por qué el fruto de la cre-

ciente productividad no se traduce en descenso persistente de los precios. Lo impide el crecimiento continuo de la demanda, emergente del mismo proceso productivo. Y al transformarse el excedente en demanda, vuelve a las empresas en la forma ya explicada, esto es, se renueva continuamente en el proceso circulatorio.

No es pues mediante la disminución de los precios que traspasa el fruto del progreso técnico a la colectividad, como lo supone la escuela neoclásica. Es otra la forma de redistribución, una forma muy diferente y muy desigual que obedece en gran parte al juego de las relaciones de poder.

Desde otro punto de vista conviene subrayar que el fenómeno global del excedente cambia continuamente de composición.

La demanda experimenta, en efecto, continuas transformaciones. Se diversifica debido a la evolución de la técnica y la distribución del ingreso como se verá en otro capítulo; y el excedente se desplaza continuamente. Impulsado por el incremento de la demanda, favorece a aquellos bienes en que ésta crece con mayor intensidad, en detrimento de otros donde el crecimiento de la demanda es relativamente débil. Tal es el contraste entre los bienes industriales en que la diversificación es incesante y los bienes agrícolas, de muy escasa diversificación. Este asunto se complica además con las diferencias de productividad. Pero comoquiera que fuere, el incremento de la demanda no se evapora dejando que los precios desciendan, por mucho que la competencia entre empresas opere sin restricciones.

Ahora bien, estas restricciones, que son frecuentes, también contribuyen a esos cambios de composición de la demanda pero no modifican su cuantía global ni la del excedente, salvo cuando se trata de la protección aduanera que al permitir la elevación de los precios internos por encima de los internacionales, acrecienta

el excedente a expensas de los ingresos del resto de la colectividad. Así, por ejemplo, tómesese el caso de un producto industrial en el cual la elasticidad-ingreso de la demanda es elevada y, al mismo tiempo el incremento de productividad es muy superior al que registra el conjunto de los otros bienes. Si actuara plenamente la competencia, los precios disminuirían en relación a los otros bienes, los que se favorecerían por el mayor ingreso disponible que así tendrían los consumidores. Pero si la competencia estuviera limitada, las empresas podrían contener el descenso de los precios; pero en ningún caso tendría que afectarse la cuantía de la demanda global, el excedente y el nivel general de los precios.

Hay un caso muy importante donde el excedente no se desplaza sino que tiende a cristalizarse. La tierra es un medio productivo de limitada disponibilidad en el cual aparece el fenómeno característico de la renta, así rural como urbana. El aumento de la demanda global en la dinámica del desarrollo se desplaza también hacia la tierra y eleva su renta, fenómeno por demás conocido sobre el cual sería ocioso explayarse. Sólo debería subrayarse que en esta forma una parte del fruto de la mayor productividad de todo el sistema se desplaza hacia los terratenientes, por el solo hecho de tener la tierra en sus manos.

Además, la renta del suelo proveniente del aumento general de productividad se acrecienta cuando el progreso técnico penetra en la misma tierra y eleva allí su productividad. Si la demanda de los bienes respectivos es intensa, este aumento de productividad se traduce en excedente, y esto se cristaliza también en una mayor renta del suelo. En cambio, cuando la tierra es abundante así como lo es la fuerza de trabajo, y la demanda crece en forma relativamente lenta, ese aumento de productividad tiende a transferirse fuera de la agricultura mediante el descenso de los precios.

El aumento de la demanda global, la limitación de la tierra disponible y, a la vez, el fenómeno de concentración urbana, explican la elevación incesante de la renta en las ciudades. Como en el caso anterior, se desplaza, también hacia la tierra urbana, una parte del fruto de la mayor productividad generado en el sistema. Y la renta se acrecienta asimismo por el progreso técnico en los transportes y en la construcción.

Pero en ninguno de estos dos casos se destruye porción alguna de la demanda global ni del excedente.

El fenómeno del excedente ha impulsado al capitalismo en forma muy diferente de la que supone la teoría neoclásica. Me atrevo a afirmar que el capitalismo nunca ha funcionado de esta manera. No escapa pues a una constante histórica, que es la apropiación del fruto del progreso técnico bajo diferentes formas, gracias a la concentración de los medios productivos por unos pocos, en detrimento del resto de la colectividad. Antes de la revolución industrial el excedente se concretaba en la tenencia del suelo, sea por el poder económico militar o teocrático; y, a partir de la revolución industrial, como resultado del portentoso progreso técnico que desencadena, se capta por los propietarios de los medios productivos en los cuales se manifiestan las innovaciones que acrecientan incesantemente la productividad.

Llegados a este punto cabe una reflexión final. Ya tuve oportunidad de afirmar en otra parte de este mismo trabajo, que el pensamiento neoclásico no tiene la virtud de explicar los fenómenos del desarrollo. Cuando discurren acerca de los precios, sus explicaciones teóricas son inobjetables si se circunscriben al examen de los fenómenos que acontecen en el desenvolvimiento de las empresas tomadas aisladamente, y en especial en lo tocante a la competencia, la productividad y la



elasticidad-ingreso de la demanda de sus bienes. Pero hay una diferencia fundamental entre estos casos y los fenómenos globales que ocurren en la dinámica del desarrollo. Así, cuando una empresa aislada logra aumentar su productividad y rebajar sus costos, llevada por su incentivo de ganancia, acrecentará su producción, lo cual hará disminuir sus precios si sobrepasan ciertos límites. Para acrecentar la producción será necesario aumentar la ocupación y los ingresos pagados a la fuerza de trabajo. Pero esto, en general, no tiene significación en el resto de la economía pues su influencia es prácticamente imperceptible. El razonamiento parcial de la teoría neoclásica conserva pues

plena validez. Pero cuando el acrecentamiento de la producción es general, como ocurre en la dinámica del desarrollo, la serie de incrementos de ingresos pagados a la fuerza de trabajo impide la disminución de los precios, y se genera un excedente que tiende a retenerse y circular según se ha explicado ya. Ignorar este fenómeno de carácter global representa, pues, una falla muy seria si el razonamiento de las teorías neoclásicas se extiende al desarrollo; habría que introducir en ellas el incremento de demanda global que es inherente a la dinámica del desarrollo para reconstruir la teoría de los precios aprovechando los valiosos elementos que ella contiene.

### III

## Las mutaciones estructurales en la ocupación

### *1. Acumulación de capital y absorción de fuerza de trabajo*

Comencemos explicando en pocas palabras el papel de la acumulación de capital —en bienes físicos y en formación humana— en la absorción de fuerza de trabajo.

Es doble este papel absorbente. Por un lado, el incremento de capital reproductivo<sup>8</sup> trae consigo un aumento directo o indirecto del empleo. Por otro, el incremento de ingresos y el excedente que de este modo se genera se traducen en demanda de bienes provenientes de este proceso, así como en demanda de servicios personales y servicios del Estado, demanda en don-

de se manifiesta el efecto indirecto de la acumulación de capital sobre el empleo.

A su vez, los ingresos generados en los servicios originan demanda de bienes y servicios. Preséntase así una recíproca dependencia entre la demanda y el empleo, si bien el impulso dinámico inicial corresponde a la acumulación de capital en las empresas.

El crecimiento del producto de estas últimas está determinado por el aumento directo del empleo de fuerza de trabajo y el incremento de su productividad gracias al progreso técnico; y de ello depende fundamentalmente la demanda y el producto de los servicios personales y del Estado.

En los servicios, el progreso técnico se manifiesta sobre todo en el mejoramiento de su calidad y eficacia, antes que en aumentos de productividad comparables a los que se dan en la producción de bienes. Pero en tanto ocurren esos aumentos de

<sup>8</sup>Las empresas emplean capital reproductivo y capital consuntivo. Mientras llega el momento de abordar este aspecto baste decir por ahora que el primero tiene poder multiplicador del empleo y la acumulación; no así el segundo.

productividad ello constituye un elemento autónomo de incremento de la demanda de bienes.

Desde otro punto de vista, a medida que se eleva el ingreso personal en la producción de bienes, se desenvuelve un proceso de diversificación de la demanda, no solamente en los bienes sino también en los servicios. Y este fenómeno implica una tendencia característica a elevar la proporción de empleo en los servicios con relación al empleo total.

Decíamos al comenzar que la productividad depende de la acumulación en capital físico así como en formación humana. En el capital físico se concretan las innovaciones técnicas que redundan en mayor productividad y en superior calidad y eficacia de los bienes; en tanto que el mismo progreso técnico exige una formación cada vez mayor y más compleja de las calificaciones de la fuerza de trabajo, sin lo cual se malograría en parte el crecimiento de la productividad que acompaña al capital físico.

Téngase presente, además, que ciertos servicios personales, así como los servicios del Estado, contribuyen, en una u otra forma, a la mejor utilización del capital, con el consiguiente aumento de la productividad y eficacia del sistema.

Hechas estas explicaciones preliminares entraremos en la dinámica de la acumulación y el empleo.

Desde el punto de vista de la propagación de la técnica, el desarrollo consiste en una incesante superposición de capas técnicas de creciente productividad y eficacia sobre capas técnicas precedentes de inferior productividad y eficacia. Y en el curso de este proceso estas últimas tienden a desaparecer; y la fuerza de trabajo que en ellas estaba ocupada tiende a desplazarse hacia capas técnicas de creciente productividad y eficacia promoviendo la homogeneidad de la estructura.

En la periferia este proceso requiere

necesariamente un tiempo más o menos dilatado, dada la gran proporción de la fuerza de trabajo ocupada en capas técnicas de muy baja productividad y con exiguos ingresos, aun con técnicas semicapitalistas o precapitalistas. Y a pesar de los largos decenios transcurridos desde el impulso decisivo de la industrialización sigue siendo todavía muy significativa aquella proporción.

En las dimensiones de la fuerza de trabajo que debe ser absorbida se manifiesta la heterogeneidad de la estructura social. Hay países, la mayoría de la periferia latinoamericana, donde al comenzar la industrialización había una elevada proporción de fuerza de trabajo empleada secularmente en aquellas técnicas precapitalistas de muy exiguos ingresos. En tales países, el proceso de absorción habría de ser más largo y difícil que otros donde esa fuerza de trabajo era relativamente pequeña.

Tratemos de explicar ahora este fenómeno. En el fondo, la persistencia de esa gran masa de estratos inferiores en la estructura económicosocial, además del crecimiento extraordinario de la fuerza de trabajo, es clara prueba de la insuficiencia de capital reproductivo. Y a esto se agregan las consecuencias del aumento del ritmo de productividad que acompaña a las nuevas capas técnicas así como su mejora en las capas técnicas precedentes.

Examinemos estos distintos elementos partiendo de este concepto muy simple. La acumulación trae aparejado el aumento de productividad, y éste a su vez permite acrecentar la acumulación. La intensidad de este proceso acumulativo depende de la proporción del fruto de la mayor productividad que se dedica a la formación de capital.

Como ya sabemos, aquella parte considerable del aumento de productividad que no se transfiere a la fuerza de trabajo es el excedente. Y el excedente constituye

la fuente primordial de acumulación de capital reproductivo y también consuntivo. Nos circunscribiremos pues a ello en nuestro razonamiento.

Tiene el excedente una característica que conviene subrayar por su gran significación dinámica. En efecto, el excedente global, que se va formando por la agregación de sucesivos excedentes, tiende a crecer con ritmo más intenso que el producto bajo el imperio de las leyes del mercado.

Para comprender este fenómeno introduciremos el concepto de ritmo. Si es constante el ritmo de acumulación de capital, así como el de aumento de la productividad y el de absorción ascendente de fuerza de trabajo en nuevas capas superiores, también será constante el ritmo de crecimiento del producto, si no varía la cantidad de éste obtenida por unidad de capital. ¿Por qué entonces el excedente crece a un ritmo superior al del producto? La explicación es muy simple y de carácter estructural. En efecto, debido a la estructura socioeconómica, el incremento de la productividad a ritmo constante trae consigo aquella gran disparidad que conocemos en la distribución de su fruto, pues, mientras la parte de este último, que se transfiere a la gran masa de la fuerza de trabajo crece menos que la productividad, la que queda en forma de excedente crece más que la productividad. Y como el producto global aumenta a un ritmo constante, es obvio que el ritmo del excedente global se eleva con mayor celeridad que el ritmo del producto.

Acaban de suponerse ritmos constantes para simplificar el razonamiento. Aunque no lo fueran, aquella disparidad distributiva provoca la diferencia de ritmo entre producto y excedente bajo el imperio de las leyes del mercado.

Aquí está el origen de la sociedad privilegiada de consumo. Puesto que en el curso del desarrollo el acrecentamiento del excedente global permite a los propieta-

rios de los medios productivos en los estratos superiores de ingresos aumentar su consumo —a expensas del incremento del consumo de los demás— sin disminuir el ritmo de acumulación de capital reproductivo. Pero aun cuando este ritmo se mantenga constante, el excedente sigue creciendo más que el producto.

Permitaseme aquí una breve digresión. No todo el incremento del excedente que deja de acumularse va al consumo de los estratos superiores. Cuando a las leyes del mercado se contraponen el poder sindical y político de la fuerza de trabajo desfavorecida, ésta mejora su aptitud de compartimiento del fruto de la mayor productividad. Pero solamente hasta un punto crítico más allá del cual reacciona la sociedad privilegiada de consumo, pues ésta acude entonces a resortes poderosos del Estado para defenderse y tratar de seguir desarrollando su dinámica, la cual sólo puede mantenerse gracias a la gran disparidad distributiva del sistema. La desigualdad social es inherente a la sociedad de consumo. Pero no ha llegado aún el momento de abordar tan importante asunto.

Volvamos ahora a nuestro razonamiento. Queríamos explicar el fenómeno de persistencia de los estratos inferiores ocupados con muy baja productividad. Si ello acontece es porque el ritmo de acumulación no es suficiente para cumplir, en la medida posible, su papel de absorber la fuerza de trabajo de tales estratos en capas técnicas de creciente productividad. Y no es suficiente porque al crecer el excedente se dedica al consumo de los estratos superiores lo que debería consagrarse a la acumulación. No podrá cumplirse bien ese papel absorbente si no se eleva, en la medida necesaria, el ritmo de acumulación, aplicando a ello una proporción creciente del excedente.

He aquí la grave consecuencia del desperdicio del potencial de acumulación del

excedente que ocurre en la sociedad privilegiada de consumo, además de la succión de ingresos que efectúan los centros tan estrechamente ligados a ella.

Pero hay algo más que esto. El problema de absorción no concierne solamente a la fuerza de trabajo que vegeta en los estratos inferiores sino también al crecimiento de ella en toda la estructura social.

Este crecimiento ha sido extraordinario en los últimos decenios, y esto significa que el ritmo de acumulación de capital también debió elevarse para evitar que se agravara el problema de absorción. Pero no hay nada en el sistema que lleve espontáneamente a este ajuste. Así pues, ese mayor ritmo demográfico, en tanto no aumenta el ritmo de acumulación, deja fuerza de trabajo redundante, consecuencia ésta que acentúa la tendencia excluyente de los estratos inferiores.

Una consecuencia similar surge del aumento del ritmo de productividad. Este aumento representa una menor absorción de fuerza de trabajo por unidad de capital, o sea que, al elevarse el ritmo de productividad, disminuye en forma proporcional el ritmo de absorción. Y si no sube el ritmo de acumulación, se vuelve mayor aquella redundancia que la elevación del ritmo demográfico trae consigo.

Aquí encontramos de nuevo el desperdicio del potencial. Si el aumento del ritmo de productividad se dedicara a elevar el ritmo de acumulación de capital reproductivo, la absorción de fuerza de trabajo podría no sólo compensar su debilidad sino sobrepasarla. Pero como no sucede así, además de retenerse la gente que estaba ocupada en los estratos inferiores con baja productividad, queda también la fuerza de trabajo que se ha vuelto redundante por la insuficiente acumulación. Cabe anotar que en estos estratos es donde la redundancia adquiere mayores proporciones, tanto por los cambios en la deman-

da, como se verá más adelante, cuanto por darse allí con mayor intensidad el crecimiento de la población.

Espero que después de estas explicaciones se pueda comprender la índole del capitalismo periférico. La sociedad privilegiada de consumo es la consecuencia de los fenómenos de propagación e imitación de los centros en una estructura social muy diferente de la de éstos. La gran heterogeneidad de esta estructura, unida al juego de relaciones de poder, permite la apropiación sumamente desigual del fruto del progreso técnico que proviene de los centros. Y esta desigualdad, en el curso del desarrollo, hace posible imitar las formas cada vez más avanzadas del consumo de los centros y propagar a la vez técnicas de creciente productividad y eficacia, que exigen elevar la proporción de capital consuntivo. Todo lo cual entraña el ingente costo social de la exclusión y la redundancia.

La estructura socioeconómica influye asimismo sobre el ritmo de crecimiento demográfico, pues la propagación de los adelantos científicos y tecnológicos de los centros, que defienden y prolongan la vida humana, tiene muy desigual incidencia. Donde es fuerte la proporción de estratos inferiores de muy baja productividad e ingresos, la disminución de la mortalidad no va acompañada de una reducción de los nacimientos con intensidad comparable a la que ocurre en los estratos intermedios y superiores. Bien se sabe, en efecto, que en aquellos estratos inferiores no se manifiestan los cambios psicosociales que, en el curso del desarrollo, traen consigo el descenso de la natalidad en esos otros estratos.

Todo ello explica el ámbito limitado de la sociedad de consumo. Puede alcanzarse en este ámbito una gran prosperidad, un alto grado de eficacia económica que suele suscitar la admiración de propios y extraños, y todo esto a pesar de la per-

sistencia de la sociedad de infraconsumo en el fondo del sistema.

## *2. El excedente y la eficacia social del sistema*

Hay quienes creen que, en virtud de ello, el sistema podría también adquirir eficacia social, pero no se para mientes en que su exaltación dinámica se basa, precisamente, en su falta de eficacia social. No es que el sistema funcione mal, sino que el sistema es así; es un sistema socialmente vicioso.

Y lo es más aún cuando la supresión del poder sindical y político de los estratos desfavorecidos permite comprimir ingresos cuya mejora habían conseguido por su mayor aptitud de compartimiento. De esta manera les es posible a los estratos superiores aumentar más aún su consumo y elevar simultáneamente el ritmo de acumulación.

La eficacia social del desarrollo depende fundamentalmente de la intensidad con que las capas técnicas de más elevada productividad absorben fuerza de trabajo de las capas técnicas inferiores, según ya se ha explicado. Si este proceso se cumpliría satisfactoriamente, tales capas técnicas inferiores irían desapareciendo y las capas que estaban inmediatamente arriba tomarían en forma sucesiva el lugar que dejan estas últimas. Y así, con el transcurso del tiempo, al disminuir la proporción antes muy elevada de la fuerza de trabajo empleada con productividad inferior, se corregiría progresivamente aquel fenómeno de competencia regresiva que impide a las remuneraciones aumentar en forma correlativa al incremento de productividad.

¿Hasta dónde podría continuar este fenómeno? Conviene esclarecer este aspecto para comprender mejor la índole del capitalismo periférico. Si el excedente se dedicara completamente a la acumu-

lación, se trataría de un capitalismo austero donde los propietarios de los medios de producción, sobreponiéndose a las tentaciones de los centros, sólo destinarían al consumo la remuneración de sus tareas empresariales.

La fuerza de trabajo iría así compartiendo cada vez más el fruto de la mayor productividad, gracias a la creciente competencia entre las empresas para procurarse la fuerza de trabajo requerida por su expansión, y al progresivo debilitamiento de la competencia regresiva. Si siguiéramos el método de razonamiento neoclásico, por este proceso tendería a desaparecer la sociedad privilegiada de consumo en favor de un consumo equitativo.

Reflexiónese, sin embargo, sobre el hecho de que el excedente también es fuente primordial de acumulación. Y al disminuir en esa forma, ésta se debilitaría cada vez más, salvo que la fuerza de trabajo tomara a su cargo la responsabilidad de acumular. Pero nada hay en el funcionamiento espontáneo del sistema que lleve a sustituir la acumulación de los propietarios del capital por esa nueva forma de acumulación.

En realidad, el sistema no funciona de esta manera. No hay tal austeridad en el capitalismo periférico, expuesto cada vez más a la imitación de las modalidades de consumo de los centros. Y la fuerza de trabajo desfavorecida por las leyes del mercado no tiene otra forma de participar del fruto de la creciente productividad que el ejercicio de su poder sindical y político; y cuando se empeña en trasponer aquel límite, los propietarios de los medios productivos no se resignan a la eutanasia de la sociedad privilegiada de consumo. Disponen de resortes poderosos para reaccionar. Pero no ha llegado aún la oportunidad de abordar este asunto.

Si bien se reflexiona, la dinámica de un sistema, cualquiera sea, requiere ineludiblemente acumulación de capital.

Este es un papel que cumple el excedente en el capitalismo periférico; pero el excedente también desempeña otro papel en detrimento del primero, esto es, alentar la sociedad de consumo, además de la transferencia a los centros de parte del fruto de la mayor productividad.

Aquella imagen de un capitalismo austero donde el excedente se dedica en la mayor medida posible a la acumulación, se aleja manifiestamente de la realidad periférica. Los propietarios del capital están sometidos a dos tendencias opuestas; una, los estimula a aumentar su acumulación de capital para acrecentar su poder económico y expandir sus actividades; la otra, promueve esa imitación obsesiva del consumo de los centros. Es posible que la primera tendencia prevalezca en una fase inicial del desarrollo, pero no después, cuando el excedente adquiere dimensiones que hacen posible acrecentar con mayor intensidad el consumo que la acumulación de capital. Sin embargo, el ritmo de esta última tiene que ser suficiente para impulsar la dinámica del sistema.

### *3. Diversificación y cambios en la ocupación*

Volvamos ahora al proceso de absorción. Hemos explicado el desplazamiento de la fuerza de trabajo de las capas técnicas más bajas a las de creciente productividad; pero nada hemos dicho acerca de los cambios que ocurren simultáneamente en la ocupación, los que influyen, a su vez, sobre las relaciones de poder, como se verá a su debido tiempo. Abordaremos ahora este asunto.

Tales cambios en la ocupación dependen de las variaciones que ocurren en la demanda de bienes y servicios conforme se acrecienta el ingreso por habitante y se acentúan las disparidades distributivas.

Al aumentar la demanda se diversifi-

can incesantemente los bienes y servicios sobre los cuales ella recae; la propagación de la técnica eleva la productividad y ello estimula la adopción de nuevas formas de diversificación en el capitalismo imitativo, las que también provienen de incesantes innovaciones en los centros.

Pues bien, la diversificación ocurre tanto en la producción de bienes y servicios que responden a la demanda del mercado, como en los servicios del Estado, que se satisfacen por decisiones políticas y administrativas.

En uno y otro caso, se manifiestan las relaciones de poder. En la órbita del mercado porque de ella depende principalmente la distribución del ingreso; y en la órbita del Estado porque esas relaciones influyen considerablemente, tanto en las dimensiones y la composición de los servicios de aquél, como en la incidencia de su costo, así como en la absorción espuria de fuerza de trabajo, esto es, que no responde a consideraciones de economicidad. Estas consideraciones dominan, por el contrario, en la órbita del mercado.

Volvamos ahora a la diversificación. En lo que concierne a los bienes es harto sabido que la demanda crece en general con relativa lentitud en los productos primarios, en especial en los alimentos, una vez traspuesta una fase incipiente del desarrollo. La diversificación es muy limitada en estos bienes, salvo en las formas de elaboración, por razones bien conocidas.

Mas, por el contrario, la diversificación parecería ser ilimitada en la demanda de bienes industriales. Hay aquí una influencia recíproca entre técnica y demanda en la evolución de los centros; las innovaciones técnicas, impulsadas por el avance científico, estimulan la diversificación de la demanda y la diversificación a su vez aguija las innovaciones técnicas.

Conforme en la periferia se propagan e irradian las formas de consumo de los centros, la diversificación de la deman-

da plantea un contraste cada vez mayor entre la demanda de los bienes primarios, de elasticidad-ingreso relativamente baja y los bienes manufacturados, de elasticidad-ingreso relativamente alta. De ahí el característico desplazamiento de fuerza de trabajo de la producción primaria hacia la industria, y asimismo hacia aquellos servicios donde ocurre un fenómeno similar de diversificación a medida que avanza la técnica, tanto en los servicios personales como en los que se realizan dentro de la órbita del Estado.

Ahora bien, a estas mutaciones en la demanda corresponden cambios en la ocupación de la fuerza de trabajo. Y como es obvio tiende a crecer con más celeridad la ocupación en las actividades donde la demanda de bienes y servicios crece en forma más intensa, en detrimento de la ocupación en las actividades de crecimiento relativamente lento de la demanda. De esta manera en la dinámica de la ocupación se registran grandes desplazamientos de fuerza de trabajo de las actividades que podríamos llamar expelentes a las actividades absorbentes de fuerza de trabajo. Desplazamientos que también ocurren por el crecimiento vegetativo de esta última.

#### 4. *La redundancia de fuerza de trabajo*

En estos desplazamientos tiene gran importancia el ritmo de aumento de la productividad. Recuérdese que cuanto más se acrecienta este ritmo, tanto más tiene que elevarse el ritmo de acumulación con respecto al producto total. Sucede, sin embargo, como ya se ha explicado, que la imitación del consumo de los centros malogra una porción más o menos importante de ese potencial, junto con la succión de ingresos desde el exterior.

El fenómeno que se acaba de mencionar disminuye, desde luego, la capacidad de las actividades absorbentes para em-

plear no sólo el incremento vegetativo de su propia fuerza de trabajo, sino también la que se desplaza de las actividades expelentes. Y cuando el aumento de la productividad se presenta asimismo en estas últimas a los efectos adversos de la diversificación de la demanda sobre el empleo en ellas, se añaden los que acompañan a esta mayor productividad.

He aquí una de las manifestaciones más serias de la insuficiente acumulación de capital. En la agricultura se presenta el caso más notorio. Cuando se agregan allí capas técnicas de superior productividad y el ritmo de acumulación no es lo que debería ser, queda redundante una parte de la fuerza de trabajo, y permanece desocupada o parcialmente ocupada en el campo, o se desplaza a las ciudades en busca de empleo. Sin embargo, dada la insuficiente acumulación en las actividades absorbentes, la población así desplazada no se emplea en capas técnicas de superior productividad. En el mejor de los casos sus ingresos relativamente exiguos promueven aquel fenómeno de absorción regresiva de fuerza de trabajo, principalmente en la proliferación de servicios personales de escasa o ninguna calificación. De donde se advierte que no basta que haya absorción para que se elimine el problema de los estratos inferiores que vegetan en la sociedad de infraconsumo; también es necesario que esa absorción se realice a niveles crecientes de productividad.

Un fenómeno similar al de la agricultura, aunque no igual, se presenta en las capas técnicas medias y más bajas de la producción de otros bienes; se trata principalmente de actividades artesanales o industrias de escasa productividad. Allí la demanda suele desplazarse hacia bienes más avanzados en detrimento de la ocupación en tales actividades, lo cual agrava la redundancia si no hay suficiente capacidad de absorción.

Estos hechos suelen hacer decir a los

ideólogos del neoclasicismo que si hay redundancia en el sistema ello se debe a que las remuneraciones de la fuerza de trabajo son demasiado elevadas para que ésta pueda absorberse. No se hace justicia, sin embargo, al estricto razonamiento neoclásico en esta tesis tan peregrina, pues de acuerdo con este argumento, al descender los salarios también tendrían que descender los precios, según se dirá en el capítulo pertinente. Sólo que en la realidad del capitalismo periférico, en vez de acontecer tal fenómeno, aumenta el excedente para mayor solaz y esparcimiento de quienes disfrutan de la sociedad privilegiada de consumo.

Después de lo que se estaba diciendo, es obvio que la insuficiencia absorbente del sistema se manifiesta en el deterioro relativo de la relación de ingresos de los estratos inferiores de la estructura social con relación a los de más arriba, en la medida en que éstos comparten en una u otra forma el fruto de la mayor productividad.

El deterioro se traduce, asimismo, en una tendencia similar de la relación de precios de ciertos productos primarios, especialmente los de la agricultura, sobre todo cuando la abundancia de tierras disponibles y, desde luego, la abundancia de fuerza de trabajo, tienden a expandir la producción más allá de los requerimientos de la demanda, sobre todo si sube la productividad por el progreso técnico. Cuando la tierra es escasa o la demanda es muy activa, el excedente provocado por el incremento de productividad se cristaliza, por decirlo así, en la renta del suelo. Más adelante se volverá sobre este punto.

##### *5. Capital reproductivo y consuntivo*

Se ha visto más arriba la influencia de la diversificación sobre las tendencias excluyentes del sistema. La desigual distribución del ingreso acentúa esta influen-

cia y contribuye a provocar otros fenómenos estructurales que abordaremos ahora. Varias veces ya nos hemos referido a la imitación del consumo de los centros en menoscabo de la acumulación de capital y la aptitud absorbente del sistema; pero no se trata solamente del consumo en sí mismo sino también del capital que se emplea en la producción de bienes y servicios avanzados, cuando los hay menos avanzados que pudieran satisfacer ese consumo, aunque no en la misma forma. Nos referimos al capital que hemos llamado consuntivo, para distinguirlo del capital reproductivo. La demanda de esos bienes más avanzados provenientes de nuevas capas técnicas tiende a eliminar la de bienes de capas técnicas inferiores que requieren menos capital, y que con frecuencia absorben más fuerza de trabajo; esta eliminación a veces se acentúa por la competencia de precios. Desde luego, esta sustitución de capas técnicas es una característica del desarrollo y, casi siempre, es conveniente desde el punto de vista de la satisfacción individual. Se trata, sin embargo, de una sustitución prematura que satisface a quienes, aunque en distintos grados, tienen privilegios distributivos, y esto ocurre a pesar de que la acumulación de capital reproductivo no basta para cumplir su papel en las actividades absorbentes.

No es trivial por cierto esta distinción. Si bien se reflexiona, hay dos tendencias en la evolución de la técnica de los centros: una, orientada a aumentar la productividad por hombre, de la cual nos hemos ocupado hasta ahora; y otra, a lograr formas cada vez más avanzadas y diversificadas de bienes y servicios con creciente insumo de capital. En otros términos, técnicas reproductivas de capital y empleo y técnicas consuntivas de capital, a expensas de la acumulación ulterior y del empleo. Adviértase, sin embargo, que con el avance tecnológico, estas últimas se combinan



generalmente con las primeras, si bien en muy diferentes proporciones.

Como se dijo en otro lugar, suele objetarse a la técnica de los centros estar orientada a reducir el empleo gracias a la mayor densidad de capital por hombre. Se considera que es una técnica inapropiada a la periferia. No se tiene en cuenta, sin embargo, que en la economía de fuerza de trabajo está precisamente la virtud imponderable de esa técnica, si se eligen correctamente las alternativas, cuando ellas existen.

Pero es una virtud a medias, por decirlo de alguna manera; pues para que sea completa, sería preciso que el fruto de la mayor productividad se dedicara, en la mayor medida posible, a la acumulación de capital reproductivo a fin de acrecentar la ocupación y el ingreso.

Veamos ahora la capacidad reproductiva del capital. Supóngase un determinado incremento de este último, que se dedica a aumentar la producción con un menor empleo de fuerza de trabajo que el correspondiente al capital antes acumulado. Admitase, además, que el fruto de esta mayor productividad se dedica a conseguir un nuevo aumento de capital reproductivo empleando la fuerza de trabajo que se había economizado. Habría de esta manera un efecto compensador en el empleo. Pero hay algo más importante desde el punto de vista dinámico, y es que ese aumento de capital reproductivo dará un aumento adicional de empleo; y si se continúa en esta forma, no sólo se irá generando empleo compensador, sino también empleo adicional. En otros términos, a medida que el fruto de la creciente productividad se dedica continuamente a acrecentar el capital reproductivo, se va aumentando el empleo más allá de la cuantía de fuerza de trabajo que se economiza debido al aumento de productividad.

Muy diferente es el caso del capital consuntivo que pasamos a exponer. Supóngase que un incremento originario

de productividad cuyos frutos en vez de dedicarse a capital reproductivo como en el caso anterior se dedican a capital consuntivo, esto es, a medios destinados a producir bienes técnicamente avanzados que responden mejor que antes a las exigencias de la demanda. También habría un empleo compensador en la producción de esos bienes consuntivos, pero no se darían aumentos sucesivos de productividad, ni se registraría un acrecentamiento de capital y de empleo como en el caso anterior. No habría acumulación progresiva.

Parece oportuno ahora expresar una advertencia que no carece de significación. Hemos supuesto, para simplificar nuestro razonamiento, que todo el fruto de la mayor productividad se dedicara a la producción de bienes de capital reproductivo. Pero en realidad no sucede así, pues sólo una parte del fruto de la mayor productividad se invierte en esta forma. Así pues, no se presenta la misma compensación en el empleo. Pero este hecho concierne tanto a la acumulación reproductiva como a la consuntiva y no invalida nuestro anterior razonamiento. Sólo que la compensación total en el empleo requerirá más tiempo, tanto más cuanto menor fuere la proporción del fruto destinada a la acumulación.

Penetremos algo más en la significación de estos fenómenos. En el progreso técnico de los centros hay una cierta correspondencia entre ambas técnicas. En realidad, la creciente acumulación de capital reproductivo, con incesantes incrementos de productividad, permite el avance progresivo de la diversificación y de las técnicas de capital consuntivo. Obviamente carecería de racionalidad aumentar la producción de los mismos bienes más allá de cierto punto. La diversificación de bienes cada vez más avanzados es una exigencia de la dinámica capitalista; y si ello requiere aumentar en el conjunto la proporción del capital

consuntivo, es porque ha crecido suficientemente la productividad para hacerlo, habida cuenta de las disparidades distributivas.

Un claro ejemplo de lo que estamos diciendo se encuentra en la diversificación de los bienes duraderos de consumo, donde se presenta una serie de gradaciones según su eficacia, que exigen creciente capital y cada vez mayores calificaciones en la fuerza de trabajo. La eficacia no está dada solamente por la aptitud intrínseca del bien para satisfacer las necesidades, sino también por su aptitud para responder a otras consideraciones. En rigor tampoco podríamos ignorar las críticas que en los mismos centros apuntan al despertar incesante de nuevas necesidades como resultado del portentoso desenvolvimiento de los medios masivos de comunicación y difusión social, cada vez más efectivos en la manipulación de la soberanía del consumidor. Hay también en esos bienes avanzados y en su proliferación elementos de consumo conspicuo y aspiraciones de elevación jerárquica. Pero aun haciendo abstracción de todo ello, es muy comprensible la inclinación a preferir lo que técnicamente es más avanzado.

Esta preferencia depende en gran parte del ingreso personal. Cuanto mayor sea la desigualdad distributiva, tanto más intensa será esa preferencia por parte de quienes están favorecidos por aquélla. Y allí está precisamente la grave incongruencia del capitalismo periférico, pues para producir bienes cada vez más avanzados se requiere un mayor capital por unidad producida en desmedro de la acumulación reproductiva.

Es evidente que una distribución menos desigual del ingreso favorecería aquellas otras formas de consumo que exigen menos capital consuntivo.

Comoquiera que sea, dicha diversificación, socialmente costosa, se cumple en menoscabo del capital reproductivo

que necesita acumularse con la mayor intensidad posible, para absorber con productividad creciente y más elevados ingresos la fuerza de trabajo empleada en capas de inferior productividad.

Cabe señalar que estos fenómenos no se dan solamente en los estratos superiores de ingresos, sino cada vez más en los tramos más altos de los estratos intermedios. Y a ellos se circunscribe el ámbito limitado de la sociedad privilegiada de consumo.

Desde otro punto de vista, la diversificación contribuye a acentuar la tendencia hacia el desequilibrio exterior. Pues si bien es cierto que la sustitución de importaciones de tales bienes alivia esta tendencia, sobre todo en sus fases iniciales, no lo es menos que ello exige importar los bienes intermedios y de capital que requiere su producción interna, lo cual tiende a contrarrestar ese alivio, aparte de los límites impuestos por la tecnología y la fragmentación de los mercados. Además, al proseguir la diversificación en los centros, se orienta hacia ellos una parte del incremento de la demanda periférica que la sustitución no puede satisfacer.

Retomando ahora el hilo del razonamiento previo a estas digresiones, digamos que la sociedad de consumo presenta otras formas de desperdicio del potencial de acumulación que no obedecen tanto al avance de la técnica como en gran parte a consideraciones tradicionales de jerarquía social. El caso más notorio es el de la vivienda. Más allá de cierto punto, que sólo podría definirse empíricamente, se dedica a la vivienda un capital consuntivo exagerado, y esto no sólo en los estratos superiores, sino también en una parte de los estratos intermedios. Es evidente aquí el efecto de los privilegios distributivos. Se desperdicia en esta forma un potencial de acumulación de capital reproductivo que, como ocurre en otros casos de imitación del consumo, debilita la capa-

cidad absorbente del sistema. Tal es uno de los elementos más importantes de frustración dinámica del capitalismo periférico.

También suele darse una proporción elevada de capital consuntivo innecesario en las inversiones del Estado, tanto en infraestructura como en ciertas obras monumentales. Por cierto que, ni la órbita del Estado ni la del mercado, se caracterizan por su austeridad en el capitalismo periférico.

El desperdicio de capital no atañe solamente a la producción de bienes. Se observa también en el campo de los servicios personales de elevada calificación que se desenvuelven en los centros bajo formas cada vez más avanzadas. En los servicios médicos, por ejemplo, el periodo de formación de profesionales requiere un capital considerable, así por la eficacia creciente que se exige de aquellos servicios en virtud del avance de la ciencia y la técnica, como por constituir también una forma de limitar el acceso a la profesión en procura de mayor prestigio y mayores remuneraciones. Quienes tienen autoridad para hacerlo han hecho notar que se podría reducir la inversión de capital formativo si se desarrollaran servicios paramédicos y se simplificaran ciertos procedimientos. Pero los privilegios distributivos en los estratos superiores, y también en parte de los intermedios, permiten también en esto la imitación de los centros, mientras los estratos inferiores carecen con frecuencia de servicios elementales. Otro tanto podría decirse de diversos servicios profesionales.

Mucho se ha discurrido también acerca de la educación. El afán de reproducir las instituciones de los centros (estimulado con frecuencia por las oportunidades de ocupación calificada que ello ofrece) lleva a dedicar un capital desproporcionado a la educación superior e intermedia, descuidando por consiguiente los estratos

inferiores. Y aun cuando éstos tienen acceso a la educación primaria, sus resultados suelen ser muy precarios dada la exigüidad de los ingresos.

Así, pues, la estructura socioeconómica influye bajo dos formas principales. Por un lado, las instituciones de formación y prestación de servicios responden en gran parte a las diferencias estructurales de poder y, por otro, estas diferencias influyen considerablemente sobre la capacidad de usar los servicios.

Detengámonos ahora a examinar las conclusiones más importantes que de todo ello se derivan, tanto en lo que atañe a los bienes como a los servicios. Nadie podría negar la inmensa contribución de la técnica al bienestar humano, sobre todo si se comparan las actuales formas de existencia con las de apenas algunas generaciones atrás. Pero sí cabe negar la conveniencia, desde el punto de vista del desarrollo, de la imitación de formas de consumo que los centros han logrado gracias a su gran acumulación de capital y a su elevado ingreso medio que superan varias veces los niveles logrados en la periferia.

Ahora bien, nada hay en el funcionamiento del sistema que lleve espontáneamente a resolver este problema. Por el contrario, la desigualdad distributiva propende a agravarlo, pues a medida que con ella se acentúa la diversificación, tiende a elevarse la proporción de capital consuntivo a expensas del capital reproductivo, en detrimento de la eficacia social del sistema.

El costo social de todo esto es ingente, ya que el capital consuntivo requerido se amplía cada vez más a expensas del capital reproductivo exigido por las considerables dimensiones del problema de absorción. Todo esto contribuye al sentido excluyente del capitalismo periférico. Por propagarse de más en más las técnicas avanzadas de capital consuntivo, la técni-

ca reproductiva no puede penetrar en profundidad en las capas más bajas de la estructura social. Y de ahí también su sentido conflictivo, pues, con el transcurso del tiempo, el fruto de la mayor productividad ya no basta para satisfacer la presión creciente del consumo sobre el juego de las relaciones de poder.

Adviértase en todo esto la mutua relación de estos fenómenos de la estructura

socioeconómica. Esa propagación en la periferia de las formas cada vez más avanzadas del consumo de bienes y servicios de los centros, se cumple gracias a las enormes desigualdades distributivas resultantes en gran parte de las relaciones de poder que surgen de la estructura social. Y a su vez estos fenómenos reaccionan sobre la estructura social con las consecuencias que acaban de mencionarse.

## IV

### Las mutaciones estructurales en el poder y la distribución del ingreso

#### 1. *El poder de compartimiento de los estratos intermedios*

Como ha de recordarse, bajo el imperio de las leyes del mercado, el fruto de la mayor productividad tiende a distribuirse cada vez más desigualmente. Estas son las grandes líneas de la desigualdad:

—Los ingresos de los estratos superiores tienden a crecer con ritmo más intenso que la productividad debido, por un lado, al fenómeno del excedente que captan los propietarios y, por otro, a la aptitud de una parte de la fuerza de trabajo para compartir, por sus elevadas calificaciones, el fruto de la mayor productividad. En estos estratos se desenvuelve fundamentalmente la sociedad consumista.

—Los ingresos de los estratos intermedios crecen con ritmo menor que el de la productividad debido a la competencia regresiva, aunque el efecto de esta última es cada vez menor conforme se asciende en la escala de calificaciones.

—Los ingresos de los estratos inferiores que no comparten, o comparten apenas, los frutos del desarrollo.

Sin embargo, el imperio de las leyes del mercado en la distribución del ingreso no se mantiene indefinidamente; es más bien una característica de las fases iniciales del desarrollo. En efecto, a medida que se superan estas fases y se propaga la técnica mediante la industrialización y el desenvolvimiento de otras actividades, se van ampliando los estratos intermedios, tanto por su propio crecimiento vegetativo como por la absorción de fuerza de trabajo de los estratos inferiores. Este fenómeno, la concentración urbana de esta fuerza de trabajo, su creciente cohesión, el avance de la educación y la influencia de los medios de comunicación social, van abriendo paso al avance democrático, no sin grandes dificultades. Y conforme esto ocurre se desenvuelve el poder sindical y político de los estratos intermedios, si bien con muy diferentes grados de intensidad según los grupos sociales.

Pues bien, este poder, que tiende a ser cada vez mayor en el curso del desarrollo, se contraponen a las leyes del mercado en la órbita de este último y se emplea, asimismo, en manejar ciertos resortes del Esta-

do, para contrarrestar o superar las consecuencias de aquéllas tanto en lo que atañe a las remuneraciones como a la ocupación.

Esto se expresa principalmente en la utilización del poder sindical en la órbita del mercado para limitar o eliminar la competencia regresiva, elevar las remuneraciones y defender el mejoramiento antes obtenido; y en el empleo del poder político en la órbita del Estado para lograr los siguientes objetivos:

—obtener y aumentar el consumo social;

—acrecentar la ocupación más allá de los límites de economicidad que predominan en la órbita del mercado, cuando los servicios del Estado crecen excesivamente por su propia dinámica;

—ocupar espuriamente fuerza de trabajo, sobre todo aquella que en los estratos intermedios sufre las consecuencias del debilitamiento del papel absorbente de la acumulación de capital.

No así la fuerza de trabajo de los estratos inferiores en tanto carece de poder político y sindical.

Conforme se van desarrollando estas distintas formas de compartimiento del fruto de la mayor productividad por parte de la fuerza de trabajo desfavorecida, va aumentando el ritmo de crecimiento de sus ingresos globales. Y de esta manera, a medida que se acrecienta el poder sindical y político de tales estratos ese ritmo tiende a igualar al ritmo de la productividad. Pero éste es un límite que no podría traspasarse sin comprometer seriamente la dinámica del sistema; pues si el poder sindical y político se empeña en llevar el ritmo de ingresos más allá del ritmo de incremento de la productividad, ello tendrá que hacerse a expensas del excedente, lo cual afecta desfavorablemente, no sólo la acumulación de capital, sino el privilegio mismo de la sociedad de consumo. De esto nos ocuparemos en otro capítulo cuando

abordemos la crisis del sistema. Y si lo mencionamos aquí es para dar una idea de su dinámica conforme ocurren las mutaciones estructurales que acompañan la propagación de la técnica.

## 2. *Diferentes formas de poder y estratos de ingresos*

En las páginas siguientes examinaremos la significación de las diferentes formas de poder que intervienen en el proceso distributivo y redistributivo del ingreso. Pero antes conviene subrayar la índole esencialmente dinámica de este proceso, ya que las mutaciones estructurales son incesantes y también lo son los cambios en las relaciones de poder que de ella surgen. Y así, mientras se acrecienta el poder económico de los estratos superiores y su capacidad de captar excedentes y elevar la cuantía del excedente global, también se desenvuelve, a raíz de esas mutaciones, como acaba de verse, el poder sindical y político de los estratos intermedios. Al ocurrir este fenómeno parecería debilitarse el poder político de los estratos superiores, mientras continúa la concentración de capital y, con ello, la aptitud de los propietarios de los medios productivos para acrecentar el excedente global. A pesar de ello, sin embargo, cuando se alcanza dicho límite, el poder político, apoyado sobre ese poder económico que había seguido acrecentándose, termina por imponerse y conjurar la crisis del sistema apelando al empleo de la fuerza.

Antes de comenzar a examinar las distintas formas de poder y sus relaciones, conviene presentar escuetamente la correspondencia entre ellas y los estratos de ingresos sobre los cuales tienen primordial influencia.

Hasta aquí hemos venido discutiendo acerca de estratos superiores, intermedios e inferiores, pero sin definir su significación. Porque como sucede siempre

que se trata de una escala cuantitativa, no es posible establecer una línea divisoria clara y neta. Hay, evidentemente, indeterminación de fronteras, pero ello en modo alguno invalida nuestros razonamientos. Además, es éste un punto que tendrá importancia en la praxis de la transformación.

Recuérdese, de paso, que hemos discurrecido asimismo, y también en forma esquemática, acerca de la sociedad consumista que se sustenta en los estratos superiores, y la sociedad de infraconsumo de los estratos inferiores. Y no puede haber duda de qué significan estos extremos. Pero entre ambos extremos hay toda una gama de situaciones. ¿Dónde termina la sociedad de infraconsumo y comienza la diversificación de consumo en los estratos intermedios?

El poder económico otorgado por la tenencia de medios productivos se concentra en los estratos superiores y también, aunque con menos significación dinámica, en los estratos intermedios. La tenencia de medios productivos va descendiendo a lo largo de tales estratos hasta tornarse relativamente insignificante en los estratos inferiores.

El poder social se manifiesta en una pequeña proporción de la fuerza de trabajo que se inserta en parte en los estratos superiores y, sobre todo, en los estratos intermedios y en sus tramos más altos de ingreso. El poder social se expresa tanto en las calificaciones de creciente complejidad técnica conforme se asciende en la escala de capacidades como en las calificaciones convencionales. Se trata de la fuerza de trabajo favorecida en el curso del desarrollo, si bien con muy diferente intensidad entre sus miembros.

Comoquiera que sea, esta fuerza de trabajo, por lo mismo que se encuentra en condiciones favorables en el proceso de absorción, tiende a mejorar espontáneamente sus remuneraciones conforme

crece la productividad. No necesita poder sindical para ello. Pero conforme se desciende en la escala empieza a actuar la competencia regresiva y el poder sindical se impone para lograr un mejor compartimiento, sobre todo cuando las calificaciones son rudimentarias o sencillamente no existen.

Como se recordará, a los estratos intermedios incumbe la fuerza de trabajo que se ha absorbido en capas técnicas de creciente productividad y adquiere poder redistributivo. La que no es absorbida queda en los estratos inferiores carente de ese poder; y cuando logran tenerlo tardíamente, y en forma muy parcial e incipiente, la fuerza de trabajo correspondiente pasa a los estratos intermedios.

El juego de las relaciones de poder en la distribución del ingreso se manifiesta así tanto en la órbita del mercado como en la del Estado. En la primera, quienes tienen poder económico y poder social se mueven bajo el imperio de las leyes del mercado, en tanto que el poder sindical se usa para contrarrestar la acción de esas leyes. Las relaciones bajo las cuales se expresan esas distintas formas de poder se desenvuelven asimismo en la órbita del Estado, conforme tales formas se proyectan en el juego político. Desde el punto de vista del compartimiento del fruto de la creciente productividad, el Estado es en realidad una expresión de aquellas relaciones de poder a las que se añade cada vez más la gravitación electoral de la fuerza de trabajo, a medida que se desenvuelve sin trabas el proceso de democratización en los estratos intermedios y también en los inferiores. Trátase de relaciones cambiantes en el curso de las mutaciones estructurales, fenómenos eminentemente dinámicos y no estáticos.

Al sostener que las relaciones de poder determinan principalmente la distribución del ingreso, en modo alguno significa negar la influencia de la capacidad y del

dinamismo de los individuos que traspasen los estratos de donde surgieron, como lo veremos a su debido tiempo.

Pasemos ahora a examinar las diferentes formas de poder. Conste que nos estamos ocupando de ello sólo en lo que concierne a los fenómenos distributivos. La estructura socioeconómica, por supuesto, es mucho más compleja; pero no podríamos abordarla sin exceder el campo estricto del desarrollo.

### 3. *El poder económico*

El poder económico atañe especialmente a los propietarios de los medios productivos que se concentran cada vez más en los estratos superiores. Están estrechamente vinculados a quienes manejan los resortes bancarios y financieros del sistema y combinan frecuentemente su papel específico con la propiedad de medios productivos.

Parece innecesario mencionar, después de haber explicado el papel de la expansión monetaria en la formación del capital circulante de las empresas, la importancia que tienen los responsables de la actividad bancaria, sobre todo cuando, además del financiamiento del capital circulante, se acude asimismo al crédito bancario para realizar inversiones fijas o adquirir activos existentes. Y es muy cercano el límite más allá del cual estas operaciones adquieren características inflacionarias, como sucede con cierta frecuencia en el capitalismo periférico bajo el influjo de intereses dominantes. Estas actividades complementarias, si bien no generan excedentes por el incremento de productividad, permiten captarlos y retenerlos, y aun acrecentarlos inflacionariamente, a expensas del resto de la colectividad.

Ya se han hecho en otro lugar consideraciones especiales acerca de la tenencia de la tierra, que no tiene el mismo sentido

dinámico que la acumulación de capital. La tierra urbana no constituye fuente de excedentes, sino que más bien desplaza hacia ella el excedente de las empresas. Pero participan sus dueños en el poder económico con los propietarios del capital y con quienes manejan esos resortes bancarios y financieros, de manera que proyectan sus intereses al campo político.

Varias veces hemos aludido a la tendencia a la concentración del capital, y ahora parece llegado el momento de explicarlo. Hay dos aspectos en este fenómeno; por un lado, la concentración por parte de quienes ya tienen la propiedad de los medios productivos, con respecto al resto de la colectividad; y, por otra parte, la desigualdad con que se da el proceso, pues la concentración se manifiesta principalmente en los estratos superiores.

El primer aspecto se explica, fundamentalmente, por el hecho de que una elevada proporción del capital de las empresas se acumula mediante la inversión de una parte del excedente generado en tales empresas, y también de una parte de los ingresos de sus dirigentes, donde suele haber un fuerte elemento de excedente. Con esto no estamos diciendo que los demás miembros de la fuerza de trabajo no acumulen capital; lo hacen los estratos intermedios, especialmente en los tramos superiores de la fuerza de trabajo. Sin embargo, una proporción considerable de esta acumulación se realiza en forma de capital consuntivo que no genera excedente, sobre todo en materia de vivienda.

Por lo demás, es muy comprensible que, salvo excepciones, las empresas carezcan de interés en difundir la acumulación entre su personal, pues ello podría implicar, con el andar del tiempo, la intención de compartir con sus dirigentes el poder decisorio de las mismas empresas.

Veamos ahora el otro aspecto que consideramos muy significativo. ¿Por qué la concentración tiende a realizarse de

más en más en los estratos superiores de tenencia de los medios productivos? En verdad, la desigualdad que se manifiesta en estos estratos engendra una mayor desigualdad. En efecto, quienes poseen la mayor parte de los medios productivos están en mejores condiciones para acumular; se encuentran en situación privilegiada para introducir nuevas capas técnicas, y esto tanto más cuanto mayor es la concentración. Por donde va a sus manos una cuantía considerable del fruto de la creciente productividad de esas nuevas capas, y, por consiguiente, del potencial de acumulación que esto representa. Y aunque sólo acumulan menos de lo que podrían hacerlo, de todas maneras acumulan más que los otros propietarios que están por debajo de ellos en la escala de tenencia. La propagación de la técnica y la estructura socioeconómica tienden, pues, a favorecer a los poderosos y no a los débiles.

En verdad, conforme se desciende en la escala de tenencia de los medios productivos va disminuyendo la capacidad de sus propietarios para introducir la técnica de los centros. Y como es de cuantía relativamente escasa el capital del que disponen, también lo es la participación de tales propietarios en el excedente, pues esa menor cuantía torna difícil la adopción de capas técnicas superiores de creciente productividad. Por lo demás, el acceso al crédito bancario y al financiamiento se hace más difícil conforme se desciende en la escala, según ya lo señalamos, así como se hace más complicado el acceso a las fuentes de tecnología.

Todo ello explica que la productividad sea generalmente tanto menor cuanto más baja es la posición del empresario en la escala.

Los empresarios dinámicos, sin embargo, vencen estas dificultades y cuando lo hacen y avanzan técnicamente no es con frecuencia para producir los mismos bie-

nes, sino para participar en el proceso de diversificación siguiendo a la demanda y a los cambios que en ella traen consigo los privilegios distributivos.

De la tendencia a la concentración se derivan consecuencias de gran significado; y una de ellas concierne a la gestión de las empresas. En las empresas pequeñas y medianas, la gestión está íntimamente vinculada a la propiedad de los medios productivos, y puesto que, por lo general, se trata de capas técnicas medias y bajas, también lo son las dimensiones del excedente. Podría decirse por tanto que una proporción creciente del ingreso de los empresarios proviene de su trabajo personal conforme se desciende en la escala de tenencia.

En contraste, a medida que se sube en la escala de tenencia y, asimismo, de productividad de las capas técnicas, se va elevando progresivamente el excedente, y de esta suerte disminuye la proporción de ingreso que corresponde a la remuneración de los empresarios. Junto con esta consecuencia se desenvuelve otra que presenta, asimismo, una gran relevancia; puesto que al introducirse nuevas capas técnicas y aumentar la concentración, se vuelve más importante la función de los ejecutivos y técnicos que colaboran con los propietarios y son designados por éstos. Se está dando así en la periferia, aun cuando con mucho menor intensidad, la misma tendencia de los centros a disociar la gestión de la propiedad de los medios productivos. La gestión va recayendo cada vez más en aquellos ejecutivos y técnicos, pero los propietarios siguen apropiándose del excedente. Su papel se reduce entonces a su elección y al desempeño de ciertas actividades que, si bien no redundan necesariamente en la eficiencia de las grandes empresas, robustecen su poder. Los accionistas importantes, o quienes los representan, participan en diversos directorios, principalmente cuando se



trata de conglomerados cuya formación se ve facilitada por la concentración del capital y el acceso holgado al financiamiento en otras fuentes; y también cuando se procura coordinar el desenvolvimiento de varias empresas con frecuentes limitaciones de la competencia.

Trátase en realidad de una constelación interna de intereses cuya influencia sobre los partidos políticos y los personajes del Estado suele de esta manera ser considerable pues, entre otros aspectos, facilita la obtención de los derechos de aduana, subsidios u otros privilegios que aumentan las dimensiones del excedente.

En esa constelación de intereses se articulan las empresas transnacionales. Son agentes cada vez más activos de introducción de nuevas capas técnicas y, por tanto, de creación de excedentes. Suelen contribuir notablemente a la expansión productiva, pero después de cierto tiempo se vuelven también agentes activos de la succión hacia el exterior de ingresos.

#### 4. *El poder social*

Dos elementos configuran en el capitalismo periférico el poder social: las oportunidades de formación, por un lado; y las posibilidades de utilizarlas, por el otro. Ambos elementos están considerablemente influidos por la estructura social.

Ciertos estudios de la CEPAL han contribuido a poner de relieve que las oportunidades de educación y formación dependen en gran parte del poder político de los estratos superiores e intermedios, aunque con grandes diferencias de grado, de donde se siguen grandes desigualdades. Así, para referirme a extremos, hay generalmente un gran contraste entre los recursos que el Estado dedica a la educación de tales estratos y los estratos inferiores, en algunos países donde aún no ha logrado extirparse el analfabetismo.

Es obvio, además, que el acceso a estas

oportunidades va descendiendo según la escala de ingresos. Así pues, en los casos donde se ha extendido la educación primaria a los estratos inferiores, el exiguo ingreso de las familias impide su debido aprovechamiento. Y ello se acentúa, desde luego, en la educación secundaria; para no mencionar la educación universitaria, donde es bajísima la participación de aquéllos, para mencionar nuevamente casos extremos.

Estamos simplificando un serio problema que suele presentar otros elementos de diversa índole. Pero lo expresado basta para señalar el privilegio que entraña el poder social, que tanta importancia reviste en la distribución del ingreso de la fuerza de trabajo.

Cuanto más elevadas y complejas son las calificaciones requeridas, tanto mayor es la influencia del privilegio estructural en la formación de tales calificaciones, sin desconocer, desde luego, las diferencias individuales acerca de las cuales nos ocuparemos en otro lugar. Más aún, la competencia entre empresarios para procurarse en el mercado individuos con tales calificaciones los lleva a hacerles participar en el excedente global con una amplitud que no se daría, con seguridad, si éste no tendiera a acrecentarse continuamente en el curso del desarrollo, contrariamente a lo que suponen las teorías neoclásicas. Las fuerzas del mercado ayudan a llegar a quienes han adquirido calificaciones, pero no ayudan a adquirirlas. Tal es la influencia de la estructura socioeconómica.

Esta consideración se refiere, por supuesto, a las calificaciones que exige de más en más la propagación de la técnica en las diferentes manifestaciones del desarrollo. Pero la influencia del poder social no sólo las afecta sino también a lo que hemos llamado calificaciones convencionales. Se trata principalmente de los servicios generales del Estado, y de toda una

extensa gama de actividades profesionales que se eligen no sólo por razones de ingreso, sino por consideraciones tradicionales de jerarquía social. En el desarrollo periférico hay una tendencia notoria, en virtud de todo ello, a exagerar la formación de estas calificaciones convencionales, lo cual significa, de suyo, un factor adicional de desperdicio de capital.

Esta frustración del poder social lleva a emplear el poder político para lograr la absorción espuria del exceso de fuerza de trabajo de calificaciones convencionales en los servicios generales del Estado y en las empresas públicas. Punto este último sobre el cual se volverá más adelante.

### 5. *El poder sindical*

Recuérdese que, conforme va penetrando la técnica y aportando mutaciones de estructura, se van ampliando los estratos intermedios. Sin embargo, sólo una parte de ellos dispone del poder social que le permite adquirir las calificaciones que aquélla requiere. La mayor parte de los estratos intermedios no las posee o las posee en grado inferior o rudimentario por carecer de poder social, o ser éste insuficiente. Por este motivo su posibilidad de participar en la mayor productividad por obra espontánea de las fuerzas de mercado va declinando a medida que se desciende en la escala de calificaciones, y aumenta la oferta de fuerza de trabajo, expuesta al fenómeno de competencia regresiva que en otro lugar ya se ha explicado.

Trátase de uno de los problemas más serios de la distribución, pues bajo el imperio de las leyes del mercado esa gran masa de trabajadores tiene un poder redistributivo relativamente débil, y sólo con el transcurso del tiempo podría fortalecerse hasta cierto punto a medida que se fuesen reduciendo las disparidades estructurales.

Compréndese así que la desigualdad distributiva sea inherente al desenvolvimiento del sistema. Se imponen, pues, otras formas de poder que van surgiendo con el avance democrático a medida que se amplían los estratos intermedios por la industrialización y la expansión de otras actividades absorbentes de fuerza de trabajo.

Si en el juego del mercado hubiera capacidad de compartimiento del fruto de la creciente productividad, como suponen las teorías convencionales, no tendría por qué desenvolverse el poder sindical. Pero como no sucede así, la propagación de la técnica y las consiguientes mutaciones en la estructura social, hacen surgir ese poder junto con el poder político, que tienden a contrarrestar las consecuencias distributivas del poder económico de los propietarios que concentran los medios productivos en los estratos superiores y el poder social de la fuerza de trabajo favorecida.

En realidad, todo integra un solo sistema: el sistema de las relaciones de poder. Abominar del poder sindical de las masas porque significa violar las leyes económicas es una seria incongruencia, pues el poder económico y social al cual se contraponen no resulta de esas leyes económicas sino de la estructura socioeconómica.

Si esa confrontación de poderes lleva, con el andar del tiempo, a situaciones conflictivas y a la crisis del sistema, ello obedece al sistema en sí mismo, por cuanto el desenvolvimiento de las relaciones de poder no responde a ningún principio regulador basado en consideraciones de equidad, como ya se ha mencionado.

Esta falta de un principio regulador equitativo no sólo se manifiesta en las relaciones de poder en general sino en el mismo poder sindical, el que dista mucho de ser homogéneo. Suele tener más gravitación en los puntos estratégicos del sistema y en aquellas grandes empresas donde

el excedente es elevado. En tales casos la competencia regresiva ha sido en gran parte eliminada, no así en otras actividades que requieren una gran proporción de fuerza de trabajo no calificada o escasamente calificada, donde la competencia regresiva es intensa por la misma abundancia de aquélla. En tales casos se acude al Estado en apoyo de las reivindicaciones sindicales.

#### 6. *El Estado y la composición del poder político*

El Estado, como órgano político del sistema, y sujeto, por tanto, a los cambios en la composición del poder político, tiene considerable importancia en la distribución del fruto de la mayor productividad mediante los servicios que presta, la ocupación correspondiente y la extracción de ingresos fiscales que costean esos servicios. Desde el punto de vista de la distribución, el Estado es una expresión de las relaciones de poder vigentes.

Ya se ha visto que las relaciones de poder tienen asimismo gran influencia en la órbita del mercado, en donde las relaciones que surgen de la estructura social y sus mutaciones influyen sobre la distribución, y ésta sobre la diversificación de la demanda y la ocupación, lo cual, a su vez, incide sobre tales mutaciones. Parecería, pues, tratarse de un fenómeno similar, pero hay diferencias muy importantes.

Mientras en la órbita del mercado la demanda de bienes y servicios se ejerce mediante el gasto del ingreso personal, comoquiera que éste haya sido distribuido, en la órbita del Estado la vinculación entre ingresos y servicios es diferente. En efecto, salvo algunos casos, los servicios que presta el Estado se cubren con recursos fiscales que no necesariamente se extraen del ingreso de quienes reciben los servicios sino de otros grupos sociales. Así, pues, algunos de estos grupos pueden obtener

una cuota importante de servicios que pagan otros grupos sociales.

En uno y otro caso se reflejan la composición del poder político y los cambios que experimenta con las mutaciones estructurales. Y en su transcurso al poder dominante de los estratos superiores va contraponiéndose el de los estratos intermedios conforme avanza el proceso de democratización, y finalmente el de los estratos inferiores, a donde tarda en llegar. Podrían distinguirse de esta manera diferentes combinaciones de poder o, si se prefiere, distintas fases, si bien conviene precaverse del riesgo de caer en una presentación demasiado esquemática del proceso de democratización.

La primera fase concierne al desarrollo hacia afuera, antes de la industrialización. El poder político corresponde entonces fundamentalmente a los estratos superiores —terratenientes, financistas y grandes comerciantes—, poder compartido por quienes disfrutaban del poder social en las formas convencionales que a la sazón predominaban. En la generación del excedente de la producción primaria influye considerablemente la demanda exterior, y la parte que las empresas extranjeras dejan internamente se distribuye según el juego del mercado, sin que éste se perturbe por los estratos intermedios formados en su mayor parte por las clases medias tradicionales. Los estratos inferiores representan una proporción muy elevada de la fuerza de trabajo que se encuentra dispersa y carece de poder alguno en las zonas rurales.

En una segunda fase, la industrialización y, en general, la propagación de la técnica fuera de las actividades exportadoras son incipientes. Y al excedente de la producción primaria va agregándose el de las nuevas actividades. Y de esta manera se agregan nuevos componentes a los estratos superiores cuyo poder político

sigue siendo considerable frente a la debilidad de los estratos intermedios que comienzan a ampliarse con aquella penetración de la técnica. Continúan rigiendo plenamente las leyes del mercado en la distribución debido a esa misma debilidad y al empleo de resortes potenciales de represión del Estado, listos siempre para aplicarse ante cualquier tentativa de perturbación redistributiva.

En una tercera fase, la dilatación de los estratos intermedios y el fenómeno de concentración urbana que la industrialización y, en general, la propagación de las técnicas acarrearán —por sus consecuencias directas e indirectas— abren paso al movimiento de democratización. Sin embargo, los estratos superiores consiguen mitigar, si no evitar, el incipiente poder sindical y político de los estratos desfavorecidos, que la democratización va trayendo consigo. Para ello recurren a diferentes procedimientos: la manipulación y la movilización de masas o clientelas dirigidas desde la cúspide del sistema; la cooptación de dirigentes políticos y sindicales y su inserción en el sistema con alguna participación en sus ventajas. La democratización es de todas maneras en gran parte formal, más que sustantiva, y el poder sindical y político se desenvuelve pues dentro de estrechos límites.

La cuarta fase representa el desenvolvimiento lógico de la tercera. Se caracteriza por el surgimiento, en los estratos intermedios, de una clara conciencia de sus intereses, gracias a sus crecientes dimensiones, a la educación y al influjo creciente de los medios masivos de comunicación y difusión social. Y en el ejercicio del poder sindical y político se van disolviendo las anteriores relaciones de subordinación al poder de los estratos superiores, de tal suerte que los dirigentes adquieren capacidad de negociación y compromiso, tanto en lo que atañe a la redistribución del ingreso y a la ocupa-

ción, como a aspiraciones que desbordan el campo económico.

En la cuarta fase el movimiento sindical y político adquiere gran impulso. Surgen nuevos dirigentes cuya actividad se despliega de más en más en la intensificación de la pugna distributiva, antes que en atemperar su presión. Y las reivindicaciones redistributivas, que comienzan después a extenderse a los estratos inferiores, impulsan al sistema a un límite crítico más allá del cual queda comprometida seriamente su estabilidad.

Nótese de paso, que también hay en todo esto un fenómeno de propagación e irradiación de los centros. Las ideas e instituciones democráticas de estos últimos adquieren vigencia efectiva en la periferia en el curso de aquellas mutaciones estructurales. Gracias a ello, el poder sindical y político de los estratos intermedios impulsa cada vez más la tendencia a extender las ventajas del desarrollo más allá del ámbito restringido de la sociedad de consumo.

En esa sucesión de fases que acabamos de mencionar escuetamente van cambiando tanto la composición de los servicios del Estado como la forma de cubrir su costo.

En la primera fase, además de los servicios generales que interesan en mayor o menor grado a toda la colectividad, el Estado, en la orientación del gasto público, responde primordialmente a las exigencias de los estratos superiores, así como en sus inversiones de infraestructura.

Al desenvolverse, sin embargo, las fases siguientes, el poder político de los estratos intermedios va consiguiendo servicios destinados a su consumo social, que se superponen a los restantes gastos o inversiones del Estado.

En estos servicios de carácter social, así como en los otros servicios del Estado,

se manifiesta asimismo otra forma de presión de los estratos intermedios, que concierne más bien al empleo y a los ingresos que de ello se derivan.

Comoquiera que sea, tanto en este último caso como en el anterior, los estratos intermedios tratan de corregir en la órbita del Estado las consecuencias adversas de las leyes del mercado.

En cuanto a la ocupación hay dos formas de conseguirla. La primera se vincula al crecimiento de los servicios más allá de las consideraciones de economicidad que prevalecen en el mercado. Los servicios se amplían exageradamente en relación a las exigencias estrictas de la demanda; obedecen en verdad a su propia dinámica, a la aspiración de abultamiento burocrático y de mejoramiento de ingresos. No se sustraen por cierto estos servicios a la propagación prematura de las técnicas de diversificación y capital consuntivo como sucede en la órbita del mercado.

Es claro que ello significa crear mayor ocupación no sólo de quienes tienen calificaciones exigidas por la técnica, sino también de los que han adquirido calificaciones convencionales.

Esta ampliación exagerada de los servicios no es incompatible con la buena gestión; pero, con frecuencia, lo es debido a la absorción espuria de fuerza de trabajo. En efecto, en la medida en que el sistema, por la insuficiente acumulación de capital, no cumple su papel absorbente, la fuerza de trabajo redundante o desocupada, principalmente en los estratos intermedios, hace uso de su poder político para insertarse espuriamente en los servicios del Estado. Y por lo general los estratos inferiores tienen mucho menos poder para conseguirlo.

La empresa pública constituye un caso especial que, por la gran significación que tiene, no podríamos omitir en este examen. Además de las razones

ideológicas que en algunos casos impulsan su creación, se ha impuesto frecuentemente como alternativa a la empresa transnacional o como medio para contrarrestar el poder económico y político de los estratos superiores. Pero al mismo tiempo, y aun cuando ello no hubiera sido inicialmente un objetivo primordial, no podría negarse que ha representado a menudo la vía política para participar en el excedente que se genera en la empresa, y que se dedica en parte a elevar las remuneraciones y facilitar el acceso del personal superior a la sociedad de consumo. Pero también suele disiparse el excedente propio en la absorción espuria de fuerza de trabajo, cuando ello no se hace a expensas del excedente del resto de la economía.

Por supuesto que estas consideraciones no significan justificar la ineficiencia económica de la empresa pública, sino situar el caso dentro de una amplia perspectiva, como una de las manifestaciones de un proceso redistributivo. Cabe agregar que hay quienes consideran que la empresa pública es instrumento de transformación del sistema; sin desconocer que han existido contribuciones positivas, ella no puede escapar por completo al juego de relaciones de poder.

Aparte de lo que acaba de decirse acerca de la empresa pública, todas esas diferentes formas de compartimiento del fruto de la mayor productividad que, como antes se expresó, logran sobre todo los estratos intermedios por su presión política tienen, como es lógico, importantes consecuencias sobre el crecimiento del excedente. Puesto que los recursos fiscales que costean los servicios del Estado, así como sus inversiones, inciden en última instancia sobre aquél. No aludimos sólo a las inversiones de infraestructura que contribuyen a mejorar el excedente, así como las que exige genuinamente el desenvolvimiento

de las funciones del Estado, sino también a las inversiones conspicuas que responden a otras motivaciones por demás conocidas.

Acabamos de ver cómo el poder político, que se circunscribía primeramente a los estratos superiores, se va compartiendo, sobre todo por parte de los estratos intermedios, y llega eventualmente a los inferiores. Sin embargo, por más que ello ocurra, sigue siendo considerable el poder político de los estratos superiores. Pues como ya se manifestó, mientras se extiende de esta manera el proceso político, se acentúa la concentración del poder económico. Y aun cuando las consecuencias de tal proceso vayan atenuando el ritmo de crecimiento del excedente global, éste sigue dilatándose, y los estratos superiores, gracias a ello, disfrutan cada vez más de la sociedad consumista. Tendrán que ir cediendo a la presión redistributiva de abajo, pero su poder político suele ser más que suficiente como para defender las bases institucionales sobre las que se sustenta su creciente poder económico.

### *7. El poder político y los medios de difusión*

Son bien conocidas las formas en que se expresa el poder político de los estratos superiores. Contribuciones financieras a los partidos políticos y a sus elementos dinámicos, inserción de personas de gran influencia política en los cuerpos directivos de las empresas o empleo de sus servicios profesionales, así en el campo privado como en las gestiones que realizan ante el Estado; y otras formas de compartimiento por la vía política.

A todo ello se agregan las relaciones estrechas de los medios masivos de difusión social en la sociedad privilegiada de consumo, que merecen algunas consi-

deraciones aparte, sobre todo en el caso de la prensa.

La evolución de la técnica de impresión —parte integrante de la técnica productiva— exige un capital cada vez más grande, lo cual contribuye notablemente a la concentración del capital como ocurre con las otras empresas. En realidad existe una simbiosis entre la gran empresa impresora y la actividad periodística propiamente dicha. Pero esta última tiende a subordinarse a la primera. Muy lejanos han quedado aquellos tiempos en que el periodismo requería un capital relativamente pequeño y accesible a quienes se proponían divulgar ideas e influir sobre la opinión pública. Ello estaba íntimamente unido al concepto primigenio de la libertad de prensa en el liberalismo político; pero la realidad ha cambiado fundamentalmente.

Es un hecho cada vez más manifiesto que la empresa periodística está íntimamente ligada al desenvolvimiento de la sociedad privilegiada de consumo, y depende en gran parte de la publicidad comercial. La función periodística en rigor tiene que responder a las exigencias de la publicidad. Y por extenso que fuere el campo de su crítica, no cabría el ataque profundo a la sociedad de consumo, ni a la manipulación sistemática de lo que los economistas neoclásicos entienden por soberanía del consumidor. Y mucho menos podría impugnar los cimientos mismos sobre los que reposa el sistema. Más aún, el éxito publicitario depende de la circulación del periódico; promover la circulación es una consigna indeclinable. Y si bien hay casos notables de circunspección y sentido de responsabilidad social, hay otros, nada infrecuentes por cierto, donde para lograr gran circulación sólo prevalecen consideraciones comerciales.

Un elemento importante en la circulación es la crítica a los gobiernos antes

que al sistema: expresión de independencia de la prensa; gran conquista del liberalismo. Pero expresión de libertad de quienes poseen los medios productivos de la empresa.

Otra vez comprobamos aquí la interdependencia entre la penetración de la técnica y la estructura de la sociedad y sus mutaciones. Por exigencias de la técnica, la gran empresa periodística comparte el poder con las otras grandes empresas de considerable poder económico. En cierto modo, las primeras son integrantes del sistema de la sociedad privilegiada de consumo, por extensa y variada que fuere la gama de sus opiniones políticas. Lo son en cuanto esas exigencias de circulación las llevan a difundir las excelencias de aquélla. Y, al hacerlo, súmanse a los factores que avivan la pugna distributiva, además de los que en algunos casos surgen de su propia orientación.

Esta orientación está considerablemente influida por aquellas mutaciones estructurales y los cambios que con ellas sobrevienen en las relaciones de poder. Así, conforme se extiende el poder político de los estratos intermedios, la prensa responde cada vez más a los intereses y aspiraciones de aquéllos. Nuevos órganos se añaden a los que continúan estrechamente vinculados a los estratos superiores.

Aparece entonces una cierta ambivalencia que se manifiesta sobre todo cuando avanza la democratización. Este proceso recibe aliento de la prensa que, a la vez, sigue estimulando la sociedad de consumo. Esta, como bien sabemos, tiende a desenvolverse en un ámbito limitado, en tanto que el avance democrático, impulsado por la prensa, tiende a extender sus ventajas hacia abajo. Esta ambivalencia contribuye a acentuar una de las contradicciones profundas del sistema, esto es la disparidad creciente

entre el curso del desarrollo económico y el proceso político, aspecto al que ya nos hemos referido antes con insistencia.

Al mencionar las ideologías no me refiero necesariamente a las que son francamente adversas al sistema, aunque como es obvio es estrecho su lugar en estas empresas periodísticas. Tampoco me refiero, por supuesto, a aquellos casos en que se forman empresas para propagar tales ideologías antes que hacerlo por un interés económico que, desde luego, no podría sustentarse sobre una publicidad comercial de suyo limitada. En estos últimos son otras las fuentes de sus recursos. Comoquiera que fuere, la libertad de expresión concierne primordialmente a quienes comparten las ideologías de estos órganos.

Por donde se mire, esa libertad de expresión individual proclamada en los principios básicos del liberalismo político se encuentra entorpecida en la práctica, aun en pleno avance de los procesos de democratización. No es fácil el acceso a ella, como es, por el contrario, a los servicios públicos, abiertos a todos los que quieran y puedan usarlos.

Como es notorio, la radio y la televisión adquieren creciente importancia hasta comprometer, en algunos casos, la prosperidad de las empresas periodísticas. Requieren también como éstas un capital de gran magnitud y suelen estar dominadas asimismo por el interés de la publicidad comercial. Aparece, sin embargo, una diferencia no desdeñable cuando dan acceso a quienes desean valerse de estos medios, acceso que, no por ser remunerado, representa una vía positiva hacia la solución del problema de libertad de expresión; pues significan quizás un comienzo de separación entre la empresa y el medio genuino de difusión de ideas e ideologías.

Para terminar estas reflexiones que conciernen a la libertad de prensa qui-

siera añadir una última observación. Como se dirá más adelante, la movilidad existe en el capitalismo periférico pero quienes llegan gracias a ella se insertan entre los privilegiados del sistema y entorpecen, en una forma u otra, la llegada de otros. Hay una similitud entre este fenómeno y lo que suele ocurrir con la libertad de prensa.

Esta sigue revistiendo gran significación que nunca se la comprende mejor que cuando se restringe o suprime esta libertad bajo el poder represivo del Estado o cuando éste se apropia de la prensa.

Quienquiera establecer una empresa periodística cuando predomina el liberalismo democrático puede hacerlo. El empuje de individuos dinámicos se ha hecho sentir aquí como en otras actividades humanas. Pero si bien esto significa un poderoso elemento de libertad de prensa, dista mucho de responder satisfactoriamente a aquel concepto primigenio que antes ya mencionamos.

Esos individuos dinámicos, de gran capacidad empresarial, superan de un modo u otro los grandes obstáculos que suele representar la exigencia de capital. Y los que llegan a triunfar adquieren un gran poder, el poder que da la libertad de prensa, la libertad de responder a sus propios designios. Pero esto en modo alguno significa libre acceso de los demás, ni igualdad de oportunidad para todos aquellos que tienen ideas que expresar o ideologías que defender.

Y no sólo esto, sino que la capacidad para formar una gran empresa periodística, la capacidad de guiar su gestión económica, no coinciden necesariamente con la aptitud periodística propiamente dicha. Y en última instancia, el interés empresarial, tan estrechamente vinculado a la sociedad consumista, tiende a predominar sobre el papel que el liberalismo político atribuía a la función periodística. Y plantéase a veces una gran con-

tradicción entre la empresa y las convicciones que podrían impulsarse, contradicción que no podría comprenderse sin reflexionar dentro del ámbito limitado de los privilegios del desarrollo.

#### 8. *Las diferencias individuales y la movilidad social*

Hemos explicado la considerable influencia de las relaciones de poder en la distribución del fruto de la creciente productividad. Pero ello no significa negar que existan diferencias individuales: por escapar a las teorías neoclásicas habríamos caído en el otro extremo. Ocurre en efecto un fenómeno muy importante de movilidad social que permite a ciertos individuos superar las relaciones de poder que resultan de la estructura social, cualquiera que fuere el lugar originario. Trátase de quienes, por su capacidad y dinamismo, por su aptitud para aprovechar su experiencia, sobrepasan a los demás y elevan sus ingresos elevándose a estratos más altos, a veces mucho más altos que otros que tuvieron el mismo punto de partida. Pero cuando esto ocurre terminan por insertarse en los privilegios del sistema, contribuyendo a las consecuencias excluyentes y conflictivas que lo caracterizan, y no obstante su contribución positiva al desarrollo.

Estas diferencias conciernen ante todo al mismo excedente. Si hemos subrayado su índole estructural, no podríamos olvidar su significación dinámica, pues el acrecentamiento del excedente está determinado por el aumento de productividad que aporta la superposición de nuevas capas técnicas y su mejoramiento en las capas anteriores. Y aquí se manifiestan precisamente aquellas diferencias de capacidad, empuje y experiencia a las que se hizo referencia. Quienes



se destacan por estas condiciones en la vida empresarial se abren paso y suben más rápidamente que otros; son los elementos dinámicos del sistema y su contribución suele ser de gran importancia dentro del ámbito limitado del desarrollo.

Cierta razón tienen las teorías convencionales en justificar ventajas distributivas para los empresarios que más han contribuido al acrecentamiento de la productividad en un régimen de libre competencia; pero el privilegio no está en la ganancia en sí misma sino en el hecho de que, aunque hubiere competencia irrestricta, una parte de ese fruto, que es considerable en el capitalismo periférico, tiende a retenerse y agregarse a lo antes retenido, esto es, tiende a acrecentar el excedente global. El excedente constituye en última instancia un privilegio estructural.

Si bien se reflexiona, es en la persistencia de este privilegio donde radica la falla fundamental del capitalismo imitativo, pues sobre él reposa la sociedad de consumo en detrimento de la acumulación. No niego que la movilidad social permite a los individuos más dinámicos acrecentar su tenencia de medios productivos, pero por lo general, quienes llegan en esta forma con el mérito indudable de vencer resistencias, terminan por insertarse en la sociedad de consumo, como antes se dijo. Y si no lo hacen ellos, suelen hacerlo quienes han heredado tales medios, aunque carezcan de esas condiciones dinámicas.

En resumidas cuentas, al desperdiciar de este modo el potencial de acumulación están dificultando la movilidad social de otros que, si tuvieran los medios para hacerlo, podrían ser más eficaces. El uso más intenso de este potencial, en una transformación del sistema, daría mayores oportunidades de movilidad a un mayor número de individuos que podrían destacarse por su capacidad y

dinamismo. Seguir discutiendo sobre ello, sin embargo, sería anticiparnos demasiado a lo que se dirá en un trabajo posterior acerca de la Teoría de la Transformación.

Decíamos ya en otro lugar que el poder social permite a sus poseedores adquirir las calificaciones exigidas por la propagación de la técnica. Hay aquí asimismo un elemento de privilegio social; pero se dan también individuos en condiciones dinámicas que surgen de abajo, a veces desde muy abajo, y llegan por su tenaz esfuerzo a tener esas calificaciones y mejorarlas por su experiencia. Hay también individuos que tienen poder social y demuestran grandes aptitudes dinámicas que les permiten sobresalir y sobrepasar a los otros que habían surgido en los mismos estratos. Pero al llegar arriba les ocurre algo parecido a lo que sucede con quienes se destacan en el campo empresarial, pues al subir van mejorando su aptitud para compartir el fruto del avance de la técnica y van insertándose en los privilegios del sistema, entre ellos, el poder social.

Comoquiera que sea, los individuos que por su capacidad y dinamismo o su poder social, o por la combinación de ambos elementos, disponen de las calificaciones requeridas por la propagación de la técnica, se encuentran en condiciones más favorables que otros para compartir el excedente a cuyo incremento contribuyen en mayor o menor grado. Cuanto mayor es el excedente, tanto más dispuestas están las empresas a aumentar las remuneraciones cuando la oferta va a la zaga de la demanda de esta fuerza de trabajo calificada. Todo lo contrario ocurre en el otro extremo de la estructura social.

Debe hacerse pues una distinción fundamental entre la distribución estructural del ingreso y las diferencias indi-

viduales. La distribución estructural resulta del juego de relaciones de poder que van cambiando con las mutaciones de la estructura social, e influyen a su vez sobre tales mutaciones. Las diferencias individuales corresponden a los distintos grados de capacidad y dinamismo.

Permitaseme intercalar así una observación pertinente. Dado que la debilidad de la fuerza de trabajo para compartir el incremento de la productividad constituye el origen estructural del excedente, quienes están en el extremo opuesto en mejores condiciones para compartirlo se benefician así de esta disparidad estructural, lo cual se refleja en el deterioro de la relación de ingresos entre unos y otros.

Este deterioro de la relación de ingresos no sólo afecta a los estratos infe-

riores sino también a aquella parte de los estratos intermedios que empeoran su aptitud para elevar sus remuneraciones cuando se debilita el papel absorbente del sistema, mientras mejora la aptitud de compartimiento de aquella parte relativamente pequeña de la fuerza de trabajo, al acrecentarse el ritmo de la productividad.

Expresado en otros términos, el mejoramiento de las remuneraciones de la fuerza de trabajo que posee las crecientes calificaciones requeridas por la técnica depende, en gran parte, de la incapacidad de la fuerza de trabajo desfavorecida para elevar sus remuneraciones correlativamente al aumento de productividad. Tal es el fenómeno de deterioro de la relación de ingresos que tiende a ocurrir en el juego espontáneo de las fuerzas del mercado.

## V

### Las disparidades estructurales en las relaciones centro-periferia y la hegemonía de los centros

#### 1. *La dinámica centrípeta del capitalismo*

Está muy lejos de la realidad aquella inveterada creencia en la expansión indefinida del capitalismo, según la cual, se trataba simplemente de una cuestión de tiempo hasta que ese movimiento expansivo abarcara progresivamente todo el planeta. Dar tiempo y dejar hacer. En todo ello no cabía el esquema Centro-Periferia.

La dinámica del capitalismo es otra. El capitalismo, por vigoroso que fuera, tendió siempre a recogerse dentro de los mismos centros; y al penetrar en la

periferia durante los tiempos de crecimiento hacia afuera lo hizo para proveerse de productos primarios. Los centros invertían allí con ese propósito, generando excedentes, a veces muy cuantiosos. Pero estos excedentes, en la medida en que no eran necesarios para seguir acrecentando la producción exportable, se succionaban por aquéllos, en respuesta a incesantes innovaciones. Y la parte que los centros dejaban a la periferia, en el juego de relaciones de poder, también se orientaba en buena medida hacia los mismos centros para satisfacer, con importaciones, la imitación de sus formas de consumo.

Esto explica que en los tiempos de crecimiento hacia afuera el capitalismo no haya favorecido el desarrollo integral de la periferia, más allá de la producción primaria; la periferia quedaba al margen del proceso espontáneo de industrialización. No por un designio maligno, sino por la dinámica misma del sistema, una dinámica esencialmente centripeta.

Sobreviene de esta manera una creciente disparidad estructural entre centros y periferia, y se va dilatando cada vez más la superioridad económica y tecnológica de los primeros. Así, pues, cuando acontecimientos internacionales adversos imponen la industrialización deliberada de la periferia, ésta tropieza con grandes diferencias de productividad en relación a los centros y debe recurrir a la protección para sustituir importaciones. Lo hace durante las etapas iniciales por su propio esfuerzo; pero con el transcurso del tiempo la sustitución atrae a las transnacionales. Invierten éstas para explotar sus innovaciones sobre todo las de segunda línea. Pero no invierten indefinidamente, pues llega el momento en que el excedente que generan, también se transfiere a los centros. Fenómeno de succión al cual se agrega la tendencia de la demanda periférica a desplazarse hacia aquéllos para disfrutar de bienes cada vez más diversificados, en la medida en que no pueden lograrlo con la sustitución de importaciones. La dinámica centripeta del capitalismo vuelve a manifestarse después de transitorias ilusiones.

Una de esas ilusiones ha nutrido la esperanza de que las transnacionales desempeñarían un papel decisivo en el acrecentamiento de las exportaciones de manufacturas a los centros, incorporando de esta suerte a la periferia a la caudalosa corriente de intercambio de estos bienes que se ha desenvuelto en los centros. Pero hasta ahora esto sólo ha

ocurrido en escasa cuantía, por la misma dinámica del sistema y sus innovaciones.

La verdad es que la portentosa aparición de las transnacionales contribuye notablemente a la internacionalización de las formas de consumo, pero menos a la internacionalización de la producción estimulada en los centros por el avance tecnológico. Ellas articulan, cada vez más, a la sociedad de consumo de la periferia y contribuyen poderosamente a exaltarla. Pero no contrarrestan su tendencia excluyente, porque ésta débese en última instancia, bien lo sabemos, al desperdicio del potencial de acumulación de capital en la imitación del consumo de los centros y la dinámica centripeta de éstos.

Tal es el mito de la expansión indefinida del capitalismo, el que se fue desvaneciendo con el tiempo, como ocurrió con esa otra ilusión del desarrollo periférico a imagen y semejanza de los centros.

Esa dinámica centripeta del capitalismo tiene profunda influencia en el desarrollo periférico y en sus relaciones con los centros. Como ya hemos explicado lo primero, ahora nos ocuparemos de tales relaciones.

Como ya se expresó más arriba, el capitalismo de los centros no promueve el desarrollo integral de la periferia, por lo que este desarrollo integral se cumple con gran retardo. Y este retardo trae consigo una serie de consecuencias muy importantes que se fueron destacando en nuestro esquema Centro-Periferia, a saber: las grandes disparidades estructurales, la fragmentación de la periferia, su vulnerabilidad exterior, la relación de precios del intercambio y la concentración del poder económico y tecnológico en los centros. Todo ello impide reproducir el capitalismo de los centros.

Consideraremos ahora en forma su-

cesiva estos diversos puntos que, desde luego, están íntimamente vinculados entre sí.

## 2. *Las grandes disparidades estructurales*

Conviene examinar el retardo del desarrollo periférico con cierta perspectiva histórica. La periferia desempeña inicialmente un papel pasivo en los tiempos que hemos llamado de crecimiento hacia afuera. En realidad constituye entonces una prolongación apendicular de los centros para suministrarles, a bajo costo, los productos primarios que necesitan. Además, a ello se limita principalmente la propagación de la técnica de los centros. Y el desarrollo periférico depende de la intensidad con que esta función pasiva se cumple, intensidad que en algunos casos fue muy notable y creó condiciones favorables para una industrialización ulterior. Pero no ha sido ésta consecuencia del desenvolvimiento espontáneo del capitalismo.

En efecto, por la misma dinámica del sistema, desde los comienzos de la Revolución Industrial, el fruto de la mayor productividad lograda por el progreso técnico no se ha difundido por todo el mundo, sino que ha quedado retenido en los mismo centros. De esta manera, la demanda se ha acrecentado allí persistentemente y, a favor de ese proceso, las innovaciones y la diversificación industrial se han desenvuelto dentro de los mismos centros. Demanda e innovaciones se han estimulado recíprocamente.

A pesar de ciertos brotes de industrialización en algunos de sus países en la fase de crecimiento hacia afuera, la periferia desempeña el papel específico que le corresponde en el esquema pretérito de la división internacional del trabajo, fragmentada en múltiples compartimientos que convergen aisladamente

hacia aquéllos, con muy escaso intercambio entre sí.

Reflexiónese sobre todo lo que esto significa. En tanto que la industrialización va cambiando progresivamente la estructura social de los centros y difundiendo hacia abajo los frutos del progreso técnico, la estructura social de la periferia queda cada vez más rezagada. Es cierto que los estratos superiores comparten con los centros, aunque en distintos grados, los frutos del progreso técnico en lo que atañe principalmente a la producción primaria, pero a la gran masa de la población esos frutos no llegan o llegan muy menguados.

Esta articulación entre centros y periferia durante la fase de desarrollo hacia afuera se resquebraja en las grandes crisis de los centros (primera guerra mundial, gran depresión y segunda guerra mundial). Hasta entonces, la demanda de la periferia, principalmente la de sus estratos superiores, venía satisfaciéndose con bienes importados. Esas crisis dificultan sobremanera seguir haciéndolo. Se impone pues la industrialización; al principio, para producir internamente lo que no podía importarse, y después, llevada por su propio impulso; ahora bien, cuando sobreviene este proceso se torna notoria la inferioridad técnica y económica de la periferia para competir con los centros.

## 3. *La industrialización periférica y las transnacionales*

La industrialización se ha basado primordialmente en la sustitución de importaciones. Además ha sido asimétrica. Y a la luz de la experiencia cumplida hubiera sido preferible un proceso simétrico que combinara los derechos protectores con distintas formas de estímulo a las exportaciones. Sin embargo, frente a aquellas crisis de los centros, hubiese

sido ilusorio pensar en un gran impulso exportador.

En aquellos tiempos iniciales de la industrialización, la activa sustitución de importaciones resultaba suficiente para contrarrestar la tendencia inmanente del desarrollo periférico al estrangulamiento exterior. Conviene recordar que esta tendencia obedece a la disparidad estructural que el retardo en el desarrollo ocasiona en las relaciones centro-periferia.

Debido a estas disparidades, la demanda de bienes industriales producidos por los centros, y estimulada continuamente por la diversificación, tiende a crecer con celeridad en la periferia; en tanto crece con relativa lentitud en los centros —salvo excepciones— la demanda de bienes primarios provenientes de aquélla, a lo cual se agregan además las consecuencias de la sustitución industrial de algunos de esos bienes primarios como resultado de innovaciones técnicas.

Los centros se oponen inicialmente a la industrialización periférica, pero, después, encuentran en ella campo propicio para la expansión de las empresas transnacionales. Atraídas por la protección, las transnacionales han participado cada vez más en la sustitución de importaciones, ya sea para satisfacer directamente las necesidades de la sociedad de consumo, o para facilitar otras importaciones, particularmente aquellas donde se manifiestan esas continuas innovaciones de los centros.

Bien sabemos, de todas maneras, que la sustitución de importaciones tiene sus límites y se vuelve más difícil y compleja cuando éstos se superan. Se torna entonces indispensable impulsar las exportaciones para contrarrestar la tendencia al estrangulamiento exterior.

No fueron pocos quienes creyeron que la penetración de las transnacionales en la periferia contribuiría notablemente a la exportación de manufacturas

a los centros. Las transnacionales serían instrumentos poderosos que, gracias a la internacionalización de la producción, nos permitirían participar en el caudaloso intercambio industrial junto a los centros. Sin embargo, los hechos no han ocurrido así. Las transnacionales han promovido, con gran intensidad, la internacionalización del consumo en la periferia, antes que la internacionalización de la producción, al no contribuir a crear nuevas modalidades de inserción en la división internacional del trabajo. La periferia queda por tanto en gran parte marginada de aquel intercambio de los centros, como ya lo había quedado otrora en el proceso de industrialización. Tal es la consecuencia de la disparidad estructural en las relaciones centro-periferia.

Más aún, las transnacionales se habían mostrado renuentes a exportar manufacturas hasta hace algunos años. Sin embargo, han respondido después al estímulo de los subsidios y con efectos impresionantes; pero relativamente muy poco ha llegado a los centros.

Cabe preguntarse por qué, en este empeño exportador, las transnacionales han puesto el acento sobre las exportaciones a otros países periféricos antes que a aquéllos. Como ya se dijo antes, la dinámica de los centros se vincula estrechamente a esas innovaciones diversificadoras; y no parecería por tanto que las transnacionales estuviesen interesadas en emprenderlas en la periferia al menos por ahora. Pero en cambio les conviene explotar allí aquellos bienes de segunda línea, que están siendo superados en los centros por los nuevos bienes en que se manifiestan las sucesivas innovaciones, bienes técnicamente cada vez más avanzados. Explotan en la periferia las innovaciones que dejaron de serlo en aquéllos. La periferia tiende siempre a quedar a la zaga.

¿Pero por qué las transnacionales

no habrían de usar la periferia como base desde la cual ir lanzando siquiera una parte de esas innovaciones de vanguardia? Me inclino a creer que el argumento de los menores salarios no tiene influencia ponderable, salvo en casos especiales, pues en esos bienes avanzados lo esencial, además del mercado creciente de los mismos centros, es la infraestructura científica y tecnológica y la formación humana cada vez más exigente en todos los niveles de la técnica. Factores todos éstos que, unidos a la estrecha base social y la fragmentación de las economías periféricas, son difícilmente superables con subsidios a la exportación, por generosos que fueren.

Por otro lado, los centros se resisten en varias formas a admitir aquellas manufacturas donde la periferia, por su propio esfuerzo, tiene o podría adquirir aptitudes competitivas. Se trata generalmente de bienes menos avanzados y de menor complejidad técnica y en los cuales la demanda tiende allí a crecer con ritmo mucho menor que en aquellos bienes avanzados.

Por supuesto que las transnacionales no se interesan por producir estos bienes, que si están al alcance de las empresas nativas de la periferia. Sin embargo, no ha llegado a ellos la política de liberalización que tanto ha contribuido a la expansión del intercambio de bienes avanzados en los centros. No sólo eso, sino que, a las restricciones existentes suelen agregarse otras nuevas que entorpecen más aún las exportaciones periféricas.

Compréndese por tanto que las empresas productoras de esos bienes en los centros, bienes cuya demanda crece con relativa lentitud, recurran a su poder político y al de los sindicatos para oponerse a las importaciones. Si esto ha sucedido en aquellos tiempos de bonanza, cuando algunos centros debieron

acudir a trabajadores extranjeros para expandir la producción, más intensa resultará su oposición en circunstancias menos favorables como las que ahora predominan.

A pesar de todo ello, la penetración de las transnacionales se estuvo profundizando con el persistente aliento de los centros en claro menoscabo de la autonomía del desarrollo periférico y de su sentido nacional. Habría que aceptarlo, a juicio de algunos, a fin de remover los obstáculos externos al desarrollo latinoamericano. Este objetivo no se ha logrado según ya se expresó, pero la dependencia es mayor.

Al comienzo de este capítulo decíamos que se ha desvanecido el mito de la propagación espontánea de la dinámica capitalista de los centros en el desarrollo periférico; como también se ha desvanecido el de la eficacia social del desarrollo periférico, mitos que surgían de una creencia inveterada en el papel del incentivo económico y de las leyes del mercado. Que existe ese papel, y que generalmente es positivo no cabe duda alguna. Pero ese incentivo se desenvuelve dentro de ciertas estructuras y relaciones de poder que, conforme se desarrollan aquellos fenómenos de propagación e irradiación de los centros en la periferia, acarrear profundas contradicciones, tanto en las relaciones entre ésta y aquéllos, como en el desarrollo interno.

Quizás no fue posible imaginar tales contradicciones en las relaciones centro-periferia hace algunos decenios; pero no reconocerlas ahora sería verdaderamente inexcusable. Aunque es lo que está sucediendo. Los centros siguen encerrándose en una actitud por demás negativa frente a los requerimientos de un nuevo orden económico internacional, conjunto de ideas que en realidad no son nuevas, pues han venido desenvol-

viéndose infructuosamente durante más de dos decenios. Y la periferia se obstina por lo general en aguardar de ese nuevo orden lo que sólo podrá conseguir tras un esfuerzo hondo y persistente de transformación. El nuevo orden no podría ser un medio para seguir exaltando la sociedad privilegiada de consumo.

#### 4. *La fragmentación de la periferia*

Si se encararan estos problemas con perspectiva dinámica no cabría esperar que, aunque pudiera lograrse una política de liberalización en los centros, ello constituiría la solución definitiva del problema del estrangulamiento periférico. Este problema tenderá a alcanzar dimensiones muy importantes a medida que avance el proceso de industrialización periférica y se extienda con intensidad a países donde está en sus comienzos. Y no es fácil concebir que los centros para hacer frente a ese desequilibrio potencial de la periferia, amplíen considerablemente su coeficiente de importaciones provenientes de la periferia más allá de ciertos límites.

De todas maneras, la periferia no ha realizado todavía un esfuerzo vigoroso y persistente para aprovechar las considerables posibilidades de intercambio recíproco. No ha sido capaz de romper el preterito esquema de intercambio en que cada país periférico convergía aisladamente hacia los centros. Es cierto que estos últimos, y sobre todo el centro dinámico principal del capitalismo, no han visto con simpatía determinados esfuerzos de países periféricos en los primeros tiempos; pero después apoyaron esos esfuerzos cuando advirtieron que ello ofrecería un campo promisor a la expansión de las transnacionales. Han insistido, sin embargo, en que esta expansión debiera realizarse sin intervención alguna de los gobiernos, sin un empeño de distribución

racional de la producción de bienes de capital y bienes intermedios, lo que no se conseguiría por el solo efecto de rebajas arancelarias.

Comoquiera que sea, las transnacionales han desempeñado un papel muy importante en las exportaciones de manufacturas entre países periféricos gracias a esas rebajas arancelarias y a los subsidios de exportación.

Pero los gobiernos no se han preocupado mayormente por asegurar la reciprocidad. Los países industrialmente más avanzados de la periferia latinoamericana están exportando en cantidades crecientes a países menos avanzados, aunque sin concertar medidas que permitan a estos últimos desenvolver sus propias exportaciones industriales. En consecuencia, algunas importaciones de los países menos avanzados provenientes de los centros, han tendido a ser desplazadas en favor de los más avanzados, aliviando así su propio déficit comercial. No parecería, sin embargo, que ésta fuese la manera más racional de resolver el problema del estrangulamiento desde el punto de vista del conjunto de la periferia.

#### 5. *La vulnerabilidad periférica*

El desarrollo capitalista se cumple en forma cíclica. Y el ciclo se refleja en la periferia con mayor intensidad que en los centros, debido al papel dominante que siguen teniendo las exportaciones primarias, cuyos precios fluctúan con más intensidad que los de los bienes finales.

En las fases de bonanza las fluctuaciones cíclicas suelen hacer perder de vista en la periferia la tendencia latente hacia el estrangulamiento exterior; en tanto que en las fases declinantes esa tendencia vuelve a presentarse en forma generalmente más difícil de contra-

restar por decisión propia y autónoma de los países.

Tales fenómenos son consecuencia del retardo estructural que ya hemos procurado explicar. Si la periferia participara activamente en el intercambio industrial, lo mismo que los centros, la proporción de sus exportaciones primarias en el conjunto de exportaciones hubiera declinado en forma persistente. Y de esta suerte el movimiento cíclico del conjunto de las exportaciones habría reducido su amplitud; pero no ha sucedido así.

Esta situación presenta además otra consecuencia importante. Los países periféricos, en general, han exagerado el proceso sustitutivo de importaciones. Y con frecuencia han sustituido bienes finales, especialmente en renglones de menor complejidad técnica. Han introducido de esta manera un elemento de gran rigidez en las importaciones, cuya consecuencia se comprueba sobre todo durante los períodos de declinación cíclica. En efecto, la sustitución de bienes finales ha disminuido en forma considerable su proporción sobre el total. Y las importaciones están integradas principalmente por materias primas e intermedias y bienes de capital, o sea por renglones cuya compresión tendría serios efectos sobre la actividad económica. O también por renglones, como los alimentos y otros bienes esenciales de consumo, donde la política sustitutiva no se ha inspirado por lo general en previsoras consideraciones a largo alcance.

Pues bien, al perder en esta forma su flexibilidad, se vuelve cada vez más difícil una política expansiva, por cautelosa que fuere, para atenuar en el desarrollo interno la incidencia adversa de la declinación de las exportaciones. Ha desaparecido en gran parte, si no totalmente, el margen comprimible de

las importaciones. Y la periferia no tiene otro recurso, si se empeña en seguir esa política expansiva, que acudir a préstamos internacionales. Ya no se trata principalmente de operaciones destinadas a aumentar la acumulación de capital, sino a cubrir, en última instancia, las exigencias del consumo y el servicio de la propia deuda. Por consiguiente, el crecimiento de la deuda exterior no va acompañado de una ampliación correlativa de la capacidad productiva. Huelga subrayar la seriedad de estos hechos, en sí mismos, cuando adquieren ciertas dimensiones, y más aún si se reflexiona acerca de su significación en las relaciones de dependencia.

Decíamos al comenzar este punto que la vulnerabilidad exterior, acentuada en la forma que acaba de verse, es una consecuencia del retardo estructural y de la dinámica centripeta del desarrollo capitalista. Retardo que, como ya quedó explicado, se refleja también en la fragmentación de la periferia. Esta fragmentación ha contribuido, con otros factores, a hacer más difícil y costosa la sustitución de bienes intermedios y de capital que, además de su complejidad técnica requieren mercados más amplios que los nacionales. Acaso ésta sea la razón más importante de aquella exagerada sustitución de bienes finales por ser más fácil y expedita. Pero como se ha expresado en otro lugar, la periferia todavía no supo encarar resueltamente la transformación de ese viejo esquema de convergencia de países periféricos con los centros.

#### 6. *La relación de precios del intercambio*

Es ésta una tesis primigenia de la CEPAL, sobre la cual se apoyaba, entre otras consideraciones, la necesidad ineludible de la industrialización. Expuesta de una



manera un tanto simple, despertó críticas que, a veces, contribuyeron a depurarla. Paso a exponer sus elementos primordiales, abordados ya en parte en un capítulo anterior.

Concierno primordialmente esa tesis a la debilidad que por lo general afecta a los productos primarios sobre todo los alimentos en los cambios estructurales de la demanda y la ocupación. La demanda de tales productos tiende a crecer con relativa lentitud comparada con la de los bienes industriales, que se diversifican cada vez más a medida que crece el ingreso por habitante. Análogas disparidades surgen en la demanda de servicios. Fenómenos son todos éstos que se acentúan con las grandes desigualdades en la distribución del ingreso.

La ocupación sigue, desde luego, a estos cambios en la demanda. Como se recordará, la fuerza de trabajo tiende a desplazarse de las actividades expelentes a las actividades absorbentes.

Ahora bien, este desplazamiento requiere un tiempo considerable. Y este lapso, como ya se sabe, se dilata tanto más cuanto mayor es el desperdicio del potencial de acumulación de capital, aparte de otros factores.

La fuerza de trabajo de estos estratos se encuentra en gran parte en la producción primaria de la periferia, y especialmente en la agricultura. Y al desplazarse hacia las actividades absorbentes, la competencia regresiva de la fuerza de trabajo que queda en tales estratos impide que aquella eleve sus ingresos en forma correlativa al incremento de productividad, como quedó explicado en el lugar pertinente.

Más aún, cuando gracias al progreso técnico, aumenta la productividad en los bienes primarios, el fruto de esta mayor productividad tiende a transferirse fuera de la agricultura. Para que esto no ocurriera, sería indispensable que las activida-

des absorbentes desempeñaran su papel con gran intensidad. Pero no sucede así.

¿A quiénes se transfiere, en mayor o menor grado, el fruto de la mayor productividad? Tiende a transferirse a los intermediarios en el proceso productivo o a los consumidores de los bienes finales que surgen de este proceso; pero si el recurso natural es escaso, esa tendencia se contrarresta y se eleva proporcionalmente la renta del suelo agrícola o minero.

Ahora bien, cuando se trata de productos primarios de exportación, la transferencia tiende a realizarse hacia afuera, por el deterioro relativo de los precios de tales productos comparado con el de los bienes diversificados que se importan. Esto concierno a las leyes del mercado. Si en una u otra forma se contraría su juego, se interrumpe, desde luego, la tendencia al deterioro. Tal es, en esencia, la tesis cepalina.

No se trata por cierto de algo inherente a los productos primarios sino de una tendencia que predomina durante un largo período de transición hasta que se llegue a la plena capacidad absorbente del sistema bajo el imperio de las leyes del mercado. Y a la industrialización le corresponde en este sentido un papel primordial.

Largo período de transición. Tan prolongado que aún los centros debieron tomar medidas para contrarrestar la tendencia al deterioro, sobre todo cuando fue intenso el aumento de productividad. Nos referiremos a ello cuando abordemos, en otro trabajo, las teorías neoclásicas.

Veamos ahora otro aspecto muy importante de este asunto, acerca de la diversificación que ya se ha mencionado. Recuérdese la secuencia de fenómenos. Productividad creciente y aumento del ingreso, desigual distribución de éste, desplazamiento progresivo de la demanda hacia los bienes que se diversi-

fican cada vez más. Pues bien, cuanto más intenso es el desplazamiento, tanto más pueden retener las actividades absorbentes el fruto de la productividad en forma de excedente; y tanto menos queda retenido ese fruto en las actividades expelentes.

Bien sabemos que la explicación de este último fenómeno radica en la abundancia de fuerza de trabajo en las capas técnicas de exigua productividad, así como en la insuficiencia del papel absorbente de la acumulación de capital. Podríamos suponer lo contrario, es decir, que el proceso absorbente se cumple con tal intensidad que los ingresos de la fuerza de trabajo habrían ido corrigiendo sus diferencias hasta llegar a ser iguales para ocupaciones de las mismas calificaciones técnicas, ya se trate de actividades absorbentes o expelentes de fuerza de trabajo. A medida que ello ocurriera, se iría modificando la tendencia a transferir el aumento de productividad de estas últimas, sin que descendan los precios relativos de sus bienes. Y mejoraría progresivamente la relación de ingresos entre actividades expelentes y absorbentes. Pero es ésta una hipótesis muy remota, dada la insuficiencia absorbente del sistema.

No basta pues el incremento de productividad para lograr el mejoramiento de la relación de ingresos. También es indispensable que la fuerza de trabajo pueda elevar sus remuneraciones para que absorba el incremento de productividad.

Por otra parte, llega con insistencia desde los centros la recomendación de aumentar la productividad en la agricultura. Por supuesto que hay que hacerlo mejorando la técnica, sobre todo en lo que atañe a los rendimientos de la tierra; pero ello dista mucho de ser suficiente, pues si no aumenta la capacidad

absorbente del sistema el incremento de productividad tenderá a transferirse, sea interna o externamente, según los productos. Y como este proceso requiere tiempo, compréndese que la fuerza de trabajo recurra a su poder sindical y político para compartir la mayor productividad. De todas maneras, la solución de fondo depende fundamentalmente del intenso empleo del potencial de acumulación. Y esto, como ya lo sabemos, es incompatible con la sociedad de consumo y su articulación cada vez más estrecha con las transnacionales, clara manifestación de aquella tendencia centrípeta del capitalismo, a la que aludimos al comienzo de este capítulo.

Mientras la fuerza de trabajo empleada en la agricultura no mejore su aptitud de compartimiento, el aumento de la productividad tenderá a transferirse fuera de ella o a elevar la renta del suelo, según fuese la intensidad de la demanda. Cuando la tenencia del suelo está concentrada en los estratos superiores, como sucede generalmente en la periferia latinoamericana, se fortalecerá la tendencia regresiva en la distribución del ingreso.

De aquí dimana un argumento que suele esgrimirse en los centros para oponerse a los acuerdos de estabilización de productos, aunque ellos no se propongan mejorar persistentemente la relación de precios, por cuanto alegan que ello significaría interferir artificialmente en las leyes del mercado para mayor ventaja de los privilegiados de la periferia. Ya se ha dicho, y por lo demás es bien sabido, que las fluctuaciones de origen exterior perjudican seriamente la regularidad del desarrollo en desmedro de todos. Más aún, el deterioro coyuntural de la relación de precios contribuye notablemente a acentuar en la periferia su insistencia en conseguir medidas que mejoren de modo persistente

esa relación. Parece conveniente detenerse un instante en este punto.

Al mejorar coyunturalmente la relación de precios y la relación de ingresos en las actividades exportadoras, se eleva el excedente de los propietarios de la tierra y también el de los ingresos de la fuerza de trabajo calificada. Aumenta pues su demanda de bienes diversificados y se adquieren nuevos hábitos de consumo. Cuando sobreviene el descenso, se torna muy difícil comprimir el consumo así acrecentado. Protéstase entonces contra la inequidad distributiva en el plano internacional, sin que suela pararse mientes en la inequidad interna.

Expresado de otra manera, la relación de precios se refiere a los bienes que antes se importaban y no a los nuevos bienes técnicamente más avanzados; éstos tienen por lo general precios más altos y en rigor son otros bienes. Es, desde luego, muy explicable que quienes los adquieren habiendo recuperado los mismos ingresos que antes, consideren que su situación ha empeorado. La relación de precios pudo haberse mantenido estable a través de las fluctuaciones cíclicas, pero se habrá deteriorado la relación de ingresos entre centros y periferia. Y también dentro de la misma periferia, entre las actividades expelentes y las absorbentes de fuerza de trabajo.

Los centros se oponen a esas interferencias en las leyes del mercado, llamadas artificiales, sosteniendo que beneficiarán a los grandes terratenientes que disfrutan de una cuantiosa renta del suelo. Si bien no sucede así en todos los casos, pues también participan numerosos productores medianos, y aun pequeños, en las actividades exportadoras, no podría negarse que ese argumento posee una cierta razón cuando se encara este problema bajo un prisma de equidad social del desarrollo.

Sin embargo, quienes obtienen esa cuantiosa renta del suelo forman parte de los estratos superiores sobre los que se sustenta la sociedad de consumo; y bien sabemos que las empresas transnacionales tienen con ella una estrecha vinculación.

Nueva prueba es ésta de cierta incongruencia de los centros. Pues las fluctuaciones de los precios, y mucho más su deterioro, comprometen seriamente el desenvolvimiento regular de la sociedad de consumo.

### *7. La concentración del poder y la hegemonía de los centros*

Decíamos en otro lugar que la tendencia centrípeta del capitalismo explicaba el retardo del desarrollo periférico. Y hemos explicado también las principales consecuencias que ello entraña, salvo las que atañen a las relaciones de poder, a las cuales nos dedicaremos ahora.

Mientras los centros acrecientan cada vez más su poder económico y político, la periferia queda siempre a la zaga. Y este creciente poder va acompañado de manifestaciones muy importantes de superioridad económica y tecnológica, así como del surgimiento de ideas, ideologías y nuevas formas culturales que tienden a extenderse a la periferia en esos procesos de propagación e irradiación a los que tanta importancia hemos atribuido en el desarrollo de aquélla.

Trátase, en fin de cuentas, del fenómeno histórico de hegemonía económica, política y estratégica de los centros, sobre todo del centro dinámico principal que se ha convertido en superpotencia capitalista.

Mucho antes de esto, los Estados Unidos constituían la potencia hegemónica

del continente, dispuesta siempre a evitar la intromisión de otras potencias en lo que consideraba —y sigue considerando— su propia esfera de influencia. No entraban entonces en el juego internacional diferencias fundamentales del sistema económico y social. Pero ahora gravitan fuertemente. Y la superpotencia socialista encuentra en la hegemonía de aquella otra, así como en el carácter conflictivo y excluyente del capitalismo periférico un flanco muy importante para perturbar con su propagación e irradiación ideológica la hegemonía de la superpotencia capitalista.

La promoción y defensa de los intereses de los centros hegemónicos se vale de muy diferentes formas de acción y persuasión: concesiones comerciales, recursos financieros, ayuda militar, ciertos medios de influir manifiesta o encubiertamente sobre la opinión pública y los gobiernos y, eventualmente, medidas punitivas que terminan a veces con el empleo de la fuerza.

Los centros, especialmente la superpotencia capitalista, emplean esas distintas formas de acción y persuasión de tal manera que los países periféricos, en muy diversos grados, se encuentran sometidos a decisiones tomadas en aquéllos o se ven constreñidos a tomar decisiones que de otro modo no tomarían, o dejar de tomarlas aunque pudieran hacerlo. Tal es el fenómeno de la dependencia que no ha de confundirse con otros elementos importantes en las relaciones centro-periferia.

No nos corresponde ocuparnos de los intereses políticos y estratégicos, por importantes que sean, sino de los intereses económicos.

Bien sabemos el papel principal que desempeñan las transnacionales en estos intereses económicos. En torno a ellas

existe en los centros una constelación de diversos intereses, entre los cuales hay un común denominador de solidaridad que, si no siempre es visible, aparece notoriamente cuando sobrevienen de tiempo en tiempo ciertos rozamientos conflictivos en las relaciones centro-periferia.

La gravitación de las transnacionales en la órbita estatal de los centros se encuentra siempre en el trasfondo de estas relaciones. Y gracias a ello y a su superioridad económica y tecnológica, su influencia en la periferia suele ser considerable y adquieren gran poder político interno, aun cuando no participan manifiestamente en el juego de partidos; poder político que a veces sobrepasa al de las empresas del país e influye considerablemente sobre las decisiones de los gobiernos periféricos.

Las transnacionales tienen asimismo fuerte gravitación en la prensa y demás medios masivos de difusión social, sobre todo por su estrecha articulación a la sociedad privilegiada de consumo. Esta influencia trasciende la esfera de los intereses económicos y se proyecta a veces en promoción o defensa de ciertos intereses políticos o estratégicos de la superpotencia capitalista, ya se trate de apoyo manifiesto o de discreta renuencia a críticas perturbadoras. Todo ello, por supuesto, con la colaboración de algunas agencias noticiosas internacionales muy diestras en la selección o presentación de informaciones o en la orientación sutil del comentario.

En cuanto atañe a los intereses económicos de las transnacionales, las decisiones más importantes de éstas se toman en los centros atendiendo a sus intereses globales, que pueden o no coincidir con los intereses del desarrollo. Así desde este último punto de vista en un determinado país periférico podría ser económicamente conveniente promo-

ver ciertas ramas de producción o de exportación, aunque otros países tengan condiciones más favorables de economía.

Esto concierne tanto a otros países periféricos como sobre todo a los centros. Según ya se ha explicado, las transnacionales prefieren explotar en estos últimos sus incesantes innovaciones, dejando a la periferia aquellas de segunda línea, que han dejado de serlo. No han contribuido pues, como pudo esperarse, a desenvolver intensamente las exportaciones industriales a los centros.

Hay casos en que las decisiones no se toman por las transnacionales sino por los gobiernos de los centros guiados por sus propios intereses y sin considerar su incidencia desfavorable sobre los intereses periféricos. Vienen siempre al recuerdo disposiciones de aquellos que prohíben exportar a determinados países o elaborar materias provenientes de países a los que el centro principal, seguido o no de los otros, aplica medidas punitivas. Como tampoco podría olvidarse aquellas instrucciones que, inspiradas en razones de desequilibrio exterior, llevaron inoportunamente a reparar ganancias obtenidas en la periferia.

Países de grandes dimensiones y extensos mercados, o que tienen abundantes recursos naturales escasos en el mundo, se encuentran en mejores condiciones para circunscribir esa penetración a determinados campos de actividad y negociar las condiciones en que ello se hace. Tanto más si sus dirigentes tienen gran sentido presente y futuro del interés nacional, y saben emanciparse de aquellas concepciones doctrinarias que atribuyen a las transnacionales un papel muy diferente al que en realidad tienen en el desarrollo periférico.

Es notorio el empeño de los gobiernos de los centros de alentar la expansión

periférica de las transnacionales. Ponderan su significación dinámica, tanto en la así llamada modernización de los países, como en la internacionalización de la producción. Esta actitud suele ir acompañada de algunas concesiones comerciales a países periféricos, así como de recursos financieros, sea por cauces bilaterales o multilaterales.

Gracias a su superioridad económica y tecnológica, en las concesiones para la explotación de recursos minerales o petrolíferos, las transnacionales han podido captar una parte considerable del excedente. Y si bien los países periféricos han adquirido, con el andar del tiempo, una aptitud negociadora que antes era muy débil, la imagen pretérita de las transnacionales sigue proyectándose adversamente en la opinión pública, ya se trate de recursos naturales o de la penetración de aquellas en la industria y otras actividades internas.

En la industria, a la capacidad bien reconocida para generar excedentes se añade con frecuencia la protección o el subsidio, aunque se justifiquen menos que en el caso de la empresa nativa debido a la mayor productividad de las transnacionales.

Por lo demás, el hecho mismo de explotar sus innovaciones permite a tales empresas limitar la competencia y ensanchar sus excedentes. Y la extensión de sus operaciones a múltiples países hace posible ciertos arreglos o prácticas que suscitan muy explicables interrogantes por su posible incidencia adversa al desarrollo. A todo esto contribuye el secreto que rodea tales operaciones y la suspicacia que trae consigo y que suele agrandarse por las dimensiones impresionantes de las transnacionales.

Decíamos que las innovaciones facilitan las restricciones de la competencia interna. Pero además, en el comercio

exterior, suele haber entendimientos tácitos o explícitos entre empresas en materia de precios o de márgenes de operación en franco beneficio de su excedente.

Más de una vez hemos mencionado que las transnacionales exaltan la sociedad de consumo. Pero no tienen la virtud de crearla. No podría darse esta última sin las grandes disparidades distributivas cuyo origen está en la estructura social de la periferia. Las transnacionales suelen aprovecharlas con reconocida habilidad.

Sería muy incorrecto pensar que la periferia se resigna siempre a considerar que éstos y otros problemas constituyen una realidad incontestable en la cual hay que vivir. Llámese nacionalismo o no, lo cierto es que la conciencia de la propia identidad de aquella y de la autonomía de sus decisiones suele manifestarse sobre todo cuando avanza la democratización. Pero son muy diferentes las posibilidades de traducir esa conciencia en actitudes concretas.

No corresponde realizar aquí un examen sistemático sino mencionar algunos casos muy significativos, como el de países que tratan de atraer las transnacionales en ciertas líneas de su industrialización, en tanto que dejan reservada a la empresa pública la explotación de ciertos recursos o actividades básicas. Conviene destacar asimismo el resultado positivo que se ha logrado al establecer el compromiso de exportar una determinada cuota de la producción de ciertas transnacionales a fin de disfrutar de un mercado interno creciente y promisor.

Es claro que la fragmentación de la periferia constituye un serio obstáculo a una política de esta naturaleza, así como al papel eficaz que las transnacionales podrían tener en el desenvolvimien-

to de ciertas líneas importantes del intercambio recíproco.

### 8. *Subdesarrollo y dependencia*

Hemos presentado una definición de las relaciones de dependencia para prevenir confusiones que no son infrecuentes. Atribúyese así el llamado subdesarrollo a la dependencia. Es confundir dependencia con periferia. La periferia abarca a la vez los fenómenos de dependencia y las tendencias excluyentes que caracterizan el subdesarrollo así como las de carácter conflictivo. Como se dijo en otro lugar, si desaparecieran los primeros por arte de encantamiento, subsistirían aquellas tendencias excluyentes y conflictivas.

Por el contrario, si la dinámica del capitalismo fuera como suele imaginarse y las transnacionales invirtieran y reinvirtieran indefinidamente en la periferia, se acentuaría la capacidad absorbente del sistema y se eliminaría progresivamente el subdesarrollo. Por donde se llegaría a esta conclusión paradójica: ¡cuánto mayor fuera la dependencia, tanto mayor sería la eficacia social del sistema!

Pero el sistema no funciona así. Y las transnacionales no persiguen el designio de conseguir esa eficacia sino el de recoger tarde o temprano la cosecha de sus inversiones.

Quienes atribuyen el subdesarrollo a la dependencia olvidan un hecho muy importante que hemos explicado con insistencia en este escrito, a saber, que el carácter excluyente del capitalismo periférico, y también su tendencia conflictiva, se deben primordialmente al desperdicio interno del potencial de acumulación de capital, debido en gran parte a la sociedad de consumo y a las grandes disparidades distributivas sobre

las que se asienta. Sin estas disparidades las transnacionales no encontrarían un campo tan fértil de expansión periférica.

No carguemos, pues, a responsabilidades ajenas lo que corresponde a la misma periferia. La responsabilidad de los centros es muy grande; también la de la periferia. Es una responsabilidad compartida. Carece de objetividad pensar en otra forma. Pero no cabe duda que al reflejarse en la periferia la controversia ideológica de las dos superpotencias y atribuir el subdesarrollo a la dependencia, no deja de ser un argumento político persuasivo.

La dialéctica tiene en verdad recursos inagotables. Puesto que la técnica y las formas de consumo vienen de los centros —se nos dice— a éstos se debe en última instancia el subdesarrollo periférico. ¿Y por qué no ir más lejos y atribuir el mal a los científicos de los centros, a cuyo esfuerzo se debe el estupendo desenvolvimiento de las técnicas de producción y consumo? ¿Y también las técnicas que defienden y prolongan la vida humana!

Igualmente peregrina es otra idea según la cual la prosperidad de los centros se debe a la succión de ingresos de la periferia. Esto último tiene gran importancia para esta última. Pero atribuirle tal consecuencia significa ignorar las consecuencias del enorme progreso tecnológico de aquéllos, no exento, desde luego, de los males característicos de su ambivalencia.

En verdad, es incommensurable la herencia científica, tecnológica y cultural que ha recibido la periferia. El problema no está allí sino en la pasividad de esta última, en el carácter francamente imitativo de su capitalismo. No se trata de prescindir de esa herencia que se agranda y renueva incesantemente sino

de aprovecharla con sentido de adaptación creadora.

### 9. *La dependencia cultural*

Cabe por cierto esa adaptación en la técnica, según ya se expresó. Pero lo fundamental está en aprovechar a fondo su potencial de acumulación. Se malogra en la sociedad de consumo, en el crecimiento desproporcionado del Estado, en la succión de ingresos por los centros. En nuestro afán de desarrollarnos a imagen y semejanza de estos últimos, no se ha sabido crear formas propias y auténticas para influir deliberadamente y con claros objetivos sobre las fuerzas del desarrollo.

Es cierto que los fenómenos de propagación e irradiación de los centros son cada vez más intensos. Y no aparecen solamente en el campo de la economía sino también en muy diversas manifestaciones culturales gracias, principalmente, a los medios masivos de comunicación y difusión social. Problema éste muy serio, del cual se han ocupado pensadores que tienen una autoridad de que yo carezco. Pero me aventuro, sin embargo, a anotar estas breves observaciones. El vigor de la personalidad de un país periférico depende en gran parte de su aptitud para aprovechar aquella herencia cultural a que hacemos referencia y contribuir con capacidad creadora a elaborar su propia cultura. Sin negar en modo alguno que en ello hay factores internos de gran significación, no cabría desconocer la influencia de los medios técnicos de comunicación y difusión social. Propagan e irradian las manifestaciones intelectuales y artísticas de los centros no solamente por su valor intrínseco, sino también por la superioridad de tales medios técnicos, por el sentido de interés económico que suele guiarles y también por su intención ideológica. Es

tarea muy difícil aunque no imposible sobreponerse a estos fenómenos de propagación, sobre todo en una periferia fragmentada.

Si hemos discurrido siempre de propagación e irradiación es para señalar una distinción importante. La propagación obedece a un fenómeno deliberado, en el cual aquellos medios masivos son poderosos, en tanto que la irradiación es espontánea. Con frecuencia, sin embargo, estas dos formas se combinan de un modo inextricable.

#### 10. *La dependencia ideológica*

Tal es el caso que nos atañe muy de cerca, esto es, las ideas e ideologías de los centros. Ha sido y sigue siendo muy fuerte la irradiación espontánea de lo que se piensa y escribe en ellos. Pero también hay una acción deliberada y sistemática de propagación.

Data de mediados del siglo XIX la irradiación intelectual de las teorías neoclásicas sobre las cuales se basa la versión contemporánea del liberalismo económico, de que nos ocuparemos en otro momento. El neoclasicismo, además de su sentido intrínseco, significa una alternativa a las teorías marxianas. Es y sigue siendo poderosa la irradiación espontánea de estas dos teorías en la periferia. Pero es también muy intensa la propagación deliberada en la contienda ideológica entre las dos grandes superpotencias.

Es cierto que el liberalismo económico se encuentra muy aderezado en la praxis. Su manifestación más importante en la periferia suele ser la supresión del poder sindical y político de la fuerza de trabajo para superar la crisis del sistema. Claro divorcio con el liberalismo democrático.

No se comprende generalmente en la superpotencia capitalista que el liberalismo económico y las relaciones de dependencia son incompatibles con el avan-

ce de la democratización y el ejercicio inseparable de los derechos humanos. Para los muchos que sufren las consecuencias de esta incompatibilidad son un gran alivio las manifestaciones de solidaridad humana que llegan sobre todo del centro principal del capitalismo cuando se violan esos derechos. Y con alguna imaginación, con alguna esperanza piadosa, podría verse en ellos indicios de cambios fundamentales de actitud frente a la periferia, y, si se quiere, a las transformaciones de fondo que ella requiere para hacer compatible el vigor y la equidad del desarrollo con un genuino proceso de democratización. La prédica democrática es de suprema importancia pero dista mucho de ser suficiente. Como no bastan actos de exorcismo internacional para eliminar aquellas violaciones de los derechos humanos, sobre todo cuando la represión hace posible restablecer en algunos casos la armoniosa articulación de las transnacionales a la sociedad de consumo.

Tal es la opción del liberalismo económico que se ofrece para superar la crisis, consolidando la inequidad social. No es extraño pues que seduzca la opción opuesta. Pero es notoria, a la luz de la experiencia, la angustiada perplejidad de quienes esperaban que la concentración y gestión de los medios productivos en manos del Estado traería consigo el desenvolvimiento de la democracia y todo lo que ella representa para la libertad personal. Bien sabemos, sin embargo, que ello exige una concepción muy diferente del régimen político y de los derechos humanos.

Entre esas dos opciones tan opuestas, alentadas por la contienda ideológica de las dos grandes superpotencias, se presenta la irradiación ideológica de la democracia redistributiva. Los partidos políticos que en Europa Occidental encarnan esa ideología, han emprendido también un esfuerzo de propagación y de



apoyo a los partidos que en la periferia se empeñan en lograr el restablecimiento institucional, cuando impera un régimen de fuerza, o para prevenir su irrupción. Esta tendencia a la internacionalización democrática podría tener un valor incalculable, además de su significación inmediata. Sin embargo, lo que se justifica plenamente en la Europa occidental no responde del todo a las exigencias de la realidad periférica. Salir de un régimen de fuerza y restablecer la normalidad institucional abriendo paso a una democracia redistributiva sin transformaciones fundamentales del sistema, sería exponerse nuevamente al advenimiento de otra crisis, en el curso posible de otro ciclo político. Se impone la transformación del sistema para acumular con mucha más intensidad que ahora, o en otros términos, para aprovechar a fondo el potencial de acumulación del excedente y cambiar la composición del capital que se acumule. Tal tiene que ser el punto de partida de una distribución dinámica y racional del ingreso sin perjuicio de medidas inmediatas de mejoramiento de los estratos inferiores. Transformación del sistema y transformación institucional del Estado.

Se requiere un esfuerzo tenaz de persuasión hacia afuera, pero tendremos que comenzar a persuadirnos a nosotros mismos. Persuadirnos de que es posible transformar el sistema para hacer compatible la equidad, el vigor del desarrollo y el avance y consolidación del proceso democrático. De todo ello espero ocuparme en otro trabajo.

### 11. *Una visión de largo alcance*

Mientras tanto quisiera terminar este capítulo con una reflexión final. En mi ya dilatada existencia de funcionario nacional primero, e internacional des-

pués, he visto a la superpotencia capitalista, y aun cuando todavía no lo era, incurrir en tremendos errores frente a la periferia y muy especialmente a la periferia latinoamericana que, por cierto, no está exenta de ellos. Y considero que el más grande de esos errores, el de más importante significación futura, tal vez un futuro no muy lejano, es jugar todas sus cartas en favor de un sistema cada vez más vulnerable desde el punto de vista social y político. Y sobre todo desde el punto de vista ético. Sistema que está cada vez más expuesto a la subversión, la represión y la claudicación democrática.

Compréndese la preocupación estratégica de la superpotencia capitalista de evitar que las ideologías de la superpotencia socialista influyan en movimientos políticos periféricos que, llegados al poder, buscarán naturalmente el apoyo de esta última con las consecuencias de diversa naturaleza que es dable imaginar. Pero no quisiera caer en gastados argumentos de la guerra fría. Aunque pudieran evitarse fenómenos de propagación deliberada en una concebible separación de esferas —nueva manifestación de dependencia— la irradiación ideológica continuará siendo fuerte frente a las grandes fallas del capitalismo periférico. Irradiación de ideologías de hoy o, acaso, de ideologías de mañana.

Por mucho que la acción antisubversiva, la represión interna y el empleo exterior de la fuerza tengan eficacia circunstancial, es evidente que ataca los síntomas pero no las causas profundas. De ahí la necesidad de una visión de largo alcance, si es que en esta era nuclear siguen teniendo valor ciertas consideraciones políticas y estratégicas de la superpotencia capitalista en este hemisferio. Consideraciones de largo alcance que contrasten con la visión muy estrecha que se manifiesta en el juego de los intereses económicos en las relaciones

centro-periferia. Hay pues en la actitud de los centros frente a la periferia latino-americana una flagrante contradicción que no ha sabido aún resolverse.

Se impone una visión de largo alcance en tales relaciones que, sin menoscabar necesariamente intereses económi-

cos fundamentales de los centros, trate de encontrar amplias zonas de coincidencia que, además de ser compatibles con la autonomía del desarrollo periférico permitan ir superando la dependencia y abriendo paso a formas progresivas de interdependencia.

## VI

### La crisis del sistema

#### 1. *La dinámica del sistema y la vulnerabilidad del excedente*

Muy diversas son las vicisitudes a las que está expuesto el sistema. Pero cuando hablo de su crisis me circunscribo a aquel fenómeno donde la exacerbación de la pugna distributiva, a falta de un consenso político, muy difícil por lo demás, lleva al empleo de la fuerza para restablecer su dinámica.

La tendencia del sistema a la crisis es una expresión de las mutaciones estructurales que ocurren en el mismo y los cambios concomitantes en las relaciones de poder. Cuando en esas mutaciones se desenvuelve el poder sindical y político de los estratos intermedios, en contraposición al poder de los estratos superiores, la pugna distributiva va adquiriendo cada vez mayor intensidad, hasta desembocar en aquel desenlace crítico.

Por este motivo hemos subrayado con insistencia el papel que desempeña el proceso de democratización. Mientras es incipiente, o está contenido en una u otra forma, el poder sindical y político de la fuerza de trabajo no existe o es muy débil. Y el sistema, desde el punto de vista distributivo, funciona sin mayores trastornos.

No se interprete, sin embargo, que el

origen de la crisis radica exclusivamente en el empeño puesto por la fuerza de trabajo, desfavorecida por las leyes de mercado, por mejorar su compartimiento del fruto de la creciente productividad, ya sea mediante el aumento de sus remuneraciones o acudiendo a los resortes del Estado para conseguir ocupación y mejorar los ingresos. Pues ella recurre también a su poder sindical y político para resarcirse del efecto adverso que, sobre las mejoras ya obtenidas, tienen otros factores. Desde luego que cuando ese poder carece de importancia, estos últimos factores pueden actuar sin que la fuerza de trabajo ofrezca resistencia significativa. El sistema podrá experimentar perturbaciones, pero sin llegar a una crisis que comprometa a fondo su dinámica.

La dinámica se compromete cuando la pugna redistributiva afecta adversamente la acumulación de capital y la capacidad de consumo de los estratos superiores y los tramos más altos de los intermedios. Recuérdese lo ya explicado en otro lugar acerca de la evolución del excedente. Hay fases estructurales durante las cuales el excedente global crece con un ritmo superior al del producto por la debilidad redistributiva de la fuerza de trabajo. Pero conforme se desenvuelve el

poder sindical y político y se va corrigiendo esa debilidad, sea para resarcirse de lo perdido, o para mejorar su participación, va disminuyendo el ritmo de crecimiento del excedente hasta igualar el ritmo de crecimiento del producto global. Llegase de esta suerte a un límite que no es posible superar, pues si prosigue la presión sindical y política, disminuirá el excedente con respecto al producto.

Es preciso comprender con claridad la significación de esto último. Antes de llegar a ese límite, el consumo de los estratos superiores también estuvo creciendo con ritmo mayor al del producto. En consecuencia, en el límite es aún considerable la materia redistribuible, por decirlo así. Pero la sociedad de consumo se empeña en defender su privilegio, y antes de admitir esa comprensión, que también afectaría la acumulación de capital, reaccionará elevando los precios. Comienza así la espiral inflacionaria que, tarde o temprano, conduce al empleo de la fuerza.

La verdad es que ningún sistema puede desenvolver su dinámica sin el incremento de la acumulación. Sólo que, dada la indole del capitalismo periférico, para recuperar la dinámica comprometida, haya que restablecer también la sociedad consumista y ello se cumpla a expensas de la participación lograda por la fuerza de trabajo.

Intentaremos explicar ahora estos fenómenos. Comenzaremos por los factores internos que conducen a la crisis, para abordar después los factores externos que suelen combinarse con ellos. Si empezamos por los primeros no lo hacemos sólo por razones metodológicas, sino también para demostrar que su solo juego basta para desencadenar aquel fenómeno. Los factores externos, según su signo e intensidad, pueden mitigar o acentuar las consecuencias del juego de relaciones de poder.

## 2. Los factores internos de compartimiento

Los factores internos se manifiestan en la órbita del mercado y en la del Estado, a medida que se desenvuelve el poder sindical y político de los estratos intermedios, poder que sólo llega a los estratos inferiores cuando les alcanza tardíamente a ellos el proceso de democratización.

En la órbita del mercado el poder sindical pugna por mejorar las remuneraciones, defender el mejoramiento ya conseguido y, por tanto, el consumo privado de dichos estratos intermedios; el poder sindical, como se sabe, permite a la fuerza de trabajo no favorecida por las leyes de mercado contrarrestar la competencia regresiva de quienes se encuentran en capas técnicas inferiores. El incremento de consumo así logrado, mientras no se alcanza el límite crítico, no se hace a expensas del consumo de los estratos superiores, sino que se le superpone. En realidad los estratos desfavorecidos consumen casi todo lo que obtienen en la pugna y no contribuyen a la acumulación de capital reproductivo. En la medida en que ahorren, lo harían en su mayor parte en forma de capital consuntivo. Prescindimos de este último en nuestro análisis, pues ello no invalida nuestro razonamiento.

También se encuentran manifestaciones de poder sindical en la fuerza de trabajo favorecida por su poder social cuando, además de los efectos de éste, elevan sus remuneraciones mediante restricciones de ingreso en ciertas actividades o a su ejercicio. También aquí se trata de incremento de consumo, si bien en la fuerza de trabajo de los estratos superiores suele haber inversiones de capital reproductivo, además de consuntivo.

En la órbita del Estado, los estratos intermedios, gracias a su poder político,

desenvuelven diferentes formas de compartimiento del fruto de la mayor productividad; tratan así de conseguir servicios que les favorezcan especialmente, de ampliar las dimensiones de éstos y de otros servicios, y de insertar espuriamente en todos ellos fuerza de trabajo innecesaria.

Veamos ahora la significación de estos tres aspectos que acabamos de mencionar.

Los servicios que los estratos intermedios procuran desenvolver en su favor conciernen sobre todo a su consumo social en materia de educación, salud, seguridad social y vivienda. Como en el caso del ejercicio del poder sindical, este mejoramiento se superpone al consumo de servicios del Estado por los estratos superiores de ingresos en virtud de su poder político.

Pero además hay otro factor muy importante. Las actividades del Estado no están sujetas a los mismos criterios de economicidad que prevalecen en la órbita del mercado. Como ya se dijo en otro lugar, obedecen a una dinámica propia que lleva a exagerar sus dimensiones, tanto por la influencia del avance tecnológico en las actividades estatales, como por impulsos de crecimiento burocrático, más allá de lo que justifican las necesidades colectivas.

Esta dinámica de los servicios del Estado favorece, además, la absorción espuria de fuerza de trabajo, y en ello influye, asimismo, el poder político de los estratos intermedios. Es un fenómeno donde se manifiesta sobre todo la incapacidad del sistema para absorber, en forma genuina, el incremento de la fuerza de trabajo debido a la insuficiente acumulación de capital. Pero también concierne a la fuerza de trabajo con calificaciones convencionales que, por razones de tradición o de prestigio social,

se inserta en el Estado empleando para ello su influencia política.

Los criterios de economicidad a los cuales nos hemos referido, llevan en la órbita del mercado a un grado de eficiencia generalmente superior a la del Estado, sobre todo cuando las empresas públicas se encuentran afectadas por razones de orden político. Pero sería incorrecto este cotejo si prescindieramos de una observación no exenta de importancia. Es cierto que la eficiencia económica contribuye a acrecentar el excedente global; pero una parte importante de éste se malogra en la sociedad consumista, de manera que también contribuye notablemente a la ineficiencia social del capitalismo periférico, con efectos similares a los que surgen de la ineficiencia económica de los servicios del Estado.

Hemos mencionado las inversiones del Estado. Las hay, como las de infraestructura, que contribuyen al aumento de la productividad; en tanto que otras entrañan desperdicio de capital, sobre todo las inversiones conspicuas o monumentales; los recursos que a ellas se desvían tienden, en última instancia, a menoscabar cada vez más el excedente cuando avanza el poder de compartimiento de la fuerza de trabajo.

Finalmente, se registran aumentos de precios que si bien en su origen son ajenos a la pugna distributiva, contribuyen a acentuarla; aquí conviene citar, ante todo, por su cuantía y persistencia el caso de la renta del suelo. Ya se ha explicado en otro lugar cómo el crecimiento de la demanda de espacio, debido al aumento de la población urbana y su concentración, así como el aumento general de productividad, tienden a elevar la renta del suelo en las ciudades. El encarecimiento de los servicios del suelo, por decirlo así, influye de dos formas sobre el excedente. Por un lado, encarece los costos que las empresas tratan de tras-

ladar a los precios; por otro, se elevan los arrendamientos que paga la fuerza de trabajo. En uno y otro caso esta última se empeñará en mejorar sus remuneraciones cuando dispone de poder para hacerlo. Los efectos, por supuesto, son adversos al excedente.

Un fenómeno similar se manifiesta cuando la demanda interna de productos agrícolas, si no viene acompañada de aumentos de productividad o de la extensión de la superficie cultivada, trae consigo el aumento de los precios.

Hay otros factores externos que tienen una incidencia parecida, pero no ha llegado aún el momento de ocuparnos de ello.

### 3. *Las relaciones de poder y las cargas fiscales*

Las relaciones de poder determinan en gran parte la índole de los servicios del Estado, salvo los de carácter general que conciernen a toda la colectividad, aunque en medida desigual. Sobre estos últimos servicios influyen mucho menos que sobre los otros, o no influyen, las relaciones de poder. Sin embargo, éstas tienen siempre gran importancia para la obtención de los recursos fiscales, necesarios tanto para costear dichos servicios, como para las inversiones del Estado.

Ya sabemos, por otro lado, que las relaciones de poder acompañan a las mutaciones de la estructura social. Cuando durante las fases iniciales de estas mutaciones no existe, o es incipiente, el poder sindical y político de la fuerza de trabajo, los recursos necesarios para sufragar los desembolsos del Estado recaen en gran parte sobre los estratos intermedios e inferiores, ya se trate de servicios que responden a los intereses generales o a los de los estratos superiores. Pero con el tiempo, aquéllos van

adquiriendo capacidad para resarcirse, sobre todo los estratos intermedios, y gracias a su poder sindical y político se empeñan en trasladar hacia los estratos superiores una parte de la carga fiscal.

Sin embargo, es un hecho evidente que en los compromisos políticos entre unos y otros estratos, gran parte de los gastos relativos al consumo social se cubren con gravámenes que recaen sobre tales estratos intermedios, aunque no necesariamente sobre la misma gente a que benefician; y a veces también, sobre los estratos inferiores que no obtienen u obtienen muy parcialmente esos beneficios.

En resumidas cuentas, estos gravámenes impulsan a la fuerza de trabajo a tratar de resarcirse apelando a su poder sindical.

Ahora bien, en ese proceso que intenta desplazar hacia arriba la carga fiscal se presentan dos casos importantes.

Cuando se trata de la fuerza de trabajo que ha adquirido calificaciones, como consecuencia principalmente de su poder social, y si su demanda responde a las exigencias crecientes de la propagación de la técnica, las remuneraciones tienden a aumentar en forma correlativa, sin necesidad de poder sindical para resarcirse de una parte, cuando no de toda la carga fiscal. Distinto es el caso de aquella fuerza de trabajo con calificaciones convencionales, y cuya debilidad en materia de demanda con respecto a la oferta no le permite ese resarcimiento. Debe acudir entonces a su poder político o sindical para lograrlo.

Si la fuerza de trabajo favorecida por las leyes del mercado no necesita poder sindical para resarcirse de la carga fiscal, la fuerza de trabajo desfavorecida en el juego del mercado si necesita tenerlo y lo logra con mayor o menor intensidad a medida que fortalece su poder en el avance de la democratización, en

cuyo caso todas estas presiones recaen sobre el excedente. Otro tanto ocurre con la carga fiscal que grava a los propietarios de los medios productivos en forma de impuestos sobre sus ingresos provenientes del excedente, sea de las mismas empresas donde se genera, o también, de otras empresas hacia donde se desplaza en el proceso circulatorio del excedente.

#### 4. *El límite crítico del sistema y la espiral inflacionaria*

De esta manera nos vamos acercando al límite crítico del sistema. Para comprender los fenómenos que entonces ocurren, conviene recordar una exigencia ineludible en la dinámica de aquél. Para que funcione regularmente la sociedad de consumo es indispensable que el excedente crezca por lo menos con un ritmo igual al del producto global. Si así no fuera, si la presión de los estratos intermedios en las distintas maneras de compartimiento que acabamos de ver, y la carga fiscal que recae sobre el excedente, impidieran cumplir esta exigencia, el debilitamiento de este último aparejaría la disminución del ritmo de acumulación y ello arrastraría al producto hacia abajo, y también comprimiría la parte del excedente dedicada al consumo de los estratos superiores. En este caso las empresas tratarían de recuperar el excedente elevando los precios para restablecer la dinámica del sistema.

Que el alza de precios pueda lograrse efectivamente en el mercado depende en último término de la respuesta de la autoridad monetaria, que tiene en este caso dos opciones: restringir el crédito a fin de impedir la elevación de los precios, según la fórmula tradicional; o consentir su expansión para permitir el alza. Trátase, desde luego, de decisiones de considerable importancia.

Si se optase por lo primero, a las em-

presas no les quedará otra manera de hacer frente al incremento de las remuneraciones que acudiendo al excedente. En este sentido, basta recordar el mecanismo de captación monetaria de este último para comprender las serias consecuencias de tal actitud. En efecto, para acrecentar la producción futura es preciso aumentar la ocupación presente. Los mayores ingresos que de ello se derivan se traducen en un incremento de demanda que permite absorber el incremento presente de la producción. Esta demanda debe ir acompañada de la correspondiente expansión monetaria; de otra forma, si la autoridad monetaria no respondiera positivamente y las empresas tuvieran que acudir al excedente para pagar el aumento de ingresos de la fuerza de trabajo no habría tal incremento de la demanda, puesto que su aumento, resultante de los mayores ingresos pagados a la fuerza de trabajo, estaría compensado por la disminución de la demanda de quienes disponen del excedente. La demanda resultaría por lo tanto insuficiente para absorber el incremento de producción y disminuirían los precios. Tal es en síntesis, la explicación que ofrecemos en el capítulo correspondiente.

Pues bien, para el caso que estábamos considerando, si al incremento de producción se añaden los efectos del aumento de remuneraciones, tendría que ser mayor entonces el crecimiento de la demanda para que aquél fuese absorbido por el mercado. Y asimismo tendría que ser mayor la expansión monetaria para que tales aumentos de remuneraciones puedan trasladarse a los precios. De lo contrario, éstos disminuirán con la consiguiente contracción productiva.

En este fenómeno debe señalarse algo más serio que las contracciones coyunturales que suelen ocurrir en el sistema por factores diferentes, pues éste tiene capacidad espontánea para superarlas. Pero no sucede así en el caso que acaba de conside-

rarse. El menor nivel de actividades resultante de la contracción tenderá a persistir indefinidamente si la autoridad monetaria no accede a la expansión; y son bien conocidas las consecuencias adversas que ello trae aparejado. Por lo tanto tarde o temprano aquélla se verá llevada a cambiar de actitud por imposición de los acontecimientos, siempre que no resultara practicable, en virtud del poder sindical, comprimir las remuneraciones. El alza de los precios y la inevitable devaluación monetaria permitirían lograr el restablecimiento del excedente.

Debe comprenderse, sin embargo, que para que esto último ocurra sería indispensable que las remuneraciones no vuelvan a subir en proporción al alza de los precios. Trátase de una exigencia técnica sin cuyo cumplimiento no podría evitarse la espiral inflacionaria.

El problema que esto suscita no es, sin embargo, de índole simplemente técnica, sino que entraña una gran significación social. En efecto, el restablecimiento de la dinámica del excedente no sólo permite recuperar la capacidad de acumulación del sistema, sino también el desenvolvimiento de la sociedad consumista. Esto quiere decir, en fin de cuentas, que para que se recupere el consumo privilegiado de los estratos superiores, es necesario comprimir el consumo de una parte considerable de la fuerza de trabajo que había ejercido el poder sindical y político de compartimiento. Aquí se encuentra a mi juicio una falla fundamental del sistema. Pero no nos adelantemos a lo que se examinará en el lugar pertinente de este mismo capítulo. Bástenos expresar que, dada la índole del sistema para cumplir la existencia técnica que consiste en evitar el aumento de las remuneraciones a fin de prevenir la espiral inflacionaria debe recurrirse al empleo de la fuerza a fin de doblegar el poder sindi-

cal y político. ¡Tal es la fatalidad de un sistema excluyente y conflictivo!

Decíamos antes que el designio de las autoridades monetarias de evitar la inflación aplicando el freno de una política restrictiva, termina por imponer, tarde o temprano, la expansión monetaria. Encuéntrase aquélla de esta manera frente a un dilema insuperable: admitir desde el principio la expansión inflacionaria, o verse forzada a caer después en ella por obra de las circunstancias.

Comoquiera que sea, la espiral inflacionaria, antes que lograr el restablecimiento de la dinámica del sistema, termina por su dislocación económica y su desintegración social. Son bien conocidos estos fenómenos, aunque conviene recordar aquí, sucintamente, algunos puntos muy significativos para nuestro análisis.

Ante todo, el alza de remuneraciones para compensar la elevación de los precios no permite restablecer la dinámica del excedente hasta que los precios vuelvan a subir. Pero la recuperación del excedente resulta efímera, pues acarrea a su vez otro aumento de las remuneraciones en el curso de la espiral. Con ello se resienten la acumulación y el ritmo de desarrollo con todas las consecuencias adversas que esto trae aparejado, entre ellas la evasión de fondos al exterior.

En seguida, las tentativas de contener las consecuencias de la inflación estabilizando los precios, o manteniendo el valor exterior de la moneda, o impidiendo el necesario reajuste de las tarifas de servicios públicos, o absteniéndose de aumentar las tasas impositivas, terminan tarde o temprano por dar nuevo impulso a la espiral inflacionaria.

La pugna distributiva se torna cada vez más conflictiva a medida que se va extendiendo la capacidad de resarcimiento de los grupos sociales rezagados, de manera que la espiral adquiere todavía mayor violencia.

Y esta verdadera anarquía de compartimiento debilita seriamente el incentivo que tienen en las empresas para efectuar nuevas inversiones y desalienta a la fuerza de trabajo para aumentar la productividad.

Todo ello desarrolla condiciones propicias al empleo de la fuerza para recuperar la normalidad.

### 5. Los factores externos

Ahora vamos a considerar los principales factores externos que influyen sobre estos fenómenos, pero ya no se trata del efecto de factores que contribuyen a comprimir el excedente, sino de factores que afectan la cuantía misma del excedente. En este caso, tampoco podrá lograrse la recuperación dinámica del sistema sin consecuencias adversas para la fuerza de trabajo.

Tres son los factores principales que afectan de esta manera el excedente; a saber: las fluctuaciones cíclicas de origen exterior y el deterioro coyuntural de la relación de precios del intercambio, el deterioro estructural de la misma relación, y el movimiento negativo en el aporte de recursos financieros internacionales.

Para examinar el primer factor conviene recordar lo expresado en otro capítulo acerca del excedente en las actividades exportadoras. Trátase de un excedente considerablemente influido por el ciclo de los centros y sus fluctuaciones de precios.

En la fase ascendente de la coyuntura periférica al aumento de origen exterior del excedente, provocada por el alza del valor de las exportaciones, se agrega el que surge como resultado del proceso productivo interno y se acrecienta así el excedente global, con el consiguiente incremento de la capacidad de acumulación y de consumo, sobre todo de los estra-

tos superiores, tanto por las consecuencias directas como por las indirectas de esta aportación suplementaria. Hay en ello un mayor margen para que los estratos intermedios puedan mejorar según su poder sindical y político su capacidad de compartimiento.

Cuando sobreviene la fase coyuntural de descenso, el excedente se reduce por la contracción de las exportaciones; pero, como mientras tanto había aumentado el consumo y se habían acrecentado los servicios del Estado, el restablecimiento de la dinámica del sistema no podría lograrse sin la compresión de uno y otro, salvo en la medida en que pudiese practicarse una política anticíclica de compensación.

Estas medidas anticíclicas exigen una política previsor y cautelosa que se adopta pocas veces. Y por lo demás, no poseen la virtud de compensar a las actividades exportadoras por el descenso de los precios. Por consiguiente aquí nos encontramos otra vez con las relaciones de poder. El poder de los productores de bienes exportables, que suele ser fuerte, tratará de conseguir dicho objetivo apelando a la devaluación monetaria. Y si llegan a lograrlo, restableciendo así su propio excedente, lo habrán hecho de nuevo a expensas de la fuerza de trabajo, tanto en la órbita del mercado como en la del Estado. La devaluación basta para desencadenar la espiral inflacionaria, o acentuarla si ésta ya existía, toda vez que la fuerza de trabajo tenga suficiente poder sindical y político para reaccionar contra las consecuencias regresivas de aquélla.

Por supuesto que no estoy recomendando una política, sino señalando exigencias de un sistema cuyo vicioso funcionamiento procuro demostrar.

Cuando ocurre un deterioro de la relación de precios de las exportaciones no puede saberse si es un fenómeno coyun-



tural o de índole estructural; sólo el curso del tiempo podrá decirlo. Si este último fuese el caso, ya no se trataría de recurrir a medidas circunstanciales como las que acabo de mencionar, sino de una política de reajustes productivos que permita contrarrestar el desequilibrio exterior provocado por el deterioro. Con mayor razón aún el restablecimiento del excedente exigiría asimismo la devaluación monetaria bajo el influjo del poder político de los productores primarios.

Es evidente que en este caso, como en el anterior, los efectos dinámicos de la devaluación no tardarían en disiparse en una espiral inflacionaria si al alza de precios que aquélla trajera consigo siguiera la de los ingresos e impuestos, aparte de otras consecuencias.

El deterioro de la relación de precios del intercambio también ocurre cuando aumenta el precio de las importaciones, como ha pasado en el caso del petróleo y con los precios de otras importaciones debido a la inflación de los centros.

Ello trae consigo alzas internas que, si provocan el aumento correspondiente de las remuneraciones de la fuerza de trabajo, comprimen también el excedente. Esto basta para generar la espiral inflacionaria y la devaluación cuando el poder sindical de la fuerza de trabajo desfavorecida por las leyes del mercado es suficiente para compensar el quebranto real de sus remuneraciones en la pugna distributiva.

Por el contrario, en los países que exportan petróleo y otros recursos naturales cuyos precios mejoran relativamente, resulta posible satisfacer las diversas exigencias de la pugna distributiva, sin afectar el excedente, antes bien acrecentándolo. Con lo cual se aleja la crisis del sistema, aunque tal vez no en forma indefinida.

Finalmente, cabe considerar el último aspecto mencionado: la aportación

de recursos financieros exteriores. Hay en ello una fase positiva, seguida tarde o temprano de otra de índole negativa, que se presenta en dos casos importantes: a través de la aportación de recursos por las empresas transnacionales y mediante las aportaciones al Estado por sus inversiones.

En el primer caso, las transnacionales, cuando realizan sus inversiones, aumentan el ritmo de acumulación, así como el ritmo de crecimiento del excedente en virtud de su reconocida eficiencia, con consecuencias favorables sobre la intensidad del desarrollo. Pero todo esto se resiente cuando la aportación neta se reduce o se torna negativa al disminuir las nuevas inversiones y aumentar las remesas financieras de las inversiones anteriores. Algo similar ocurre con las aportaciones financieras para las inversiones del Estado.

Compréndese que cuando se ha desarrollado con gran amplitud el poder sindical y político de la fuerza de trabajo desfavorecida, estos movimientos financieros, según cual fuere su signo, contribuyen a aliviar o a intensificar la pugna distributiva y la tendencia del sistema hacia su crisis.

#### 6. *La crisis del sistema y el empleo de la fuerza*

Volvamos ahora a la crisis del sistema y al empleo de la fuerza para suprimir o contener el poder sindical y político de la fuerza de trabajo, en cuyo caso se hace posible devaluar la moneda para permitir el alza de los precios, sin que suban correlativamente las remuneraciones de la fuerza de trabajo. Y si la compresión de dichas remuneraciones transfiere ingresos a los estratos favorecidos, y especialmente a los propietarios de los medios productivos, hasta podría conseguirse elevar el ritmo de acumula-

ción, y por tanto el ritmo de desarrollo, por sobre el que prevalecía antes de superar el límite crítico del sistema.

La elevación del ritmo de desarrollo acrecienta la demanda de fuerza de trabajo que dispone de las crecientes calificaciones requeridas por el desarrollo, en contraste con el perjuicio que afecta a la gran masa de la fuerza de trabajo por aquella compresión de sus remuneraciones reales. Más aún, tales circunstancias suelen ser atrayentes para las transnacionales y la afluencia de recursos del exterior, lo que agrega un nuevo factor favorable al desarrollo, siempre que este movimiento mantenga su signo positivo.

Es incuestionable que el restablecimiento de la dinámica del sistema tiene un importante costo social, además del ingente costo político que entraña el empleo de la fuerza.

En efecto, la compresión de las remuneraciones responde a diversas exigencias. Desde luego, se impone para restablecer el ritmo de acumulación, y acaso para elevarlo; pero además, para dar nuevo impulso a la sociedad de consumo, como que acumulación y consumo privilegiado están estrechamente unidos en aquélla. Se comprime pues el consumo de los muchos que han perdido su poder redistributivo en favor del consumo de los pocos que han recuperado su poder de acrecentar el excedente. Pero no es solamente eso.

El consumo de la fuerza de trabajo perjudicada llega asimismo a comprimirse en la medida en que se haya juzgado conveniente, o posible, disminuir la intensidad de los factores que, en la órbita del Estado, han contribuido al debilitamiento crítico del excedente. Es muy diferente el peso de estos factores, en un régimen donde se suprime el poder de la fuerza de trabajo, según se trate del consumo social, del poder de quienes se

han insertado espuriamente en los servicios del Estado, o de los servicios que por su propia dinámica han crecido más allá de lo que permiten consideraciones de economicidad. Téngase presente, por otro lado, que el empleo de la fuerza suele traer consigo un considerable crecimiento de los gastos que le conciernen.

Como ya se ha dicho, en el capitalismo periférico el esfuerzo productivo se orienta intensamente hacia la sociedad de consumo de los estratos superiores. Es allí, donde el ritmo de desarrollo suele ser elevado, a veces muy elevado, mientras se mantiene a un nivel exiguo en el otro extremo, el de la sociedad de infraconsumo de los estratos inferiores. Es condición esencial que sea así, para que el excedente pueda crecer en forma continua para mejor fortuna de aquélla. Y también es condición esencial que, dentro de ciertos límites, queden contenidas las aspiraciones de los estratos intermedios desfavorecidos en el juego de las leyes del mercado. No cabría permitir que su poder de compartimiento avance demasiado en los dominios del excedente, sobre todo cuando la plenitud de éste ya está comprometida por la expansión de los servicios del Estado, o por la evolución adversa de las relaciones con los centros. Y estas condiciones sólo pueden satisfacerse eficazmente si el proceso democrático está contenido, o si cuando su desarrollo adquirió cierta amplitud, se suprime mediante el empleo de la fuerza.

Cualquier sistema, para ser dinámico, requiere una incesante acumulación de capital. Ahora bien, la acumulación tiene que hacerse necesariamente a expensas del ritmo de crecimiento del consumo. Pero cuando, para superar la crisis, se comprime el consumo de la fuerza de trabajo, no es para que acumule por sí misma, sino para que vuelvan a hacerlo los estratos superiores, a la vez que recuperan su creciente capacidad

de consumo. Continúa, por otro lado, el característico proceso de concentración de capital que genera nuevos excedentes y otorga a quienes lo tienen en sus manos, la verdadera clave del desarrollo en el capitalismo periférico.

### 7. *La crisis del sistema en las relaciones con los centros*

La globalidad del fenómeno del desarrollo explica que las consecuencias del avance democrático de la periferia trasciendan sus límites geográficos. Son fenómenos de suyo suficientes para provocar reacciones redistributivas pero el problema es más profundo y más complicado.

Al ligarse cada vez más con la sociedad de consumo, las empresas transnacionales comparten la influencia política con los estratos de más poder de la periferia. Y participan así en la pugna distributiva y experimentan cada vez más sus consecuencias, conforme ella se polariza.

Pero el avance democrático no se limita a estas consecuencias. Va más lejos, pues promueve en la periferia conciencia de su propia personalidad, aspiración a participar cada vez más en las decisiones de la vida colectiva, empeño en llegar a hacer lo que otros, de afuera, están haciendo en el mismo país por su superioridad tecnológica y financiera. Las transnacionales no podrían escapar a las consecuencias de este proceso creciente de identidad nacional; por el contrario, abren un flanco notable a la crítica, sobre todo a quienes impugnan el sistema desde dentro o desde afuera. Sus dimensiones gigantescas, su tendencia a penetrar desmesuradamente en la economía periférica, el secreto impenetrable que rodea sus operaciones, la sospecha de que su ámbito internacional favorece ciertas manipulaciones, cons-

tituyen notoriamente materias de gran preocupación en la periferia. Afloran entonces, y cobran renovado vigor, sentimientos y aspiraciones que impugnan esta nueva manifestación de la hegemonía de los centros.

Todo ello se agrega a la succión de ingresos periféricos, a su participación exagerada en el fruto del progreso técnico que, por cierto, ellas mismas introducen para servir en buena parte a la sociedad de consumo. Y su gravitación creciente en esta última les ofrece la posibilidad de adoptar decisiones que no consultan el interés nacional.

Compréndese así que en la pugna política, y no sólo en la pugna distributiva, las transnacionales sean objeto de variadas y, por momentos, vehementes reivindicaciones. La falta de un régimen que establezca los límites de su acción, que estipule derechos y deberes recíprocos, hace que las medidas, justificadas o arbitrarias, que toma unilateralmente un país periférico, muevan en su contra toda aquella formidable constelación de intereses hegemónicos que en los centros rodea a dichas empresas, y luego sobrevienen medidas punitivas diversas que, como no podríamos olvidar, llegan a veces al empleo de la fuerza exterior.

Y también en este caso, como ocurre en el ámbito interno, el liberalismo político se devora a sí mismo, en gran parte por el falseamiento del liberalismo económico en las relaciones internacionales.

Democracia y soberanía nacional son conceptos esenciales e irrenunciables del liberalismo político. Y cuando el avance de aquélla tiende a llevar, por su propia dinámica, al empleo interno de la fuerza, esa misma dinámica lleva a comprometer la soberanía del más débil en el juego internacional de las relaciones de poder.

De donde se hace evidente que el empleo interno de la fuerza y el retroceso democrático que implica, no sólo contribuyen a restablecer el desenvolvimiento regular de la sociedad de consumo, sino que también favorecen su consubstanciación con las transnacionales.

Sin embargo, el empleo de la fuerza no puede mantenerse indefinidamente. Tarde o temprano surgen presiones internas favorables al así llamado retorno a la normalidad institucional.

Me pregunto ahora si quienes nos dedicamos a desentrañar los complejos

problemas del desarrollo hemos ofrecido soluciones que eliminen las fallas profundas del sistema y se inspiren a la vez en principios humanos irrenunciables. Limitarnos a responsabilizar a quienes tienen la fuerza por emplearla para superar la crisis, o a los hombres que preconizan la vuelta a la normalidad institucional, de abrir un nuevo ciclo político, significa, en verdad, eludir nuestra propia responsabilidad de encontrar las soluciones que respondan a exigencias ineludibles de la realidad periférica en esta grave coyuntura histórica.

## VII

### Los actores y la crisis del sistema

¿Hay determinismo en el sistema? Hemos discurrecido acerca de las diversas formas de poder y de las relaciones entre ellas, y explicado también cómo el juego de esas relaciones conduce, con el andar del tiempo, a la crisis de aquél.

Pero nada hemos dicho hasta ahora acerca de los actores del desarrollo, salvo algunas consideraciones acerca de la movilidad social. Las diversas formas de poder se expresan a través de diferentes actores, y entre ellos se destacan quienes tienen mayor capacidad y dinamismo en el desempeño de su papel, tanto para aprovechar las condiciones favorables al desarrollo —así en el campo interno como en el ámbito internacional— cuanto para tratar de sobreponerse y contrarrestar los cambios desfavorables de esas condiciones.

Trátase, en realidad, de una acción deliberada de los actores para responder a sus aspiraciones e intereses según sea la intensidad de su poder y su capacidad y dinamismo. De todos modos, esto se

desenvuelve dentro del sistema y en correspondencia con las mutaciones estructurales que en él se operan.

En el curso del desarrollo de los centros han surgido ciertos principios, y sus correspondientes reglas de juego, que la periferia ha tratado de seguir para lograr el funcionamiento regular del sistema. Pero los mismos no son automáticos; la oportunidad y la manera de aplicarlos depende de la decisión y aptitud de los actores. Y esto se refiere tanto a su funcionamiento regular, como a las reglas que deben seguirse cuando el sistema ha sido perturbado por las violaciones de aquellos principios.

Según sean las fases estructurales varía considerablemente la posibilidad de observar estos últimos. En última instancia depende de la intensidad del poder de compartimiento, por parte de los estratos intermedios, y eventualmente, por parte de los estratos inferiores, del fruto de la mayor productividad.

Cuando no existe, o es exiguo, tal

posibilidad es muy grande. En cambio, no lo es cuando en el curso de las mutaciones estructurales ese poder se acrecienta de tal modo que, al confrontarse con el poder de los estratos superiores, se exagera la pugna distributiva y sobreviene la espiral inflacionaria. En tal caso, aquellas reglas del juego se vuelven inaplicables; o sencillamente no existen para hacer frente a la crisis del sistema.

Parecería pues que éste, en su evolución, está sujeto a un cierto determinismo donde el restablecimiento del sistema depende del empleo de la fuerza, esto es, de la intervención de nuevos actores antes al margen del sistema.

### 1. *El papel de los diferentes actores*

Decíamos más arriba que los actores expresan las diversas formas de poder y los cambios que ocurren en sus relaciones. Se mueven en dos escenarios diferentes, aunque estrechamente vinculados: el del mercado y el del Estado. Y cuando se registran esos cambios en las relaciones de poder, a los actores que desenvuelven su papel en ambos escenarios durante las primeras fases de las mutaciones estructurales se van agregando otros nuevos en el curso de ellas, cuya acción influye, a su vez, sobre tales mutaciones.

Como ya sabemos, durante los períodos de crecimiento hacia afuera dominan los estratos superiores por su poder económico y su poder social en el escenario del mercado, y también, por su gran poder político, en el escenario del Estado. Los resortes de este último sirven a los estratos superiores, tanto para asegurar y defender las bases del sistema, como para lograr a su favor los servicios de aquél y desplazar la carga fiscal hacia los estratos inferiores, según quedó explicado.

Son los actores políticos quienes de esta forma responden a los intereses y aspiraciones de los estratos superiores.

Y al cumplir este papel comparten también, de una u otra forma, el fruto de la mayor productividad, y simultáneamente, emplean los resortes del Estado para insertar sus clientelas electorales, en gran parte en forma espuria, formadas principalmente por las clases medias tradicionales. Pero ello no es expresión del avance del proceso de democratización durante la fase de crecimiento hacia afuera, sino una de las maneras de contenerlo.

Al ampliarse los estratos intermedios surgen los actores sindicales, quienes responden a los intereses y aspiraciones de la fuerza de trabajo en el escenario del mercado; y en el del Estado, nuevos actores políticos. Pero, el poder de compartimiento que unos y otros representan es limitado, tanto por la debilidad de la democratización, como por las diferentes combinaciones de manipulación, represión, movilización de clientelas y cooptación de esos actores que contienen o entorpecen el avance genuino de aquélla. De esto ya nos hemos ocupado en otra parte, mas conviene recordarlo para mejor comprender nuestras explicaciones.

Estos nuevos actores sindicales y políticos adquieren creciente influencia cuando las mutaciones de la estructura social abren paso con más desenvoltura al proceso de democratización. Los impedimentos que restringían la actuación de aquéllos se van disolviendo, y a medida que esto sucede se va acrecentando el poder de compartimiento de los estratos intermedios, y asimismo, su capacidad para defender lo que habían logrado compartir durante la pugna.

A esta fase, como se recordará, sigue otra durante la cual los actores sindicales y políticos llevan a tal punto ese poder que la espiral inflacionaria se torna inherente al sistema.

Surgen, entonces, los actores de la disidencia; son quienes repudian todo

el sistema. En aquel compartimiento muy poco han participado los estratos inferiores, si es que en algo han participado en realidad. Esta grave manifestación de injusticia social y la anarquía de compartimiento que se manifiesta en quienes han logrado de un modo u otro las ventajas del desarrollo, son elementos activos en esa disidencia; como también lo son aquella incapacidad del sistema para absorber el incremento de la fuerza de trabajo de los estratos intermedios y el desplazamiento de los inferiores, de donde dimanan claras expresiones de frustración y rebeldía. La disidencia, en su empeño de destruir el sistema, suele así conducir a la acción violenta sobre todo cuando a la insuficiencia dinámica se agregan factores externos de adversas consecuencias.

Circunstancias son todas éstas cada vez más propicias a la aparición de los actores finales, esto es, de quienes tienen en sus manos otros resortes del Estado, los de la fuerza, hasta entonces potenciales, y que ahora se vuelven efectivos y se emplean deliberadamente para restablecer el funcionamiento regular del sistema.

## 2. *Los actores y la inflación*

Decíamos más arriba que cuando sobreviene la fase crítica del desarrollo se pone de manifiesto la imposibilidad de conseguir regularizar este funcionamiento por la sola aplicación de las consabidas reglas del juego para atacar la inflación.

No sucede así en aquellas fases del desarrollo en que el poder sindical y político de los estratos intermedios no existe, o es incipiente. La inflación pretérita, como es sabido, ha sido frecuente, pero ella ha obedecido a un tipo de presiones muy diferentes a las que surgen después cuando se desenvuelve el poder de los estratos intermedios.

Se trata de presiones inflacionarias que no obedecen a factores derivados de estos últimos estratos, sino de ciertos grupos de los estratos superiores. A estos grupos responden actores políticos cuyo poder vence la resistencia, más o menos intensa, de la autoridad monetaria, para conseguir una expansión inflacionaria del crédito, o que violan por sí mismos los principios de continencia financiera del Estado con similares consecuencias.

La débil o ninguna reacción de los estratos intermedios y de los inferiores permite en esa forma ampliar inflacionariamente el excedente. Pero no puede seguirse así indefinidamente, pues aquellos y otros perjudicados en los mismos estratos superiores, terminan por hacer sentir su desasosiego y hasta provocar un cambio de actores políticos que restablece la continencia monetaria y financiera. Y para ello se recurre nuevamente a las reglas del juego que habían sido violadas.

Véase ahora la diferencia entre este fenómeno inflacionario con el que acontece cuando ha adquirido gran importancia el poder de compartimiento del excedente por los estratos intermedios. Cuando el proceso empuja hacia el límite crítico del sistema, el alza de precios y la consiguiente espiral se vuelven inevitables, por más que la autoridad monetaria se empeñe en evitarlo, según se ha explicado ya en el lugar pertinente. Este fenómeno de inflación social se acentúa más aún si va acompañado de aquellas otras formas de inflación tradicional.

En este último caso, las autoridades monetarias y financieras suprimen la inflación y el excedente se reduce a las dimensiones correspondientes al funcionamiento regular del sistema. En el otro caso, el de la inflación social, nada hay realmente eficaz para detener el curso de la espiral, salvo frustradas tentativas. Aquellas autoridades se han vuelto im-

potentes, por más que en el escenario político vuelvan a gravitar actores que tratan de contener el desquicio económico y la desintegración social. Antes bien, con frecuencia terminarán apoyando las reivindicaciones de los grupos perjudicados, o dejarán su lugar a otros actores dispuestos a hacerlo, de donde nuevos impulsos a la espiral.

### 3. *La acción deliberada de los actores*

Si en la fase crítica del sistema muy poco puede hacerse para evitar esas graves consecuencias, cabría preguntarse si en fases anteriores de la evolución sería posible influir deliberadamente sobre el curso de los acontecimientos para evitar que el sistema se encamine hacia aquella fase crítica.

Creo que el esfuerzo combinado de actores políticos y económicos, con capacidad y dinamismo, puede tener gran influencia sobre el ritmo de desarrollo y su regularidad durante ciertas fases estructurales. Sin embargo, esta influencia positiva se va debilitando hasta desaparecer cuando se exagera la pugna distributiva.

Dicha influencia positiva, en cuanto a los actores políticos, se manifiesta cuando éstos demuestran tener la aptitud de discernir con previsión las exigencias del desarrollo, sobre todo en materia de infraestructura, formación humana, administración ordenada y eficiente, y adecuada cooperación exterior. Y si saben aplicar juiciosamente las reglas del juego monetario y financiero cuando no existe, o es muy débil, el poder sindical y político de los estratos intermedios.

En lo que atañe a los actores económicos, recuérdese que de su capacidad y dinamismo, así como de su decisión de acumular, depende la introducción de nuevas capas técnicas. Y ello a su vez requiere gran aptitud para incorporar

a las empresas individuos que respondan a las crecientes exigencias de la propagación de la técnica, punto sobre el que tanto se ha insistido en otro lugar.

No se olvide a este respecto que el excedente, además del elemento estructural, encierra un elemento dinámico. Pues bien, el elemento dinámico depende fundamentalmente de esos diferentes actores en el escenario del Estado y en el escenario del mercado.

### 4. *El sistema y sus elementos integrados*

Es indudable que la acción combinada de actores de gran capacidad y dinamismo, tanto en el escenario del Estado como el del mercado, pueden acelerar el ritmo de desarrollo y el crecimiento del excedente, sobre todo en circunstancias externas favorables. Pero esa acción combinada, por eficaz que fuere, va acompañada con el transcurso del tiempo de mutaciones estructurales y cambios correspondientes en las relaciones de poder que ponen frente a aquellos actores los nuevos actores del movimiento político y sindical. Tal es la lógica interna de un sistema abierto cada vez más a los fenómenos de propagación e imitación de los centros.

Propagación de nuevas capas técnicas y de las formas de consumo de los centros; grave contradicción a la que se agrega la succión de una parte del excedente por parte de las transnacionales, cuyos actores contribuyen notablemente a formarlos.

Pero no es eso solamente, sino que desde los mismos centros se propagan asimismo aquellos adelantos científicos y tecnológicos que defienden y prolongan la vida humana, tanto más, cuanto más dinámicos y capaces son los actores que se mueven en este campo de actividad social.

Así es el sistema. Todos esos elementos son parte integrante del mismo y no podrían separarse arbitrariamente y

dejarse de lado alguno de ellos para explicar su funcionamiento. El sistema tiene su lógica interna, como antes se dijo, y cuando en el curso de sus mutaciones estructurales surgen en los estratos intermedios los actores políticos y sindicales y se acrecienta su poder, éste se emplea cada vez más para contrarrestar las consecuencias adversas de las leyes del mercado sobre las remuneraciones y la ocupación de la fuerza de trabajo.

Aquí también se manifiesta la capacidad y el dinamismo de los actores políticos y sindicales animados por otro fenómeno de propagación de los centros. Difúndense en ese medio propicio las ideas e instituciones democráticas cuyo avance es indispensable para que esos actores puedan cumplir su papel en el desenvolvimiento de los estratos intermedios. Mas tampoco estos estratos son por cierto inmunes a la propagación de las formas de consumo de los centros. No hay un cordón sanitario en torno a los estratos superiores; por el contrario, los estratos intermedios —sobre todo en los tramos más altos— también tratan de imitarlos. Y la empresa pública suele ser una manera de hacerlo por la vía política, además de su papel en la absorción espuria de fuerza de trabajo.

Si el poder creciente de esos actores políticos y sindicales sobrepasa el límite crítico del sistema, éste termina por desquiciarse y desintegrarse socialmente. Porque, como se ha explicado, la dinámica del sistema no admite menoscabar el excedente, por mucho que su cuantía haya permitido el florecimiento de la sociedad de consumo. Aparecen entonces, en el escenario político los actores de la fuerza a falta de una acción deliberada para transformar el sistema.

El excedente, por lo demás, está expuesto a las consecuencias adversas del estrangulamiento exterior. El crecimiento relativamente lento de las expor-

taciones debido a las disparidades estructurales entre centros y periferia disminuye el excedente, lo cual trae consigo el descenso del ritmo de desarrollo con todas sus consecuencias negativas.

Más serias son aún las consecuencias cuando el estrangulamiento exterior se acentúa por el deterioro de la relación de precios de las exportaciones. Si los actores políticos que representan los intereses de los exportadores se empeñan en restablecer el excedente mediante la devaluación monetaria, el costo social de esta otra operación recaerá sobre todo en la fuerza de trabajo y no sólo sobre una parte de ella. Y en este caso, como en el anterior, si el poder de los estratos intermedios no permite restablecer la plenitud del excedente, la supresión de este poder, gracias al empleo de la fuerza hará posible dar nuevo impulso a la dinámica del sistema, con el ingente costo social y político sobre el cual no huelga insistir.

##### 5. *La tecnoburocracia y la planificación*

Más de una vez hemos mencionado la tecnoburocracia, clara consecuencia de la penetración de la técnica en el desenvolvimiento del Estado. No se trata de actores políticos, pero suelen influir sobre ellos; y lo hacen con muy distintos grados de competencia técnica en su propósito de obrar deliberadamente sobre el desarrollo.

La tecnoburocracia tiene, entre otras responsabilidades, la de aplicar las reglas del juego, que no son de carácter automático. Requieren discernimiento, sentido de previsión y capacidad de resistencia a las diversas presiones de intereses económicos y políticos, las que aumentan con la complejidad del desarrollo.

Por esta misma complejidad, hace un cuarto de siglo, comenzó a verse en la planificación un instrumento eficaz de desarrollo. Eficaz en el diagnóstico,



y también, como se esperaba, en persuadir a los actores políticos a fin de obrar deliberadamente sobre el curso de los fenómenos; consideraciones, todas éstas, que llevaron a la CEPAL a preconizar la planificación.

Se suponía que ella corrigiera dos grandes fallas del mercado, para que éste pudiera funcionar correctamente: su falta de horizonte temporal y de horizonte social.

Con respecto al primer aspecto, se creía que la planificación permitiría anticipar los cambios estructurales que debían introducirse previsoramente en la infraestructura económica y social, en la composición de la producción para contrarrestar ciertas tendencias persistentes al desequilibrio interno y externo, y además fortalecer la economía periférica elevando simultáneamente su ritmo de desarrollo. Desenvolvimiento ordenado e interno de la industrialización y a la vez introducción del progreso técnico en la agricultura, para lo cual debía darse gran impulso a la acumulación de capital. Los recursos financieros internacionales servirían para estimular la acumulación propia. Y todo ello exigía planificar. Ya estábamos a comienzos del decenio de los años sesenta. Era claro que la acumulación de capital era insuficiente ante las consecuencias del aumento de productividad que la introducción de nuevas capas técnicas traía consigo y del fuerte ritmo de crecimiento demográfico comenzado dos decenios antes.

Todo esto mostraba tanto más necesaria la planificación, esto es, la acción deliberada y sistemática para obrar sobre las fuerzas del desarrollo y estimular la iniciativa individual a fin de que contribuyese a la realización de los grandes objetivos del plan.

A la euforia de los primeros momentos sucedió la desilusión y la indiferencia, cuando no la negación misma del

concepto de planificación. Varios factores contribuyeron a ello y merecen recordarse porque son los mismos que conducen a la crisis del sistema.

La acumulación insuficiente llevó a la CEPAL, a comienzos de aquel decenio, a presentar algunas proyecciones que procuraban demostrar estadísticamente la posibilidad de acrecentar su ritmo, elevar el del desarrollo y lograr mayor intensidad en la absorción de fuerza de trabajo, principalmente la de los estratos inferiores. Pero esto requería sacrificar el consumo o el incremento del consumo de los estratos superiores. Fue éste el primer ataque, muy prudente y circunspecto, por cierto, a la sociedad consumista. Ello haría posible una distribución dinámica, antes que estática, del ingreso, sin perjuicio de algunas medidas redistributivas inmediatas.

Pero muy poco se hizo para cumplir estos objetivos, a pesar del empeño puesto por esclarecidos actores políticos. Y mientras tanto, la pugna distributiva se fue exacerbando en los países que habían entrado en la fase avanzada de desarrollo periférico. No es posible planificar en el desquicio económico y la desintegración social.

Pero otro factor contribuyó notablemente a ello. Acabamos de referirnos a la tendencia al desequilibrio exterior. Pues bien, el desarrollo en los años de bonanza que preceden al receso económico de los centros pudo cumplirse en un ambiente exterior muy favorable. Mejoró la relación de precios del intercambio, se lograron éxitos en una política de fomento de las exportaciones de manufacturas y fue caudalosa la corriente de recursos financieros internacionales. No debe extrañar entonces que se creyese superada la tendencia al desequilibrio exterior. Más aún, se negaba que existiese semejante tendencia considerándola un engendro maléfico de la CEPAL para

justificar la sustitución de importaciones que ella propiciaba. No es extraño pues que al desaparecer la preocupación de tiempos anteriores por el estrangulamiento exterior se haya debilitado otro de los justificativos de la planificación.

### 6. Los actores del populismo

Como ya se expresó, la acción deliberada de los hombres muy poco puede hacer para contrarrestar el desenvolvimiento de la crisis que la pugna trae consigo. No puede hacerlo con el empleo de los resortes del Estado por los actores políticos ni por los actores económicos. Por más que éstos hayan adquirido gran capacidad y experiencia, resultan impotentes, como los hombres políticos y los dirigentes sindicales, para detener el proceso, a falta de un consenso político.

Si en tales circunstancias no es posible obrar positivamente sobre el curso de los acontecimientos surge, sin embargo, una oportunidad propicia para otro género de actores políticos, los del populismo.

Tratan éstos de aprovechar para sí o para sus clientelas electorales los resortes del Estado. Y violan las leyes del juego, cuando podrían tener vigencia, y acentúan los trastornos del sistema cuando la pugna distributiva torna imposible la aplicación de aquéllas. Y a veces su incontinencia financiera origina la espiral inflacionaria, y la acentúa si venía desenvolviéndose.

Se mueven estos actores en todas las fases estructurales, y en todas suelen encontrarse con grupos de empresarios y financieros predispuestos al abuso, a la especulación o a la colusión de intereses con aquéllos.

¿Cómo surgen esos actores en el sistema? Los elementos acerca de los cuales hemos venido discutiendo en estos escritos no nos dan la clave, la que quizás puede encontrarse en las teorías pare-

tianas del movimiento ondulatorio de los grupos dirigentes. ¿O habré que realizar exploraciones antropológicas para comprender estos fenómenos de la conducta humana?

### 7. Los actores del liberalismo económico

En un régimen de fuerza la planificación podría ser instrumento positivo para alentar el desenvolvimiento de la sociedad de consumo, pero como con este régimen suele florecer el liberalismo económico, la resistencia doctrinaria a la planificación ha sido muy fuerte.

Este florecimiento se explica sobre todo porque a la luz de ciertas interpretaciones del neoclasicismo el poder sindical y político de la fuerza de trabajo constituye el factor más importante que contraría la tendencia immanente del sistema a su equilibrio; en consecuencia debe suprimirse lisa y llanamente ese poder.

Cumplido ese propósito primordial, nada obsta para que los principios del liberalismo económico se aderecen convenientemente para responder a intereses dominantes, o a la particular concepción de ciertos tecnócratas acerca de las exigencias de la realidad. Hay en esto toda una gama de actitudes donde se combinan la capacidad teórica y la pericia práctica de la nueva constelación tecnoburocrática que suele compartir la responsabilidad del sistema con quienes han resuelto hacer uso de la fuerza.

Entre otros aspectos, la forma en que se lucha contra la inflación lo expresa claramente. Las autoridades monetarias, que antes se habían vuelto impotentes, vuelven a recuperar su poder, aunque no siempre demuestran comprender cabalmente la índole de este nuevo tipo de inflación. Trátase ahora de una inflación social que difiere del fenómeno tradicional, si bien éste suele acompañarlo con frecuencia.

Así, en el fenómeno tradicional, cuando la inflación se debe a una exagerada expansión monetaria, la elevación de la tasa de interés, cuando no la restricción crediticia directa, constituye la única forma de retornar a la normalidad monetaria, después de una fase pasajera de contracción de la actividad económica.

Más sucede, sin embargo, que impulsadas las autoridades monetarias por cierto virtuosismo dogmático, recurren al mismo procedimiento cuando se trata de una inflación social. Por más que se compriman las remuneraciones de la fuerza de trabajo, la corrección del fenómeno inflacionario no es instantánea, sino que requiere un difícil período de transición, durante el cual deben atacarse otros factores de inflación. Pues bien, para acelerar el tratamiento se recurre a lo que se ha dado en llamar tasas reales de interés, esto es, tasas que, al incorporar en ellas el grado de inflación, tienen muy claros efectos contraproducentes.

En efecto, como ya se ha explicado, para acrecentar la producción se requiere, necesaria e inevitablemente, expandir la ocupación y los ingresos que se pagan a la fuerza de trabajo; y si a estos mayores ingresos —por mucho que se hayan comprimido las remuneraciones reales— se agrega el costo generalmente exorbitante de las tasas reales de interés, las empresas no tienen más salida que trasladar a los precios este nuevo elemento de costo.

Y es tal la contradicción de esta política, que lejos de acrecentarse la producción se termina por desalentarla, pues la expansión crediticia, en la medida en que ocurre, absorbe en sí misma su elevadísimo costo en desmedro de la ocupación; ¡combatir la inflación atizando el fuego!

Afirmo esto porque ello conspira contra los mismos efectos dinámicos que se persiguen. Pues para evitar con las tasas

reales de interés que las empresas obtengan ganancias inflacionarias, se trasladan estas ganancias a las actividades bancarias y financieras. Más aún, las muy comprensibles dificultades de las empresas no atraen hacia ellas la inversión de esas ganancias así desplazadas. Prospera, en cambio, en esta forma, un nuevo tipo de sociedad consumista, pues tales ganancias, alejadas de la inversión genuina, se dedican netamente a exaltar la imitación del consumo de los centros, sobre todo cuando se estimulan las importaciones de toda suerte necesarias que exige el consumo privilegiado. Exaltación del consumo y de la acumulación consuntiva.

También suelen presentarse serias diferencias acerca de la desocupación. Mientras a algunos les preocupa, otros sostienen que el salario real debe descender hasta absorberla en la posición de equilibrio del sistema. Se ignora, por supuesto, el excedente.

También hay notables divergencias en materia de comercio internacional. Unos proceden prudentemente a corregir los abusos del proteccionismo y resisten presiones de afuera para ir más lejos y desbaratar la protección, precisamente cuando vuelven a manifestarse aquellos fenómenos estructurales de estrangulamiento. Mientras otros, movidos por su fe inquebrantable en las leyes del mercado, que han de llevar la armonía y el equilibrio al plano internacional, esperan que al desbaratar la protección los centros facilitarán la entrada de las exportaciones periféricas.

No podría dejar de mencionar aquí, por la importancia que reviste, la actitud de ciertos neoclásicos acerca de las empresas transnacionales. Abrir de par en par las puertas, según unos, para que, en determinados casos, ocupen el lugar que deja la eliminación de empresas públicas; en tanto que otros se propo-

nen mejorar la empresa pública y condicionar la actividad de las transnacionales, de manera tal que cumplan ciertos objetivos de desarrollo, como sería la exportación de manufacturas.

Comoquiera que sea, por mejor que

se sigan con inteligente virtuosismo los principios neoclásicos no podrían alcanzarse simultáneamente los grandes objetivos de eficacia económica, eficiencia social y vigencia de derechos humanos fundamentales.